~~QUIEREN QUE LO OLVIDE.~~
SIEMPRE LO VOY A RECORDAR.



# DESAFÍA ME

AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

TAHEREH MAFI

# DESAFÍA ME

~~QUIEREN QUE LO OLVIDE.~~
SIEMPRE LO VOY A RECORDAR.

# DESAFÍAME

TAHEREH MAFI

Traducción de Xavier Beltrán

PUCK
Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Defy Me*
Editor original: HarperCollins Children's Books,
a division of HarperCollins*Publishers*
Traducción: Xavier Beltrán

1.ª edición: febrero 2024

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2019 *by* Tahereh Mafi
All Rights Reserved
© de la traducción 2024 *by* Xavier Beltrán
© 2024 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17780-64-7

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

# KENJI

Está gritando.

«Solo está voceando palabras», pienso. Solo son palabras. Pero está gritando, gritando a pleno pulmón, con una agonía que casi parece exagerada, y causa una devastación que no creía posible. Es como si ella acabara de… implosionar.

No parece real.

Quiero decir, sé que Juliette estaba equivocada… y sabía que no había descubierto la inmensidad de sus poderes…, pero jamás imaginé que fuera capaz de algo así.

De esto:

El techo está partido en dos. Corrientes sísmicas zarandean las paredes, cruzan el suelo y hacen que me castañeteen los dientes. El suelo retumba bajo mis pies. La gente está completamente paralizada en el sitio mientras se zarandea y la habitación vibra a su alrededor. Los candelabros se balancean demasiado rápido y las luces parpadean siniestras. Y entonces, tras una última vibración, tres de los enormes candelabros se liberan del techo y se hacen añicos al golpear el suelo.

Los fragmentos de cristal vuelan por todas partes. La habitación pierde la mitad de su luz, bañando el espacio cavernoso con una luz tenue y extraña, y de repente cuesta ver lo que está ocurriendo. Observo a Juliette, y tiene la mirada perdida y la boca abierta, paralizada ante la imagen de devastación, y me doy cuenta de que debe de haber dejado de gritar hace un minuto. No puede detenerlo. Ya ha liberado la energía en el mundo y ahora…

Debe irse a algún lado.

Los temblores se extienden con un fervor renovado por la tarima, arrasando con las paredes, los asientos y las personas.

No me lo creo de verdad hasta que veo la sangre. Durante un segundo me parece falso, todos los cuerpos inertes en los asientos con los pechos abiertos de par en par. Parece algo orquestado…, como un chiste malo, como una pésima producción teatral. Pero cuando veo la sangre, espesa y abundante, que se filtra por la ropa y el tapizado, que gotea por las manos inmóviles, sé que nunca nos recuperaremos de esto.

Juliette acaba de matar a seiscientas personas a la vez.

No hay manera de recuperarse de esto.

✣ ✣ ✣

Avanzo por al lado de los cuerpos silenciosos y abrumados de mis amigos, pero que todavía respiran. Oigo los gemidos bajos e insistentes de Winston y la respuesta tranquilizadora y firme de Brendan, que indica que su herida no es tan grave como parece, que se va a poner bien, que ya ha estado en peores situaciones que esta y ha sobrevivido…

Y sé que mi prioridad ahora mismo tiene que ser Juliette.

Cuando la alcanzo, tiro de ella hacia mis brazos, y su cuerpo frío e indiferente me recuerda al momento cuando la encontré encima de Anderson con la pistola apuntando a su pecho. Estaba tan aterrorizada, tan sorprendida, por lo que había hecho que apenas podía hablar. Era como si hubiera desaparecido dentro de algún rincón de sí misma, como si hubiera encontrado una pequeña habitación en su cerebro y se hubiera encerrado en el interior. Tardé un minuto en persuadirla para que volviera a salir.

Por aquel entonces ni siquiera había matado a nadie.

Intento que mi calor le haga recobrar los sentidos, suplicándole que vuelva a ser ella misma, que se apresure a volver a su mente, al momento presente.

—Sé que todo es una locura ahora mismo, pero necesito que vuelvas ya, J. Despierta. Sal de tu cabeza. Tenemos que salir de aquí.

No pestañea.

—Princesa, por favor —digo zarandándola suavemente—. Tenemos que irnos… ahora…

Y, como todavía sigue inmóvil, veo que no me queda más opción que moverla yo mismo. Empiezo a arrastrarla hacia atrás. Su cuerpo inerte pesa más de lo que esperaba y emite un sonido bajo sibilante que parece un sollozo. El miedo me pone los nervios de punta. Asiento en dirección a Castle y a los demás para que se vayan, para que se larguen sin mí, pero cuando miro alrededor en busca de Warner, me doy cuenta de que no consigo encontrarlo por ningún lado.

Lo que ocurre a continuación me deja sin aliento.

La habitación se inclina. Se me oscurece la visión, se me ilumina y entonces se oscurece solo en los bordes durante un mareante segundo. Estoy descolocado. Trastabillo.

Y, entonces, de pronto…

Juliette ha desaparecido.

No figuradamente. Se ha ido literalmente. Desaparecido. En un momento dado está en mis brazos y, al poco, estoy abrazando el aire. Pestañeo y miro alrededor, convencido de que estoy perdiendo la cabeza, pero cuando examino la habitación veo que las personas del público

empiezan a moverse. Tienen las camisas rasgadas y las caras llenas de arañazos, pero ninguno parece estar muerto. Empiezan a ponerse de pie, confundidos, y en el instante en que empiezan a caminar lentamente, alguien me empuja con fuerza. Miro hacia arriba y veo a Ian mascullando, diciéndome que me mueva mientras todavía tengamos ocasión, e intento devolverle el empujón y decirle que hemos perdido a Juliette, que no he visto a Warner… Pero no me escucha, tan solo se limita a obligarme a avanzar fuera del escenario, y, cuando el murmullo de la multitud se convierte en un rugido, sé que no me queda otra opción.

Tengo que irme.

# WARNER

*—Lo voy a matar —masculla ella, mientras sus manos pequeñas se aprietan en sendos puños—. Lo voy a matar…*

*—Ella, no digas tonterías —respondo, y me alejo.*

*—Algún día —dice en tanto me persigue con los ojos, brillantes por las lágrimas—. Si no deja de hacerte daño, te juro que lo haré. Ya verás.*

*Me río.*

*—¡No hace gracia! —grita.*

*—Nadie puede matar a mi padre. Es imposible matarlo —le aseguro tras girarme para encararme a ella.*

*—Nadie es imposible de matar —me responde.*

*La ignoro.*

*—¿Por qué no hace algo tu madre? —me pregunta, y me agarra del brazo.*

*Cuando la miro a los ojos, tiene un aspecto distinto. Como si estuviera asustada.*

*—¿Por qué nadie lo detiene?*

*Las heridas de mi espalda ya no están abiertas, pero todavía duelen, no sé por qué. Ella es la única persona que sabe sobre esas cicatrices, que sabe lo que mi padre empezó a hacerme en mi cumpleaños, hace dos años. El año pasado, cuando todas las familias vinieron a visitarnos a California, Ella había irrumpido en mi habitación porque quería saber dónde habían ido Emmaline y Nazeera, y me sorprendió observándome la espalda en el espejo.*

*Le supliqué que no dijera nada, que no le contase a nadie lo que había visto, y empezó a llorar y dijo que se lo teníamos que contar a alguien, que se lo iba a decir a su madre.*

*«Si se lo dices a tu madre, solo me meterás en más problemas. Por favor, no digas nada, ¿de acuerdo? No lo volverá a hacer».*

*Pero lo volvió a hacer.*

*Y esa vez estaba más enfadado. Me dijo que ya tenía siete años y era demasiado mayor como para llorar.*

*—Tenemos que hacer algo —murmura, y la voz le tiembla un poco. Otra lágrima le cae por la cara, y se la limpia rápidamente—. Se lo tenemos que contar a alguien.*

*—Basta —exclamo—. No quiero hablar más de eso.*

*—Pero…*

*—Ella. Por favor.*

*—No, debemos…*

*—Ella —la interrumpo—. Creo que pasa algo raro con mi madre.*

*Su expresión muda y el enfado le desaparece del rostro.*

*—¿Qué?*

*Durante semanas, me había aterrorizado la idea de pronunciar esas palabras en voz alta, de hacer realidad mis temores. Incluso ahora siento que se me acelera el corazón.*

*—¿A qué te refieres? —dice ella—. ¿Qué le ocurre?*

*—Está… enferma.*

*Ella pestañea, confundida.*

*—Si está enferma, podemos curarla. Mi madre y mi padre pueden curarla. Son muy listos, pueden curar cualquier cosa. Estoy segura de que podrán curar a tu madre también.*

*Niego con la cabeza, con el corazón desbocado, que me palpita en las sienes.*

*—No, Ella, no lo entiendes… Creo…*

*—¿Qué? —Me agarra la mano. Me la aprieta—. ¿Qué es?*

*—Creo que mi padre la está matando.*

# KENJI

Todos estamos corriendo.

La base no está lejos de aquí, y nuestra mejor opción es ir a pie. Pero en el instante en que llegamos al exterior, todos los miembros de nuestro grupo —Castle, Winston, un Brendan herido, Ian, Alia y yo mismo— nos volvemos invisibles. Alguien grita un «gracias» apenas audible hacia mi dirección, pero no soy yo quien lo está haciendo.

Aprieto los puños.

*Nazeera.*

Los últimos dos días con ella han hecho que la cabeza me dé vueltas. Jamás debí confiar en ella. Al principio me odia, después me odia todavía más y entonces, de golpe, ¿decide que no soy un imbécil y que quiere ser mi amiga? No me puedo creer que me lo tragara. No me puedo creer que sea tan idiota. Ha estado jugando conmigo todo este tiempo. La chica aparece de la nada, imita mágica y perfectamente mi habilidad supernatural, y luego, justo cuando finge ser la mejor amiga de Juliette, ¿van y nos tienden una emboscada en el simposio y Juliette parece haber matado a seiscientas personas?

Ni de broma. Todo es una puta mentira.

Es imposible que todo sea una gran coincidencia.

Juliette acudió al simposio porque Nazeera la animó a ir. Nazeera convenció a Juliette de que era lo correcto. ¿Y, cinco segundos antes de que disparen a Brendan, Nazeera me dice que huya? ¿Me dice que tenemos los mismos poderes?

Una puta mentira.

No me puedo creer que me dejara distraer por una cara bonita. Debería haber confiado en Warner cuando me dijo que ella ocultaba algo.

Warner.

Dios. Ni siquiera sé lo que le ha ocurrido.

✣ ✣ ✣

Nada más poner un pie en la base, perdemos la invisibilidad. No sé a ciencia cierta si eso significa que Nazeera se ha ido, pero no nos podemos detener lo suficiente como para descubrirlo. A toda prisa proyecto una nueva capa de invisibilidad sobre nuestro grupo; tendré

que mantenerla el tiempo suficiente como para llegar a un lugar seguro, y estar de vuelta en la base no basta. Los soldados harán preguntas, y en este instante no tengo las respuestas que necesitan.

Se van a cabrear.

Hacemos el camino en grupo hasta la quinta planta, hacia nuestra casa en la base del sector 45. Acaban de construirlo para nosotros por orden de Warner. Ha vaciado todo el piso superior para nuestra nueva base; apenas nos acabábamos de instalar y las cosas ya se han ido al traste. Ni siquiera me puedo permitir pensar en eso, por lo menos no todavía.

Hace que se me revuelva el estómago.

En cuanto estamos todos reunidos en la habitación más grande, paso lista. Todos los miembros originales del Punto Omega están presentes. Adam y James aparecen para descubrir qué ha ocurrido, y Sonya y Sara se quedan solo el tiempo necesario para reunir información antes de llevar a Brendan al ala médica. Winston desaparece por el pasillo tras ellos.

Juliette y Warner no están aquí.

En un abrir y cerrar de ojos, compartimos nuestras versiones de lo que hemos visto. No tardamos demasiado tiempo en confirmar que todos hemos presenciado básicamente lo mismo: sangre, caos, cuerpos asesinados, y entonces… una versión algo menos sangrienta de lo mismo. Nadie parece estar tan sorprendido por el retorcido giro de los acontecimientos como yo porque, como opina Ian:

—Esas mierdas extrañas y sobrenaturales siempre ocurren aquí, no es tan raro.

Pero lo más importante es esto:

Nadie ha visto lo que les ha ocurrido a Warner y Juliette.

Nadie salvo yo.

Durante unos segundos, nos quedamos mirando los unos a los otros. El corazón me late fuerte y alto en el pecho. Creo que me podría prender y arder por la indignación.

Negación.

Alia es la que habla primero.

—No creéis que estén muertos, ¿verdad?

—Es probable —responde Ian.

—Basta. No están muertos —exclamo tras ponerme en pie de un salto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —dice Adam.

—Lo sabría si estuvieran muertos.

—¿Qué? ¿Cómo…?

—Lo sabría y punto, ¿de acuerdo? —lo interrumpo—. Lo sabría. Y no están muertos. —Tomo una tranquilizadora bocanada de aire—. No vamos a perder la cabeza —añado con la mayor calma posible—. Tiene que haber una explicación lógica. La gente no puede desaparecer sin más, ¿no?

Todos se me quedan mirando.

—Ya sabéis a qué me refiero —les grito, irritado—. Todos sabemos que Juliette y Warner no huirían, digamos, juntos. Ni siquiera se dirigían la palabra antes del simposio. Así que lo que tiene más sentido es que los hayan secuestrado. —Me quedo callado. Vuelvo a mirar alrededor —. ¿No?

—O que están muertos —dice Ian.

—Si sigues hablando así, Sanchez, te puedo garantizar que al menos una persona sí morirá esta noche.

Ian suelta un alto suspiro.

—Escucha, no es mi intención ser agorero. Sé que tienes una relación muy estrecha con ellos. Pero seamos realistas: ellos no la tienen con el resto de nosotros. Y tal vez eso haga que me involucre menos en todo esto, pero también que pueda ser más racional.

Espera y me da la oportunidad de responder.

No lo hago.

Ian vuelve a suspirar.

—Lo único que digo es que a lo mejor ahora mismo estás dejando que las emociones te nublen el juicio. Sé que no quieres que estén muertos, pero la posibilidad de que estén muertos es muy alta. Warner era un traidor del Restablecimiento. Me sorprende que no intentaran matarlo antes. Y Juliette… A ver, es obvio, ¿no? Asesinó a Anderson y se autoproclamó gobernante de América del Norte. —Arquea las cejas en un gesto cómplice—. A esos dos los han estado persiguiendo durante meses.

Tenso la mandíbula. La destenso. La vuelvo a tensar.

—Así que tenemos que ser listos con todo esto —dice Ian en voz baja—. Si están muertos, debemos pensar en nuestros siguientes pasos. ¿A dónde vamos?

—Un momento… ¿A qué te refieres? —pregunta Adam inclinándose hacia delante—. ¿Qué pasos? ¿Crees que tenemos que irnos?

—Sin Warner ni Juliette, no creo que aquí estemos a salvo. —Lily toma la mano de Ian en una muestra de apoyo emocional que me hace sentir violento—. Los soldados declararon su lealtad hacia ellos dos… A Juliette en particular. Sin ella, no estoy seguro de que nos sigan a nosotros a

ningún lado.

»Y si el Restablecimiento ha matado a Juliette —añade Ian—, obviamente acaban de empezar. Vendrán a intentar recuperar el sector 45 en cualquier momento. Nuestra mejor opción para sobrevivir es pensar primero en lo que sea mejor para el equipo. Como es evidente que somos los siguientes objetivos, creo que deberíamos largarnos. Y pronto. —Hace una pausa—. Tal vez incluso esta misma noche.

—¿Estás loco? —Me dejo caer en la silla con demasiado ímpetu, con la sensación de que me apetece empezar a gritar—. No podemos largarnos sin más. Tenemos que buscarlos. ¡Deberíamos estar planeando una misión de rescate en este mismo instante!

Todos se limitan a mirarme. Como si fuera yo el que hubiera perdido la cabeza.

—¿Castle, señor? —digo, intentando que mi tono de voz no sea afilado, pero no lo consigo—. ¿Quieres aportar algo a la conversación?

Pero Castle está hundido en la silla. Mira hacia arriba, hacia el techo, con la mirada perdida. Es como si estuviera aturdido.

No tengo el tiempo de entristecerme por ello.

—Kenji —dice Alia en voz baja—. Lo siento, pero Ian tiene razón. No creo que estemos a salvo aquí.

—No nos iremos —exclamamos Adam y yo a la vez.

Me doy la vuelta, sorprendido. La esperanza me recorre rápidamente y con fuerza. Tal vez Adam sienta más cosas por Juliette de lo que deja ver. Tal vez Adam nos sorprenda a todos. Tal vez deje de esconderse, deje de acobardarse en la retaguardia. Tal vez, pienso, Adam haya vuelto.

—Gracias —le digo, y lo señalo en un gesto que les transmite a todos los demás: «¿Lo veis? Eso es lealtad».

—James y yo no vamos a volver a huir —dice Adam con los ojos fríos mientras habla—. Entiendo que el resto os queráis ir, pero James y yo nos quedaremos aquí. Yo era un soldado del sector 45. Vivía en esta base. A lo mejor me dan inmunidad.

Frunzo en ceño.

—Pero…

—James y yo no nos vamos —afirma Adam, en voz alta, decidido—. Podéis hacer los planes sin nosotros. De todas maneras, nos tenemos que retirar ya. —Adam se levanta y se gira hacia su hermano—. Es hora de ir a dormir.

James se queda mirando el suelo.

—James —lo llama Adam con una amable advertencia en la voz.

—Quiero quedarme y escuchar —protesta James, y se cruza de brazos—. Vete a dormir sin mí.

—James…

—Pero es que tengo una teoría —dice el niño de diez años. Pronuncia la palabra «teoría» como si la acabara de aprender, como si fuera un sonido interesante en su boca—. Y quiero compartirla con Kenji.

Adam tiene un aspecto tan rígido que la tensión de sus hombros me está estresando a mí. Creo que no le he estado prestando la suficiente atención, porque no me había dado cuenta hasta este preciso instante de que a Adam se le ve peor que cansado. Está harapiento. Como si pudiera desplomarse, partirse en dos, en cualquier momento.

James me mira desde la otra punta de la habitación, sus ojos redondos e impacientes.

Suspiro.

—¿Qué teoría tienes, pequeñajo?

A James se le ilumina la cara.

—Estaba pensando que a lo mejor todas las muertes de mentira han sido…, no sé, una distracción.

Arqueo una ceja.

—Como si alguien quisiera secuestrar a Warner y Juliette —sigue James—. ¿Sabes? Como has dicho antes. Organizar una escena como esa sería la distracción perfecta, ¿no?

—Bueno, sí —digo con el ceño fruncido—. Supongo. Pero ¿para qué necesitaría el Restablecimiento una distracción? ¿Desde cuándo se han andado con secretos sobre lo que quieren? Si un puto comandante supremo quisiera llevarse a Juliette o Warner, por ejemplo, ¿no se presentarían con un porrón de soldados y se llevarían lo que quieren?

—Esa boca —protesta Adam, enfadado.

—Culpa mía. Tacha la palabra «puto» de las notas.

Adam niega con la cabeza. Es como si me quisiera estrangular. Pero James sonríe, que es lo único que importa.

—No. No creo que entraran corriendo de ese modo, al menos no con tantos soldados —dice James con los ojos azules brillantes—. No si tuvieran algo que esconder.

—¿Crees que tienen algo que esconder? —salta Lily—. ¿A nosotros?

—No lo sé —contesta James—. A veces la gente oculta cosas. —Le lanza una mirada fugaz a Adam mientras lo dice, una mirada que hace que el pulso se me acelere con miedo, y estoy a punto de responder cuando Lily se me adelanta.

—Vamos a ver, es posible —dice—. Pero en la larga historia del Restablecimiento no se ha mostrado que les importen las apariencias. Dejaron de fingir que les importaba la opinión de la gente hace mucho tiempo. Masacran a la gente en la calle solo porque les viene en gana. No creo que estén preocupados por ocultarnos algo a nosotros.

Castle suelta una sonora carcajada, y todos nos giramos hacia él para mirarlo. Me alivia ver que finalmente reacciona, pero todavía parece estar perdido en algún lugar de su mente. Como si estuviera enojado. Nunca he visto a Castle enojado de verdad.

—Nos ocultan muchas cosas —afirma tajante—. Y también se las ocultan entre ellos. —Tras una exhalación profunda y pausada, al fin se pone en pie. Le sonríe con cautela al niño de diez años que está en la habitación—. James, eres un chico muy listo.

—Gracias —dice James mientras lo mira pestañeando.

—¿Castle, señor? —lo llamo, y la voz me sale más fuerte de lo que pretendía—. ¿Podrías decirnos qué narices está pasando? ¿Sabes algo?

Castle suspira. Se rasca la barba incipiente del mentón con la palma de la mano.

—Muy bien, Nazeera —dice dirigiéndose a la nada, como si estuviera hablando con un fantasma—. Adelante.

Cuando Nazeera aparece, como salida de la nada, no soy el único que está enfadado. Bueno, tal vez sea el único que está enfadado.

Pero todos los demás parecen estar sorprendidos, por lo menos.

La están mirando a ella, se miran entre sí, y luego todos… todos se giran para mirarme a mí.

—Tío, ¿tú sabías algo de esto? —me pregunta Ian.

Pongo mala cara.

La invisibilidad es mía. Mía, maldita sea.

Nunca nadie me ha dicho que tenía que compartirla con alguien. Sobre todo con alguien como Nazeera, una mentirosa, manipulativa…

Y preciosa. Una mujer preciosa.

Mierda.

Me giro y observo la pared. No me puede distraer más. Sabe que me gusta… Mi encaprichamiento le resultará obvio a cualquiera que esté a un radio de quince kilómetros, según Castle… Y, claramente, ha estado usando mi estupidez en su propio beneficio.

Qué lista. Le respeto la táctica.

Pero eso también significa que tengo que estar en guardia cuando ella esté cerca. Se acabó el mirar. Se acabó el soñar despierto con ella. Se acabó el pensar cómo me miraba cuando sonreía.

O su risa, como si fuera verdadera, la misma noche en que me gritó por hacerle preguntas razonables. Que por cierto…

No creo que fuera una locura preguntar en voz alta cómo la hija de un comandante supremo pudo salir airosa tras llevar un pañuelo ilegal en la cabeza. Más tarde me contó que llevaba el pañuelo como algo simbólico, de vez en cuando, y que no podía llevarlo siempre porque era ilegal. Pero cuando se lo comenté se puso hecha una furia. Y entonces me atormentó por estar confundido.

Todavía estoy confundido.

Ahora no se cubre el pelo, pero nadie más parece haberse percatado. Tal vez ya la habían visto así. Tal vez todos menos yo ya habían mantenido esa conversación con ella y habían oído la historia sobre llevarlo de manera simbólica de vez en cuando.

Ilegalmente, cuando su padre no la veía.

—Kenji —dice, y su voz es tan afilada que levanto la vista y me la quedo mirando a pesar de mis propias órdenes explícitas de mantener los ojos fijos en la pared. Con solo dos segundos de contacto visual mi corazón se da un golpe a sí mismo.

Esa boca. Esos ojos.

—¿Mmm? —Me cruzo de brazos.

Parece sorprendida, como si no se esperara que estuviera molesto, y no me importa. Debería saber que estoy cabreado. Quiero que sepa que la invisibilidad es mía. Que sé que soy insignificante y no me importa. Además, no confío en ella. Encima, ¿qué les pasa a los chicos de los comandantes supremos que todos tienen ese aspecto despampanante? Es como si lo hicieran a propósito, como si los hubieran creado en probetas o alguna mierda así.

Niego con la cabeza para aclararme.

—Creo que deberías sentarte para oír esto —dice Nazeera, con voz cautelosa.

—Estoy bien.

Frunce el ceño. Durante un segundo, parece dolida, pero antes de tener la oportunidad de sentirme mal por ello, se encoge de hombros y aparta la vista.

Y lo que dice a continuación casi me parte en dos.

# JULIETTE

*Estoy sentada en una silla naranja en el pasillo de un edificio apenas iluminado. La silla es de plástico barato y tiene los cantos ásperos e inacabados. El suelo es un linóleo brillante que de vez en cuando se pega a las suelas de mis zapatos. Sé que he estado respirando demasiado alto, pero no puedo evitarlo. Me siento sobre las manos y balanceo las piernas por debajo del asiento.*

*Justo entonces, aparece un chico en mi visión. Sus movimientos son tan sigilosos que solo me doy cuenta de su presencia cuando se detiene justo enfrente de mí. Se inclina hacia la pared que tengo detrás con los ojos enfocados en un punto en la distancia.*

*Me lo quedo mirando durante unos instantes.*

*Debe de tener mi edad, pero lleva puesto un traje. Hay algo extraño en él; está tan pálido y rígido que parece estar cerca de la muerte.*

*—Hola —lo saludo, e intento sonreír—. ¿Quieres sentarte?*

*No me devuelve la sonrisa. Ni siquiera me mira.*

*—Prefiero quedarme de pie —dice en voz queda.*

*—Muy bien.*

*Los dos nos quedamos callados un rato.*

*—Estás nerviosa —habla al final.*

*Asiento. Debo de tener los ojos rojos de llorar, pero albergaba la esperanza de que nadie se diera cuenta.*

*—¿También estás aquí para conseguir una nueva familia?*

*—No.*

*—Ah. —Desvío la mirada y dejo de balancear los pies. Siento que el labio inferior me tiembla y me lo muerdo con fuerza—. Entonces, ¿qué haces aquí?*

*Se encoge de hombros. Veo cómo les echa una mirada fugaz a las tres sillas vacías que tengo al lado, pero no hace ademán de sentarse.*

*—Mi padre me ha obligado a venir.*

*—¿Te ha obligado a venir aquí?*

*—Sí.*

*—¿Por qué?*

*Se queda mirando los zapatos y frunce el ceño.*

*—No lo sé.*

*—¿No deberías estar en la escuela?*

*—¿De dónde eres? —me pregunta en vez de responderme a mí.*

*—¿A qué te refieres?*

*En ese momento, levanta la vista y nuestros ojos se encuentran por primera vez. Tiene unos ojos muy poco comunes. Son de un verde claro y limpio.*

*—Tienes acento —dice él.*

*—Ah —murmuro—. Sí. —Miro hacia el suelo—. Nací en Nueva Zelanda. Viví allí hasta que murieron mi madre y mi padre.*

*—Lo siento mucho.*

*Asiento y vuelvo a menear las piernas. Estoy a punto de hacerle otra pregunta cuando al fin se abre la puerta al final del pasillo. Un hombre alto con uniforme azul marino la cruza. Lleva un maletín.*

*Es el señor Anderson, mi asistente social.*

*Irradia felicidad.*

*—Ya lo tienes todo listo. Tu nueva familia se muere por conocerte. Nos quedan un par de cosas por hacer antes de que te puedas ir, pero no tardaremos mucho…*

*Ya no lo puedo aguantar más.*

*Empiezo a llorar ahí mismo, y las lágrimas caen por encima del vestido que me ha comprado. Los sollozos me doblan el cuerpo, las lágrimas caen sobre la silla naranja y el suelo pegajoso.*

*El señor Anderson deja el maletín en el suelo y se echa a reír.*

*—Tesoro, no hay nada por lo que llorar. ¡Hoy es un día fantástico! ¡Deberías estar contenta!*

*Pero no puedo hablar.*

*Me siento atrapada, atrapada en la silla. Como si me hubieran atado los pulmones. Consigo calmar mis sollozos, pero de repente empiezo a emitir hipidos y las lágrimas se derraman lentamente por mis mejillas.*

*—Quiero… quiero ir a ca-casa…*

*—Vas a casa —dice, todavía sonriendo—. De eso se trata.*

*Y entonces…*

*—Papá.*

*Levanto la vista al oír su voz. Tan seria y tranquila. Es el muchacho de los ojos verdes. El señor Anderson, me doy cuenta, es su padre.*

*—Tiene miedo —le dice el chico. Y aunque le está hablando a su padre me está mirando a mí —. Tiene mucho miedo.*

*—¿Miedo? —El señor Anderson pasa la mirada de mí a su hijo, y entonces me vuelve a mirar —. ¿De qué iba a tener miedo?*

*Me limpio la cara. Intento detener las lágrimas, pero no lo consigo.*

*—¿Cómo se llama? —pregunta el chico. Todavía me está mirando, y esta vez le devuelvo la mirada. Hay algo en sus ojos, algo que me hace sentirme segura.*

*—Juliette —responde el señor Anderson, y me echa un vistazo—. Una historia trágica —suspira—, como la de su tocaya y Romeo.*

# KENJI

Nazeera tenía razón. Debería haberme sentado.

Me estoy mirando las manos y veo cómo un temblor se abre camino por mis dedos. Casi suelto el montón de fotos que estoy agarrando. Las fotos. Las fotos que Nazeera ha ido pasando después de decirnos que Juliette no es quien cree ser.

No puedo dejar de mirar las fotos.

Una niña pequeña morena y una niña pequeña blanca que corren por un campo, las dos sonríen y muestran sus dientecitos, el pelo largo les ondea en el viento y llevan colgadas del codo pequeñas cestas llenas de fresas.

«Nazeera y Emmaline en el campo de fresas», estaba escrito en el anverso.

La pequeña Nazeera abrazada por los dos lados por dos niñas pequeñas blancas, las tres riéndose tan fuerte que parece que se estén a punto de caer.

«Ella, Emmaline y Nazeera», se podía leer.

Un primer plano de una niña pequeña que le sonríe directamente a la cámara, con los ojos grandes de color verde azulado y mechones largos de pelo castaño suave que le enmarcan el rostro.

«Ella la mañana de Navidad», se podía leer.

—Ella Sommers —dice Nazeera.

Dice que su nombre real es Ella Sommers, la hermana de Emmaline Sommers, hija de Maximillian y Evie Sommers.

—Algo va mal —dice Nazeera—. Algo está ocurriendo —prosigue. Nos cuenta que se despertó hace seis semanas y recordaba a Juliette… Quiero decir, a Ella—. La recordaba. La recordaba, y eso significa que la había olvidado. Y cuando recordé a Ella —dice Nazeera—, recordé a Emmaline también. Recordé que habíamos crecido juntas y que nuestros padres eran amigos. Lo recordé, pero no lo entendí, por lo menos no de inmediato. Pensé que tal vez estaba confundiendo los sueños con los recuerdos. De hecho, los recuerdos me vinieron tan lentamente que pensé durante un tiempo que tal vez había tenido alucinaciones.

Dice que las alucinaciones, como las llama ella, eran imposibles de evitar, así que empezó a

indagar, empezó a buscar información.

—Descubrí lo mismo que vosotros. Que dos niñas llamadas Ella y Emmaline habían sido donadas al Restablecimiento, y que solo a Ella le arrebataron la custodia, así que le dieron otro nombre. La reubicaron. La adoptaron. Pero lo que no sabíais era que los padres que cedieron a sus hijas también eran miembros del Restablecimiento. Eran médicos y científicos. No sabíais que Ella, la chica que conocéis como Juliette, es la hija de Evie Sommers, la comandante suprema actual de Oceanía. Ella y yo crecimos juntas. A Ella, como al resto de las niñas, la formaron para que sirviera al Restablecimiento.

Ian maldice en voz alta, y Adam está tan abrumado que ni siquiera se queja.

—No es posible —dice Adam—. Juliette… ¿La chica con la que fui a la escuela? Ella era… —Niega con la cabeza—. La conozco desde hace años. No la formaron como a ti o como a Warner. Era una chica dulce, tímida y tranquila. Siempre fue muy amable. Nunca quiso hacerle daño a nadie. Lo único que quería era, digamos, conectar con la gente. Intentaba ayudar a ese niño pequeño en la tienda. Pero al final… todo acabó muy mal y se vio envuelta en todo este desastre y yo lo intenté… —dice, de repente consternado—. Intenté ayudarla, intenté mantenerla a salvo. Quería protegerla de esto. Quería…

Se interrumpe y recobra la compostura.

—No era así —añade, y ahora está mirando al suelo—. No hasta que empezó a pasar tanto tiempo con Warner. Después de conocerlo…, no sé qué pasó. Se fue perdiendo a sí misma, poco a poco. Al final se convirtió en otra persona. —Levanta la vista—. Pero no la formaron para ser así, no como a ti. No como a Warner. De ninguna manera es la hija de una comandante suprema… No es una asesina de nacimiento. Además… —dice, y toma una bocanada de aire—, si fuera de Oceanía tendría acento.

Nazeera ladea la cabeza mientras mira a Adam.

—La chica que conocías pasó por traumas físicos y emocionales graves —explica—. Le quitaron los recuerdos originales a la fuerza. La llevaron a la otra punta del planeta como un espécimen y la convencieron para que viviera con unos padres adoptivos abusivos que le quitaron las ganas de vivir a base de golpes. —Nazeera niega con la cabeza lentamente—. El Restablecimiento, y Anderson en particular, se aseguró de que Ella no pudiera recordar jamás por qué estaba sufriendo, pero el hecho de que no pudiese recordar qué le había pasado no cambia el hecho de que ocurriera. Su cuerpo fue usado y abusado repetidas veces por un elenco rotativo de monstruos. Y esa mierda te deja marca.

Nazeera mira a Adam directamente a los ojos.

—Tal vez no lo entiendas —prosigue—. He leído todos los informes. Me colé en todos los archivos de mi padre. Lo encontré todo. Lo que le hicieron a Ella durante el transcurso de doce años es impronunciable. Así que sí, estoy segura de que recuerdas a una persona muy diferente. Pero no creo que se convirtiera en alguien que no era. Creo que al fin reunió la fuerza suficiente para recordar quién ha sido siempre. Y si no lo entiendes, estoy contenta de que lo vuestro no funcionara.

En un instante, la tensión en la habitación es casi sofocante.

Adam parece a punto de echar a arder en cualquier momento. Como si las llamas pudieran salir literalmente de sus ojos. Como si ese pudiera ser su nuevo superpoder.

Me aclaro la garganta. Me obligo a decir algo, lo que sea, para romper el silencio.

—Así que vosotros… Mmm… También sabíais lo de Adam y Juliette, ¿eh? No me había dado cuenta de que estabais al corriente de eso. Mmm… Interesante.

Nazeera se toma su tiempo para girarse en el sitio y mirarme a los ojos.

—¿Estás de broma? —me dice como si yo fuera algo peor que un idiota.

Supongo que es mejor no echarle más leña al fuego.

—¿De dónde has sacado estas fotos? —le pregunta Alia, cambiando de tema con más destreza que yo—. ¿Cómo podemos confiar en que son reales?

Al principio, Nazeera se limita a mirarla a ella.

—No sé cómo convenceros de que son reales. Solo os puedo decir que lo son —responde Nazeera con lo que parece resignación.

La habitación se queda en silencio.

—¿A ti qué más te da? —dice Lily—. ¿Por qué se supone que deberíamos creer que te importa? Juliette… o Ella. ¿Qué ganas ayudándonos? ¿Por qué traicionarías a tus padres?

Nazeera se reclina en el asiento.

—Sé que todos pensáis que los niños de los comandantes supremos son un puñado de psicópatas despreocupados y amorales, que estamos contentos con ser los robots militares que nuestros padres querían que fuéramos, pero no es tan sencillo. Nuestros padres son maníacos homicidas que intentan gobernar el mundo, eso es verdad. Pero lo que parece que nadie consigue entender es que nuestros padres escogieron ser maníacos homicidas. A nosotros, sin embargo, nos obligaron a serlo. Y solo porque nos entrenaran para ser mercenarios no significa que nos guste. Ninguno de nosotros escogió esta vida. Ninguno de nosotros disfrutó mientras le enseñaban a torturar antes incluso de aprender a conducir. Y no es descabellado imaginar que a veces incluso las personas más horribles buscan la manera de salir de su propia oscuridad.

Los ojos de Nazeera se iluminan, llenos de sentimiento, mientras habla, y sus palabras perforan el chaleco salvavidas que llevo alrededor del corazón. La emoción me inunda de nuevo.

*Mierda.*

—¿De verdad es una locura que puedan importarme unas chicas que en su día quise como a mis propias hermanas? —añade—. ¿O las mentiras que mis padres me obligaron a tragarme o las personas inocentes a las que vi cómo asesinaban? O tal vez incluso algo más simple que eso… ¿No es posible que abriese los ojos un día y me diera cuenta de que formaba parte integral de un sistema que no solo estaba devastando el mundo, sino también masacrando a todo aquellos que viven en él?

*Mierda.*

Puedo notarlo, puedo notar cómo mi corazón se llena hasta el borde. El pecho me aprieta, como si estuviera hinchado, como si mis pulmones ya no cupieran. No quiero que Nazeera me importe. No quiero sentir su dolor ni sentirme conectado a ella ni sentir nada. Solo quiero tener la cabeza serena. Ser racional.

Me obligo a pensar en un chiste que me contó James el otro día, un estúpido juego de palabras, algo relacionado con los bollos, un chiste que era tan malo que casi lloro. Me concentro en el recuerdo, la manera como James se rio de su pésimo chiste, riendo por la nariz tan fuerte que le cayó un poco de comida de la boca. Sonrío y miro en dirección a James, que parece que se vaya a quedar dormido en su asiento.

Al cabo de poco, la tensión que siento en el pecho empieza a calmarse.

Ahora estoy sonriendo de verdad, preguntándome si es raro que me gusten más los chistes malos que los buenos.

—No es que parezcas insensible. Es solo que estas fotos llegan en un momento muy conveniente. Las tenías preparadas para que las viéramos. —Baja la vista hacia la foto que está sujetando—. Estas niñas podrían ser cualesquiera —oigo que dice Ian.

—Mira con atención —dice Nazeera, y se pone en pie para ver mejor la foto que tiene en las manos—. ¿Quién crees que es?

Me inclino hacia él, Ian no está lejos, y miro por encima de su hombro. No sirve de nada seguir negándolo: el parentesco es una locura.

Es Juliette. Es Ella.

Solo es una niña, tal vez de unos cuatro o cinco años, y está de pie frente a la cámara, sonriendo. Sujeta un ramo de dientes de león hacia el cámara, somo si le ofreciera uno. Y justo al lado hay otra persona. Un niñito rubio. Tan rubio que el pelo es blanco. Está mirando

intensamente un diente de león que tiene en las manos.

Casi me caigo de la silla. Ver a Juliette es una cosa, pero esto…

—¿Ese es Warner? —pregunto.

Adam levanta la vista de golpe. Pasa la mirada de mí a Nazeera, y entonces se acerca para contemplar la foto. Las cejas le suben de golpe por la cara.

—No puede ser —masculla.

Nazeera se encoge de hombros.

—No puede ser —repite Adam—. No puede ser. Es imposible. No puede ser que se conozcan desde hace tanto tiempo. Warner no tenía ni idea de quién era Juliette antes de venir aquí. —Cuando a Nazeera parece no afectarle lo más mínimo, Adam continúa—. Hablo en serio. Sé que piensas que soy un mierdas, pero en esto no me equivoco. Yo estaba allí. Warner me entrevistó personalmente para el puesto de su compañero de celda en el manicomio. Él no sabía quién era ella. Nunca la había conocido. Nunca había visto su cara, al menos no de cerca. Parte del motivo por el que me eligió para que fuera su compañero de habitación fue porque ella y yo ya nos conocíamos, porque Warner creía que eso le sería útil. Me interrogaba durante horas sobre ella.

Nazeera suelta un suspiro leve, como si estuviera rodeada de idiotas.

—Cuando encontré estas fotos —le explica a Adam—, no podía entender cómo me crucé con ellas con tanta facilidad. No entendía por qué alguien guardaría unas pruebas como estas justo enfrente de mis narices o me lo pondría tan fácil que las hallase. Pero ahora sé que mis padres nunca se pensaron que buscaría algo. Se volvieron descuidados. Imaginaron que, incluso aunque diera con estas fotos, nunca sabría qué estaba observando. Hace dos meses, podría haber mirado estas fotos y habría presupuesto que esta chica… —saca una foto de sí misma de la pila, en la que se parece a Haider de joven, y de una chica delgada de pelo castaño con azules ojos brillantes— era alguna vecina, alguien que conocía y que no me había preocupado por recordar.

»Pero sí que me acuerdo —continúa—. Lo recuerdo todo. Recuerdo el día que mis padres nos dijeron que Ella y Emmaline se habían ahogado. Recuerdo llorar hasta quedarme dormida cada noche. Recuerdo el día en que nos llevaron a un lugar que creía que era un hospital. Recuerdo que mi madre me dijo que pronto estaría mejor. Y después recuerdo no recordar nada. Como si el tiempo se hubiera bloqueado en mi cabeza. —Arquea las cejas—. ¿Entiendes lo que intento decirte, Kent?

Él la mira.

—Entiendo que piensas que soy un idiota.

Ella sonríe.

—Sí, entiendo lo que dices —responde él, obviamente irritado—. Dices que te borraron todos los recuerdos. Dices que Warner ni siquiera sabe que se conocían de antes.

Nazeera levanta un dedo.

—Sabía —rectifica—. No lo sabía hasta antes del simposio. Intenté advertirlo…, a él y a Castle —dice mirando hacia este, que sigue con la mirada fija en la pared—. Intenté advertirlos a los dos de que algo no iba bien, que algo grande estaba ocurriendo y no comprendía del todo qué era o por qué. Warner no me creyó, por supuesto. No estoy segura de que Castle lo hiciera tampoco. Pero no tenía tiempo para enseñarles pruebas.

—Un momento, ¿qué? —digo mientras junto las cejas—. ¿Se lo contaste a Warner y a Castle? ¿Antes del simposio? ¿Les contaste todo esto?

—Lo intenté —responde ella.

—¿Por qué no se lo dijiste a Juliette? —pregunta Lily.

—Quieres decir a Ella.

Lily pone los ojos en blanco.

—Vale. A Ella. Comoquiera que se llame. ¿Por qué no le avisaste directamente? ¿Para qué contárselo a los demás?

—No sabía cómo se lo tomaría —dice Nazeera—. Intenté acercarme a ella desde que llegué aquí, pero nunca pude descubrir qué opinión tenía de mí. No creo que confiara en mí. Y después de todo lo que ocurrió… —se detiene, dubitativa—, nunca parecía el momento adecuado. Le dispararon, estuvo en recuperación, y luego ella y Warner rompieron, y… no sé. Daba vueltas. No estaba en un buen estado mental. Ya había tenido que asimilar un buen puñado de revelaciones y no parecía llevarlas demasiado bien. No estaba segura de que pudiera soportar muchas más, si te soy sincera, y me preocupaba lo que pudiera hacer.

—Matar a seiscientas personas, tal vez —murmura Ian en voz baja.

—Eh —salto—. No ha matado a nadie, ¿vale? Ha sido algún tipo de truco de magia.

—Era una distracción —afirma Nazeera—. James ha sido el único que lo ha analizado como lo que es. —Suspira—. Creo que todo ha sido orquestado para que Ella parezca volátil e inestable. Esa escena en el simposio sin duda minará su posición aquí, en el sector 45, inculcando el miedo en los soldados que le han jurado lealtad. La describirán como frágil. Irracional. Débil. Y entonces… capturarla será fácil. Sabía que el Restablecimiento quería deshacerse de Ella, pero pensé que se limitarían a quemar todo el sector hasta los cimientos. Estaba equivocada. Esta ha sido una táctica mucho más efectiva. No necesitaban matar a todo un regimiento de soldados funcionales y a la población de trabajadores obedientes —explica Nazeera—. Lo único que

tenían que hacer era desacreditar a Ella como líder.

—¿Y ahora qué? —pregunta Lily.

Nazeera duda.

—Una vez que hayan castigado a los civiles y sofocado a conciencia cualquier esperanza de rebelión, el Restablecimiento pondrá a todo el mundo en vuestra contra. Anunciará recompensas sobre vuestras cabezas o, peor aún, amenazarán con matar a los seres queridos si tanto los civiles como los soldados no os entregan. Tenías razón —le dice a Lily—. Los soldados y los civiles juraron lealtad a Ella, y con Warner y ella desaparecidos, se sentirán abandonados. No tienen ningún motivo para confiar en ninguno de vosotros. —Se hace un silencio—. Diría que tenéis unas veinticuatro horas antes de que vengan a por vuestras cabezas.

El silencio envuelve la habitación. Durante unos segundos, creo que todos han dejado de respirar.

—Joder —dice Ian bajando la cabeza hasta las manos.

—Una reubicación inmediata es la mejor medida que podéis tomar —asegura Nazeera con brusquedad—. Pero dudo de que yo os pueda ser de mucha ayuda en ese aspecto. A donde vayáis será cosa vuestra.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —le suelto, irritado. Ahora la entiendo algo mejor; sé que ha intentado ayudarnos, pero eso no cambia el hecho de que todavía me sienta como una mierda. O que todavía no sepa qué sentir hacia ella—. ¿Te has presentado solo para decirnos que vamos a morir y ya? —Niego con la cabeza—. Muy útil, gracias.

—Kenji —dice Castle, rompiendo al fin su silencio—. No hay ninguna necesidad de atacar a nuestra invitada. —Su voz es un sonido calmado y tranquilizador. Lo echaba de menos—. Sí que intentó hablar conmigo…, advertirme…, mientras estaba aquí. Y en cuanto al plan de contingencia —dice, hablándole a toda la habitación—, dadme un poco de tiempo. Tengo amigos. No estamos solos, como bien sabéis, en nuestra resistencia. No hay que entrar en pánico, todavía no.

—¿Todavía no? —dice Ian, incrédulo.

—Todavía no —afirma Castle—. Nazeera, ¿y tu hermano? ¿Lo has podido convencer?

Nazeera toma una bocanada de aire y relaja un poco la tensión de los hombros.

—Haider lo sabe —nos informa a los demás—. Él también ha estado recordando cosas de Ella, pero sus recuerdos no son tan nítidos como los míos, y no sabía lo que le estaba ocurriendo hasta la noche pasada, cuando decidí decirle lo que había descubierto.

—Vaya… Espera —interviene Ian—, ¿confías en él?

—Confío lo suficiente. Además, decidí que tenía derecho a saberlo; también conocía a Ella y Emmaline. Pero no lo convencí del todo. Aún no sé qué decidirá hacer, pero definitivamente se quedó conmocionado, y eso creo que es una buena señal. Le pedí que investigara para descubrir si alguno de los otros niños empezaba a recordar cosas también y me dijo que lo haría. Por ahora, es lo único que tengo.

—¿Dónde están los demás niños? —pregunta Winston con el ceño fruncido—. ¿Saben que todavía estás aquí?

El desaliento cruza el rostro de Nazeera.

—Se suponía que todos los niños tenían que presentarse de nuevo al acabar el simposio. Haider debería estar de camino de vuelta a Asia en ese momento. Intenté convencer a mis padres de que me quedaba para explorar un poco más, pero creo que no se lo han tragado. Estoy segura de que tendré noticias suyas pronto. Lidiaré con ello cuando sea el momento.

—Entonces… Un momento. —Paso la mirada de ella a Castle—. ¿Te quedas con nosotros?

—Ese no era mi plan.

—Ah. Bien. Está bien. —Levanta una ceja y me mira—. Ya sabes a qué me refiero.

—Creo que no —dice ella, y de repente parece molesta—. De todos modos, aunque no era mi plan quedarme, creo que voy a tener que hacerlo.

Abro mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque mis padres me han estado mintiendo desde que era una niña; me han robado los recuerdos y han reescrito mi historia, y quiero saber el motivo. Además —respira hondo—, creo que sé dónde están Ella y Warner, y quiero ayudar.

# WARNER

*—Maldita sea.*

*Oigo la voz irada desenfrenada de mi padre justo antes de que algo dé un golpe fuerte. Vuelve a soltar un improperio.*

*Me quedo dubitativo fuera de su puerta.*

*Y entonces, en tono impaciente…*

*—¿Qué quieres?*

*Su voz es prácticamente un gruñido. Forcejeo contra el impulso de acobardarme. Me pongo una máscara en el rostro. Neutralizo mis emociones. Y después, con cautela, entro en su despacho.*

*Mi padre está sentado a su escritorio, pero lo único que veo es el respaldo de su silla y el vaso sin acabar de whisky que aferra con la mano izquierda. Sus papeles están desordenados. Me fijo en el pisapapeles que está en el suelo y en la pared dañada.*

*Algo ha ido mal.*

*—Querías verme —respondo.*

*—¿Qué? —Mi padre gira la silla para mirarme—. ¿Verte para qué?*

*No respondo. A estas alturas ya he aprendido a no recordarle nunca cuándo se ha olvidado de algo.*

*Al fin, suspira.*

*—Sí, de acuerdo. Tendremos que hablarlo más tarde.*

*—¿Más tarde? —Esta vez me las veo y me las deseo para esconder mis sentimientos—. Me dijiste que me darías una respuesta hoy…*

*—Algo ha ocurrido.*

*La rabia me brota en el pecho. Me dejo llevar.*

*—¿Algo más importante que tu esposa moribunda?*

*Mi padre ni se inmuta. En vez de eso, recoge un montón de papeles del escritorio y me dice:*

*—Lárgate.*

*No me muevo.*

*—Tengo que saber qué va a ocurrir —digo—. No quiero ir a la capital contigo… Quiero quedarme aquí, con mamá…*

*—Dios —exclama golpeando el escritorio con el vaso—. ¿Tú te has oído? —Me mira, disgustado—. Este comportamiento es enfermizo y perturbador. Nunca he visto a un chico de dieciséis años que estuviera tan obsesionado con su madre.*

*Un calor me trepa por el cuello y me odio por ello.*

*—No estoy obsesionado con ella —respondo en voz baja. Lo odio por hacer que me odie a mí mismo por decir esas palabras.*

*—Eres patético —me suelta Anderson mientras niega con la cabeza.*

*Acepto el golpe emocional y lo entierro.*

*—Solo quiero saber qué va a ocurrir. —Con algo de esfuerzo, consigo que las palabras suenen indiferentes.*

*Anderson se levanta y se mete las manos en los bolsillos. Mira por la gigante ventana de su despacho, hacia la ciudad que se encuentra al otro lado.*

*La vista es desoladora.*

*Las autopistas se han convertido en museos al aire libre para los esqueletos de los coches olvidados. Montañas de basura se alinean a lo largo del terreno. Los pájaros muertos contaminan las calles, sus carcasas todavía caen de vez en cuando del cielo. Fuegos descontrolados arden en la distancia y los fuertes vientos atizan sus llamas. Una capa espesa de niebla tóxica se ha posado permanentemente sobre la ciudad, y el resto de las nubes son grises, llenas de lluvia. Ya hemos empezado el proceso de regular qué terrenos son habitables y cuáles no, y desde entonces se han cerrado secciones enteras de la ciudad. La mayoría de las zonas costeras, por ejemplo, se han evacuado; las calles y las casas están inundadas y los tejados ceden lentamente.*

*En comparación, el interior del despacho de mi padre es un auténtico paraíso. Todo es nuevo aquí; la madera huele a madera y cada superficie brilla. Votaron para darle poder al Restablecimiento hace solo cuatro meses, y mi padre es ahora el comandante y regente de uno de los nuevos sectores.*

*El sector 45.*

*Una ráfaga repentina de viento golpea la ventana, y siento cómo el traqueteo reverbera por toda la habitación. Las luces parpadean. Él ni siquiera pestañea. Puede que el mundo se esté yendo al traste, pero al Restablecimiento le está yendo mejor que nunca. Sus planes llegaron a buen puerto con más facilidad de la que habían previsto. Y aunque ya están sopesando otorgarle un gran ascenso a mi padre —a comandante supremo de América del Norte—, ningún tipo de éxito parece calmarlo. Últimamente ha estado más volátil que nunca.*

*—No tengo ni idea de lo que va a ocurrir. No sé si me van a seguir teniendo en cuenta para el ascenso —dice al fin.*

*Soy incapaz de enmascarar mi sorpresa.*

*—¿Por qué no?*

*Anderson le sonríe sin alegría a la ventana.*

*—Un trabajo de canguro que se ha torcido.*

*—No lo entiendo.*

*—No pretendo que lo entiendas.*

*—Entonces… ¿Ya no nos mudamos? ¿No iremos a la capital?*

*Anderson se da la vuelta.*

*—No te emociones tanto. He dicho que todavía no lo sé. Primero tengo que encontrar la manera de lidiar con el problema.*

*—¿Qué problema es? —pregunto con cautela.*

*Anderson se ríe; sus ojos se arrugan, y por un momento parece humano.*

*—Basta con decirte que tu novia me está arruinando el día. Como siempre.*

*—¿Mi qué? —Frunzo el ceño—. Papá, Lena no es mi novia. No me importa lo que diga…*

*—Tu otra novia —dice Anderson, y suspira. Ahora me evita la mirada. Agarra un archivador del escritorio, lo abre y examina el contenido.*

*No tengo la oportunidad de hacerle más preguntas.*

*De repente, alguien llama a la puerta con un golpe seco. Tras la aprobación de mi padre, Delalieu entra. Parece estar algo más que sorprendido al verme, y, durante unos segundos, se queda callado.*

*—¿Y bien? —Mi padre está impaciente—. ¿Está aquí?*

*—S-sí, señor. —Delalieu se aclara la garganta. Sus ojos se posan en mí de nuevo—. ¿Quiere que la traiga aquí o prefiere en algún otro lugar?*

*—Tráela aquí.*

*—¿Está seguro, señor? —dice Delalieu, dubitativo.*

*Paso la mirada de mi padre a Delalieu. Algo va mal.*

*—He dicho que la traigas —insiste mi padre mientras me mira a los ojos.*

*Delalieu asiente y desaparece.*

✣ ✣ ✣

Noto la cabeza como si fuera una piedra, pesada e inútil, y los ojos pegados al cráneo. Solo

consigo mantener la consciencia durante unos segundos cada vez. Percibo un olor metálico y también lo saboreo. Un ruido antiguo, reverberante, suena alto, luego bajo, luego alto de nuevo.

Botas, pesadas, cerca de mi cabeza.

Voces, pero su sonido está amortiguado, a años luz. No me puedo mover. Me siento como si me hubieran enterrado y dejado para que me pudriera. Una luz naranja débil se enciende detrás de mis ojos y durante un segundo, solo un segundo…

No.

Nada.

Me da la sensación de que pasan días. Siglos. Solo estoy lo bastante consciente como para saber que me han sedado considerablemente. Siempre estoy sedado. Estoy muerto de sed, tan deshidratado que incluso me duele. Mataría por agua. Mataría.

Cuando me mueven, me siento pesado, como si no fuera yo mismo. Aterrizo con un buen golpe en el frío suelo y el dolor me sube rebotando por el cuerpo como si viniera de lejos. Sé que muy pronto ese dolor me alcanzará. Muy pronto, el sedante se acabará y me quedaré solo con mis huesos y este polvo en la boca.

Una patada fuerte y veloz en el estómago y mis ojos se abren de golpe, la oscuridad devora mi boca abierta, que intenta tomar aire, y se filtra por los agujeros de mis ojos. Me siento ciego y sin aliento a la vez, y cuando por fin la conmoción disminuye, los brazos y las piernas me cuelgan. Inertes.

La chispa se apaga.

# KENJI

—¿Me quieres decir qué narices está pasando?

Me detengo, paralizado en el sitio, cuando oigo la voz de Nazeera. Me dirigía de vuelta a mi habitación para cerrar los ojos durante un minuto. Para intentar ponerle solución al inmenso dolor de cabeza que me taladra el cráneo.

Por fin, por fin hemos tomado un descanso.

Una pequeña pausa después de horas de conversaciones extenuantes y estresantes sobre los siguientes pasos y planes de acción y algo sobre robar un avión. Es demasiado. Ni siquiera Nazeera, con toda la información que tiene, me ha podido dar ninguna certeza de que Juliette —quiero decir, Ella— y Warner sigan con vida, y solo la posibilidad de que alguien los pueda estar torturando hasta la muerte es más de lo que mi mente puede soportar ahora mismo. Hoy ha sido una lluvia constante de mierda. Un tornado de mierda. No puedo más. No sé si sentarme y llorar o prenderle fuego a algo.

Castle ha dicho que se arriesgaría a bajar a la cocina para ver si podía gorronear algo de comida para nosotros, y esa ha sido la mejor noticia que he oído en todo el día. También ha dicho que haría todo cuanto estuviera en su mano para aplacar a los soldados durante un poco más de tiempo; el suficiente como para que decidamos cuál va a ser nuestro próximo movimiento, pero no estoy seguro de cuánto podemos hacer. Ya ha sido lo bastante malo que dispararan a J. Las horas que se ha pasado en el ala médica también han sido estresantes para el resto. De verdad que he pensado que los soldados se amotinarían. No dejaban de detenerme por los pasillos, gritándome que pensaban que en teoría ella era invencible, que ese no era el plan, que no habían decidido arriesgar sus vidas por una adolescente normal que no podía recibir un balazo y, joder, se suponía que era un fenómeno sobrenatural, algo más allá del ser humano…

Tardé una eternidad en calmarlos.

Pero ¿ahora?

Ahora solo puedo imaginarme cómo reaccionarán cuando les lleguen las noticias del simposio. Lo más probable es que haya un motín.

Suelto un fuerte suspiro.

—¿Así que te vas a limitar a ignorarme?

Nazeera está a unos centímetros de mí. Puedo sentirla, acechándome. Esperando. Todavía no

he dicho nada. Todavía no me he dado la vuelta. No es que no quiera hablar… Creo que puede, de alguna manera, que quiera hablar. Tal vez otro día. Pero ahora mismo me he quedado sin combustible. No me quedan chistes de James. Me acabo de quedar sin sonrisas falsas. Ahora mismo, no soy más que dolor, cansancio y emoción viva, y no puedo sintonizar el canal para una conversación seria. De verdad que no quiero hacer esto ahora mismo.

Casi había conseguido escapar. Estoy justo aquí, enfrente de mi puerta. Tengo la mano en el pomo.

«Me podría ir sin más», pienso.

Podría ser ese tipo de persona, como lo es Warner. Un imbécil. Irme sin mediar palabra. Estoy demasiado cansado, gracias, no quiero hablar.

Déjame en paz.

En vez de eso, me inclino hacia delante y apoyo las manos y la frente contra la puerta cerrada de la habitación.

—Estoy cansado, Nazeera.

—No me puedo creer que estés enfadado conmigo.

Se me cierran los ojos. Mi nariz golpea levemente la madera.

—No estoy enfadado contigo. Estoy medio dormido.

—Estabas enojado. Estabas enojado porque yo tengo la misma habilidad que tú. ¿No es así?

Suelto un gruñido.

—¿No es así? —repite, esta vez con rabia.

No respondo.

—Increíble. Eso es lo más ruin, ridículo e inmaduro…

—Pues muy bien.

—¿Sabes lo difícil que fue para mí decírtelo? No te haces una idea… —Oigo su resoplido intenso y enfadado—. ¿Podrías mirarme al menos cuando te hablo?

—No puedo.

—¿Qué? —dice con sorpresa—. ¿Cómo que no puedes?

—No puedo mirarte.

—¿Por qué no? —pregunta, dubitativa.

—Eres demasiado guapa.

Nazeera suelta una risotada, pero enfadada, como si pudiera golpearme en la cara.

—Kenji, estoy intentando hablar en serio contigo. Esto es importante para mí. Es la primera vez en toda mi vida que les muestro a otras personas lo que puedo hacer. Es la primera vez que

he interactuado con otras personas que son como yo. Además, creía que habíamos decidido que íbamos a ser amigos. Tal vez para ti no sea nada, pero para mí es muy importante, porque me cuesta hacer amigos. Y ahora mismo estás haciendo que dude de mi decisión.

Suspiro tan fuerte que casi me hago daño.

Me impulso con la puerta y observo la pared.

—Mira —le digo tras tragar saliva—. Siento haber herido tus sentimientos. Es que… Ha habido un minuto antes… antes de que empezaras a hablar, que pensé que habías…, no sé, mentido sobre todo. No entendía qué estaba pasando. Creía que tal vez nos habías tendido una trampa. Me parecía una locura que tantas cosas fueran una coincidencia. Pero llevamos hablando horas, y ya no pienso así. Ya no estoy enfadado. Lo siento. ¿Me puedo ir ya?

—Por supuesto —responde—. Es que… —Se le apaga la voz, como si estuviera confundida, y entonces me toca el brazo. No, no se limita a tocarme el brazo. Me agarra el brazo. Envuelve mi antebrazo desnudo con la mano y tira de él con suavidad.

El contacto me produce un inmediato calor. Tiene la piel suave. Siento el cerebro apagado. Mareado.

—Detente —le pido.

Nazeera baja la mano.

—¿Por qué no me miras? —me pregunta.

—Ya te he dicho por qué no te miro y te has reído de mí.

Se queda callada tanto rato que me pregunto si se ha largado.

—Creía que estabas de broma —me dice al final.

—Bueno, pues no.

Más silencio.

Entonces:

—¿Siempre dices exactamente lo que piensas?

—La mayoría de las veces, sí. —Golpeo suavemente la puerta con la cabeza. No entiendo por qué esta chica no me deja holgazanear en paz.

—¿En qué piensas en este instante? —pregunta.

«Por el amor de Dios».

Levanto la vista al techo, con la esperanza de que un agujero de gusano o un rayo o tal vez una abducción alienígena, lo que sea, me pueda sacar de aquí, de este momento y de esta conversación implacable y agotadora.

Mi frustración despunta ante la ausencia de milagros.

—Pienso que quiero ir a dormir —le digo enfadado—. Pienso que quiero que me dejen solo. Pienso que ya te lo he dicho mil veces, y no dejas que me vaya, aunque me haya disculpado por herir tus sentimientos. Así que supongo que lo que estoy pensando es «no entiendo qué haces aquí». ¿Por qué te importa tanto lo que yo piense?

—¿Qué? —exclama, sorprendida—. Yo no…

Al final, me doy la vuelta. Me siento un poco inestable, como si se me hubiera inundado el cerebro. Están pasando demasiadas cosas. Demasiados sentimientos. Pena, miedo, cansancio. Deseo.

Nazeera da un paso atrás cuando me ve la cara.

Es perfecta. Perfecta en todo. Largas piernas y curvas. Su cara es una pasada. Las caras no deberían ser así. Ojos claros del color de la miel y piel como el anochecer. Su pelo es tan castaño que parece negro. Grueso, pesado, liso. Me recuerda a algo, a un sentimiento que no sé ni cómo describir. Y algo en ella me vuelve estúpido. Ebrio, como si pudiera ser feliz solo con mirarla y flotar para siempre en ese sentimiento. Y entonces me doy cuenta, con un sobresalto, de que le estoy mirando la boca otra vez.

No es mi intención. Simplemente ocurre.

Siempre se está tocando la boca, tocando ese maldito *piercing* de diamante debajo del labio, y yo me quedo embobado y mis ojos siguen todos sus movimientos. Está de pie delante de mí con los brazos cruzados y se pasa el pulgar distraídamente por el borde del labio inferior, y no puedo dejar de mirar. Nazeera se sorprende, de golpe, cuando se da cuenta de que la estoy observando. Deja caer las manos a los lados y me parpadea. No tengo ni idea de qué está pensando.

—Te he hecho una pregunta —digo, pero esta vez la voz me sale un poco dura, demasiado intensa. Sabía que debía mantener los ojos clavados en la pared.

Aun así, se limita a mirarme.

—Está bien. Olvídalo —le digo—. No dejas de suplicarme que hable, pero en el momento en que te hago yo una pregunta, no respondes. Estupendo.

Me vuelvo a dar la vuelta y agarro el pomo.

Y entonces, todavía mirando hacia la puerta, le digo:

—¿Sabes…? Soy consciente de que no se me ha dado demasiado bien ser cuidadoso con esto, y tal vez nunca sea ese tipo de persona. Pero no creo que debas tratarme así, como si fuera un donnadie idiota, solo porque no sé ser un imbécil.

—¿Qué? Kenji, yo no…

—Para —le digo, zafándome de ella. Sigue tocándome el brazo, tocándome como si ni siquiera

supiera que lo está haciendo. Me está volviendo loco—. No hagas eso.

—Que no haga ¿qué?

Al final, enfadado, me doy la vuelta. Tengo la respiración agitada y el pecho me sube y baja demasiado rápido.

—Deja de marearme —le espeto—. No me conoces. No sabes nada de mí. Dices que quieres ser mi amiga, pero me hablas como si fuera idiota. Me tocas constantemente, como si fuera un niño, como si intentaras consolarme, como si no tuvieras ni idea de que soy un hombre bien formado que tal vez pueda sentir algo cuando me pones las manos encima de ese modo. —Nazeera intenta hablar, pero la corto—. No me importa lo que creas saber sobre mí ni lo estúpido que piensas que soy, pero ahora mismo estoy agotado, ¿de acuerdo? Se acabó. Así que, si quieres al Kenji simpático, tal vez deberías volver por la mañana, porque ahora mismo no me queda nada en el puto saco de la amabilidad.

Nazeera está petrificada. Conmocionada. Se me queda mirando con los labios un poco abiertos, y pienso que ya está, que así es como muero, que va a sacar un cuchillo y me va a abrir en canal, va a reordenarme los órganos y hará un número de marionetas con mis intestinos. Vaya manera de palmarla.

Pero cuando al fin habla, no parece estar enfadada. Es como si le faltase un poco el aliento.

Está nerviosa.

—No creo que seas un niño —dice.

No tengo ni idea de qué responder a eso.

Da un paso hacia mí y apoya la mano plana contra mi torso, y yo me convierto en una estatua. Sus manos me abrasan el cuerpo, el calor se escurre entre nosotros, incluso a través de la camisa.

Siento que podría estar en un sueño.

Sube las manos por mi pecho, y ese simple movimiento es tan placentero que de repente estoy aterrorizado. Me siento atraído hacia ella, congelado en el sitio. Temo despertarme.

—¿Qué haces? —susurro.

—No creo que seas un niño —repite mientras me sigue mirando al pecho.

—Nazeera.

Levanta la cabeza para mirarme a los ojos, y un sentimiento resplandeciente, cálido y doloroso me recorre la espalda.

—Y no creo que seas estúpido —dice ella.

Se equivoca.

Es definitivo, soy un estúpido.

Muy estúpido. Ni siquiera soy capaz de pensar ya.

—Vale —digo estúpidamente. No sé qué hacer con las manos. O sea, sé qué hacer con mis manos, solo que me preocupa que si la toco ella tal vez se ría, y entonces lo más probable es que me mate.

Nazeera sonríe, una sonrisa tan radiante que siento que el corazón me estalla y arruina mi pecho.

—¿Así que no vas a moverte? —me dice, todavía sonriente—. Pensaba que te gustaba. Creía que de eso iba todo esto.

—¿Gustarme? —Pestañeo—. Ni siquiera te conozco.

—Ah —dice ella, y su sonrisa desaparece. Empieza a apartarse de mí y es incapaz de mirarme a los ojos, y en ese preciso instante no sé qué me entra…

Le agarro la mano, abro la puerta de mi habitación y nos encierro en el interior.

✣ ✣ ✣

Ella me besa primero.

Durante un momento, siento que estoy fuera de mi cuerpo, no me puedo creer que esto me esté sucediendo de verdad. No entiendo qué he hecho para que sea posible, porque según mis cálculos la he pifiado en cien aspectos distintos y, de hecho, estaba bastante seguro de que estaba cabreada conmigo hasta hace, digamos, cinco minutos.

Y entonces me digo a mí mismo que cierre el pico.

Sus besos son suaves, sus manos tentadoras en mi pecho, y la rodeo con los brazos por la cintura y la beso, la beso de verdad, y de pronto no sé cómo estamos contra la pared y sus manos me rodean el cuello y separa los labios para mí, suspira en mi boca, y ese pequeño sonido de placer me vuelve loco, inunda mi cuerpo con un calor y un deseo tan intenso que apenas me mantengo en pie.

Nos separamos, sin aliento, y me la quedo mirando como un idiota, mi cerebro está todavía demasiado nublado como para descifrar cómo hemos llegado a esto exactamente. Y, otra vez, a quién le importa cómo hemos llegado. La vuelvo a besar y casi me mata. Estoy tan a gusto, es tan suave. Perfecta. Es perfecta: encaja perfectamente en mis brazos, como si estuviéramos hechos el uno para el otro, como si lo hubiéramos hecho mil veces antes, y huele a champú, a algo dulce. A perfume, tal vez. No lo sé. Sea lo que sea, se me ha metido en la cabeza y me está matando las neuronas.

Cuando nos separamos, la veo distinta, sus ojos son más oscuros, más profundos. Desvía la

vista y, cuando vuelve a mirarme, me sonríe, y durante un segundo creo que tal vez los dos estemos pensando lo mismo. Pero me equivoco, por supuesto, me equivoco del todo, porque estaba pensando en cómo soy el tipo más afortunado del planeta y ella…

Me pone la mano sobre el pecho y dice con voz suave:

—En realidad, no eres mi tipo.

Eso me deja sin aire. Bajo los brazos de su cintura y de golpe doy un paso hacia atrás, indeciso.

Se encoge y se cubre la cara con las dos manos.

—Yo no… A ver… No quiero decir que no seas mi tipo. —Niega con la cabeza con vehemencia—. Quiero decir que yo normalmente no… no suelo hacer esto.

—¿Hacer qué? —pregunto, todavía dolido.

—Esto —dice, y hace un gesto entre nosotros—. Yo no… Yo no…, a ver, no voy por ahí besando a chicos a los que apenas conozco.

—Vale, vale. —Frunzo el ceño—. ¿Quieres irte?

—No. —Abre mucho los ojos.

—Entonces, ¿qué quieres?

—No lo sé —dice ella, y vuelve a relajar los ojos—. Solo quiero mirarte durante un minuto. Lo que dije sobre tu rostro era verdad —afirma, y sonríe—. Tienes un rostro espectacular.

De repente, me flojean las rodillas. Me tengo que sentar. Camino hacia mi cama y me echo hacia atrás, y la cabeza me golpea la almohada. Se está demasiado bien en horizontal. Si no hubiera una mujer preciosa en mi habitación en este instante, ya estaría dormido.

—Solo para que lo sepas, esto no es ninguna jugada —le digo mayormente al techo—. No estoy intentando que duermas conmigo. Tenía que tumbarme, sin más. Gracias por elogiar mi rostro. Siempre pensé que tenía un rostro falto de elogios.

Ella se ríe, con ganas, y se sienta a mi lado, indecisa, al borde de la cama, al lado de mi brazo.

—De verdad que no eres lo que pensaba —dice.

—¿Qué esperabas? —le pregunto mientras la miro de cerca.

—No lo sé. —Niega con la cabeza. Me sonríe—. Supongo que no esperaba que me gustaras tanto.

Se me forma un nudo en el pecho. Un nudo demasiado apretado. Me obligo a incorporarme para mirarla a los ojos.

—Ven —le indico—. Estás demasiado lejos.

Nazeera se quita las botas, se acerca y se sienta con las piernas cruzadas. No dice nada. Tan solo me observa. Y luego, con cuidado, me toca la cara y me resigue la línea de la mandíbula.

Cierro los ojos y la mente se me inunda de sandeces. Me reclino hacia atrás y apoyo la cabeza en la pared que tenemos detrás. Sé que no dice mucho de mi autoestima que esté tan sorprendido de que esto esté ocurriendo, pero no puedo evitarlo.

Nunca pensé que sería tan afortunado.

—Kenji —me dice con voz suave.

Abro los ojos.

—No puedo ser tu novia.

Pestañeo. Me incorporo.

—Ah —respondo.

No se me había ocurrido hasta ese momento que podría querer algo así, pero ahora que me lo planteo sé que sí. Una novia es exactamente lo que quiero. Quiero una relación. Quiero algo real.

—Nunca funcionaría, ¿sabes? —Nazeera ladea la cabeza y me mira como si fuera obvio, como si yo supiera tan bien como ella el motivo por el que las cosas nunca funcionarían entre nosotros —. No somos… —Hace un gesto entre nuestros cuerpos para indicar algo que no entiendo—. Somos muy distintos, ¿verdad? Además, ni siquiera vivo aquí.

—Ya —digo, pero de repente noto la boca entumecida. Toda mi cara se entumece—. Ni siquiera vives aquí.

Y entonces, justo cuando intento hallar el modo de recoger los fragmentos de mis ilusiones y sueños destruidos, trepa hasta mi regazo. De cero a sesenta. Mi cuerpo falla. Se sobrecalienta.

Nazeera apoya la cara en mi mejilla y me besa, suavemente, justo por debajo de la mandíbula, y siento cómo me derrito con la pared, con el aire.

Ya no entiendo qué está pasando. Le gusto, pero no quiere estar conmigo. No va a estar conmigo, pero se va a sentar en mi regazo y me va a besar hasta el olvido.

Por qué no. Está bien.

Dejo que me toque como quiere, dejo que me ponga las manos en el cuerpo y me bese donde desee, como desee. Me toca como si fuera de su propiedad, como si ya le perteneciera, y no me importa. No sé por qué, pero me encanta. Y dejo que lleve la iniciativa todo lo que pueda aguantar. Me levanta la camisa y me recorre la piel desnuda con las manos diciéndome cuánto le gusta mi cuerpo, y de verdad siento que… que no puedo respirar. Desprendo demasiado calor. Delirante pero centrado, consciente de este momento de una manera casi primigenia.

Me ayuda a quitarme la camisa y se me queda mirando, primero a la cara y luego al pecho, y pasa las manos por mis hombros y hacia mis brazos.

—Vaya —dice en voz baja—. Eres precioso.

Y ya no puedo más.

La levanto del regazo y la tumbo boca arriba, y a ella se le corta la respiración y me mira como si estuviera sorprendida. Y entonces, su mirada se vuelve profunda y oscura, y la dirige a mi boca, pero decido besarle el cuello y la curvatura del hombro.

—Nazeera —susurro, apenas reconociendo el sonido de mi propia voz—. Te tengo tantas ganas que siento que me mata.

De repente, alguien llama a la puerta.

—Colega, ¿a dónde narices has ido? —grita Ian—. Castle ha subido la cena hace ya diez minutos.

Me yergo demasiado rápido. Casi me da un tirón. Nazeera suelta una carcajada, y aunque se tapa la boca con la mano para amortiguar el sonido, no es lo suficiente rápida.

—Eh… ¿Hola? —sigue Ian—. ¿Kenji?

—Ahora mismo voy —contesto con un grito.

Oigo cómo vacila, oigo sus pisadas titubeantes, y al final desaparece. Apoyo la cabeza en las manos. De golpe, todo me vuelve a borbotones. Durante unos pocos minutos este momento con Nazeera me ha parecido todo un mundo, un alivio temporal de la guerra, la muerte y el esfuerzo. Pero ahora, con un poco de oxígeno en el cerebro, me siento estúpido. No sé en qué estaba pensando.

Es posible que Juliette esté muerta.

Me pongo en pie. Me visto la camisa deprisa, con cuidado de no mirarla a los ojos. Por alguna razón, no consigo mirar a Nazeera. No me arrepiento de besarla…, es solo que de pronto también me siento culpable, como si hubiera hecho algo malo, algo egoísta e inapropiado.

—Lo siento —le digo—. No sé qué me ha pasado.

Nazeera se está poniendo las botas. Alza la vista, sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—Lo que acabamos de… —Suelto un suspiro hondo—. No lo sé. Me he olvidado durante un momento de todo lo que tenemos que hacer. Del hecho de que Juliette pueda estar ahí fuera, en algún lugar, y de que la puedan torturar hasta la muerte. De que Warner quizá esté muerto. Tendremos que empacar y huir, dejar este sitio atrás. Dios, están pasando tantas cosas, y yo… tenía la cabeza en otro lugar. Lo siento.

Nazeera está de pie ahora. Parece molesta.

—¿Por qué sigues disculpándote conmigo? Deja de disculparte.

—Tienes razón. Lo siento. —Hago un mohín—. O sea, ya sabes lo que quiero decir. De todos

modos, deberíamos irnos.

—Kenji…

—Escucha, has dicho que no querías una relación, ¿verdad? Que no querías ser mi novia. No crees que esto… —imito lo que ha hecho ella antes, un movimiento entre los dos— ¿pueda funcionar? Vale, pues entonces… —Respiro hondo. Me paso una mano por el pelo—. A esto se le parece no ser mi novia, ¿vale? Solo hay unas pocas personas en mi vida a las que les importo de verdad, y ahora mismo una de esas personas probablemente sea asesinada por un grupo de psicópatas, y yo debería estar ahí fuera, haciendo algo.

—No sabía que tú y Warner fuerais tan cercanos —dice en voz baja.

—¿Qué? —frunzo el ceño—. No, hablo de Juliette. De Ella. Como se llame.

Nazeera levanta las cejas.

—De todos modos, lo siento. Lo mejor será que mantengamos una relación profesional, ¿no crees? Tú no buscas nada serio, y yo no sé cómo mantener relaciones esporádicas. Siempre acabo implicándome demasiado, si te soy sincero, así que es probable que esto no sea una buena idea.

—Ah.

—¿No? —La miro, con la esperanza repentina de que haya pasado algo por alto, algo más que la distancia fría que hay en sus ojos—. ¿No me acabas de decir que somos demasiado distintos? ¿Que ni siquiera vives aquí?

Se da la vuelta.

—Sí.

—¿Y has cambiado de opinión en los últimos treinta segundos? ¿Sobre ser mi novia?

—No —responde mientras observa todavía la pared.

El dolor me recorre la espalda y se acumula en mi pecho.

—Muy bien, pues —digo, y asiento—. Gracias por tu sinceridad. Tengo que irme.

Me corta el paso y se dirige hacia la puerta.

—Yo también voy.

# JULIETTE

*Hace más de una hora que estoy sentada en la parte trasera de un coche de policía. No he sido capaz de llorar, todavía no. Y no sé qué esperar, pero sé lo que he hecho, y estoy bastante segura de lo que está por venir.*

*He matado a un niño pequeño.*

*No sé cómo lo he hecho. No sé por qué ha ocurrido. Solo sé que he sido yo, mis manos, yo. Yo lo he hecho. Yo.*

*Me pregunto si mis padres vendrán.*

*En vez de eso, tres hombres enfundados en uniformes militares se acercan a la ventanilla. Uno de ellos abre la puerta de golpe y me apunta al pecho con una metralleta.*

*—Sal —me espeta—. Sal con las manos en alto.*

*El corazón me va desbocado, el terror hace que salga del coche con tanta prisa que me tropiezo y golpeo el suelo con la rodilla. No necesito mirarlo para saber que estoy sangrando; el dolor de la herida que me acabo de abrir ya me arde. Me muerdo el labio para evitar gritar y retengo las lágrimas.*

*Nadie me ayuda a levantarme.*

*Quiero decirles que solo tengo catorce años, que no sé mucho sobre muchas cosas, pero que sé lo suficiente. He mirado series en la tele sobre estos casos. Sé que no pueden imputarme como a un adulto. Sé que no deberían estar tratándome así.*

*Pero entonces recuerdo que ahora el mundo es distinto. Tenemos un nuevo gobierno, uno al que no le importa cómo se solían hacer las cosas. Tal vez nada de eso importe ya.*

*El corazón se me acelera.*

*Me meten en el asiento trasero de un coche negro, y, antes de que me dé cuenta, me depositan en un nuevo lugar, uno que parece ser un edificio de oficinas normal y corriente. Es alto, gris metalizado. Se ve antiguo y decrépito, algunas de las ventanas están rotas, y todo el conjunto parece triste.*

*Pero cuando entro me sorprende descubrir un interior cegador y reluciente. Miro alrededor y observo los suelos de mármol, las alfombras elegantes y el mobiliario. El techo es alto, la arquitectura moderna pero elegante. Todo es cristal, mármol y acero inoxidable.*

*Nunca he estado en un lugar tan precioso.*

*Y ni siquiera me dejan un momento para apreciarlo antes de que me salude un hombre mayor, delgado, de escaso pelo castaño.*

*Los soldados que me flanquean dan un paso atrás mientras él se acerca.*

*—¿Señorita Ferrars? —me dice.*

*—¿Sí?*

*—Debes venir conmigo.*

*—¿Quién es usted? —le digo tras dudar un instante.*

*Se me queda mirando un momento y al final parece tomar una decisión.*

*—Puedes llamarme Delalieu.*

*—Vale —le digo, una palabra que desaparece en un suspiro.*

*Sigo a Delalieu hacia un ascensor de cristal y veo cómo usa una tarjeta para activarlo. Una vez que estamos en movimiento, encuentro valentía para hablar.*

*—¿Dónde estoy? —le pregunto—. ¿Qué está pasando?*

*Su respuesta llega automática.*

*—Estás en el cuartel general del sector 45. Estás aquí para encontrarte con el comandante al cargo y regente del sector 45. —No me mira mientras habla, pero no hay nada en su tono que me parezca una amenaza, así que hago otra pregunta.*

*—¿Por qué?*

*Las puertas del ascensor emiten ruido mientras se abren. Delalieu al fin se da la vuelta para mirarme.*

*—Lo descubrirás dentro de muy poco.*

*Sigo a Delalieu por un pasillo y espero, en silencio, delante de una puerta mientras él llama. Asoma la cabeza dentro cuando la puerta se abre, anuncia mi presencia y me hace un gesto para que le siga dentro.*

*Cuando lo hago, me sorprendo.*

*Hay un hombre atractivo vestido con un uniforme militar, asumo que es el comandante, de pie delante de un escritorio grande de madera con los brazos cruzados sobre el pecho. Tiene la mirada clavada en mis ojos, y de repente me siento tan abrumada que noto cómo me sube el rubor.*

*Nunca he visto a alguien tan atractivo.*

*Bajo la vista, avergonzada, y me quedo mirando los cordones de mis zapatillas deportivas. Estoy agradecida por tener el pelo largo. Me sirve como una cortina oscura y tupida que oculta el rostro a los demás.*

*—Mírame.*

*La orden es clara y concisa. Levanto la vista, nerviosa, para mirarlo a los ojos. Tiene el cabello espeso y de color castaño oscuro. Sus ojos son como una tormenta. Se me queda mirando durante tanto rato que noto cómo se me pone la piel de gallina. No aparta la vista, y me siento más aterrorizada a cada segundo que pasa. Los ojos de este hombre rebosan furia. Oscuridad. Hay algo en él que me asusta de verdad, y el corazón me empieza a martillear.*

*—Estás creciendo rápido —dice.*

*Me lo quedo mirando, confundida, pero todavía me observa la cara.*

*—Catorce años —añade en voz baja—. Una edad complicada para una chica joven. —Al final, suspira. Desvía la mirada—. Siempre me parte el corazón romper cosas bonitas.*

*—No… no lo entiendo —le digo sintiendo un mareo repentino.*

*Vuelve a levantar la vista.*

*—¿Eres consciente de lo que has hecho hoy?*

*Me quedo paralizada. Las palabras se amontonan en mi garganta y mueren en mi boca.*

*—¿Sí o no? —insiste.*

*—S-sí —respondo de inmediato—. Sí.*

*—¿Y sabes por qué lo has hecho? ¿Sabes cómo lo has hecho?*

*Niego con la cabeza, los ojos se me llenan de lágrimas.*

*—Ha sido un accidente —susurro—. No sabía…, no sabía que esto…*

*—¿Alguien más conoce tu enfermedad?*

*—No. —Me lo quedo mirando con los ojos bien abiertos mientras las lágrimas me nublan la visión—. Quiero decir, n-no del todo, solo mis padres, pero nadie entiende de verdad qué me pasa. Ni siquiera yo lo entiendo…*

*—¿Quieres decir que no lo habías planeado? ¿No era tu intención matar al niño?*

*—¡No! —grito, y entonces me tapo la boca con las dos manos—. No —repito, más bajo—. Intentaba ayudarlo. Se había caído al suelo y yo… no lo sabía. Juro que no lo sabía.*

*—Mentirosa.*

*Sigo negando con la cabeza, secándome las lágrimas con manos temblorosas.*

*—Ha sido un accidente. Lo juro, no quería… No…*

*—Señor. —Es Delalieu. Es su voz.*

*No me había dado cuenta de que seguía en la habitación.*

*Sorbo con fuerza y me apresuro a secarme la cara, pero las manos todavía me tiemblan. Intento tragarme las lágrimas de nuevo. Recobrar la compostura.*

*—Señor —repite Delalieu más firme—, tal vez podríamos llevar a cabo este interrogatorio en algún otro lugar.*

*—No veo que sea necesario.*

*—No quiero sonar impertinente, señor, pero de verdad creo que le sería más cómodo llevar a cabo este interrogatorio en un lugar más privado.*

*Me atrevo a girarme, a mirarlo. Y entonces es cuando me doy cuenta de la tercera persona que hay en la habitación.*

*Un chico.*

*Me quedo sin aliento con una exhalación casi audible. Una lágrima solitaria se escurre por mi mejilla y la limpio mientras lo observo. No puedo evitarlo, no puedo apartar la mirada. Tiene el tipo de rostro que no he visto nunca en la vida real. Es más atractivo que el comandante. Más guapo. Aun así, tiene algo inquietante, algo frío y desconocido en el rostro que hace que mirarlo sea difícil. Casi es demasiado perfecto. Tiene la línea de la mandíbula bien marcada y los pómulos definidos y una nariz recta y perfilada. Todo en él me recuerda a una espada. Tiene la cara pálida. Sus ojos son de un verde claro sorprendente y tiene el pelo de un dorado brillante. Y me está contemplando con los ojos bien abiertos con una emoción que no consigo descifrar.*

*Alguien se aclara la garganta.*

*Se rompe el hechizo.*

*El calor me inunda la cara y aparto la vista, mortificada por no haberlo hecho antes.*

*—No me lo puedo creer —masculla el comandante entre dientes, enfadado—. Siempre igual.*

*Levanto la vista.*

*—Aaron —le espeta—. Sal.*

*El chico, cuyo nombre debe de ser Aaron, da un respingo. Se queda mirando al comandante durante un segundo, y entonces dirige la vista hacia la puerta. Pero no se mueve.*

*—Delalieu, por favor, acompaña a mi hijo a su habitación, ya que parece que es incapaz de recordar en este instante cómo mover las piernas.*

*Su hijo.*

*Vaya. De ahí la cara.*

*—Sí, señor. Por supuesto, señor.*

*La expresión de Aaron es imposible de interpretar. Lo sorprendo mirándome otra vez, y, cuando ve que le devuelvo la mirada, frunce el ceño. No es una mirada desagradable.*

*Aun así, aparto los ojos.*

*Él y Delalieu me pasan por el lado, e intento aparentar que no me doy cuenta cuando lo oigo*

*susurrar…*

*—¿Quién es ella?*

*… mientras se van.*

✣ ✣ ✣

—¿Ella? ¿Estás bien?

Pestañeo, despejando lentamente la red de oscuridad que me nubla la visión. Las estrellas estallan y desaparecen detrás de mis ojos e intento ponerme en pie. La alfombra me ha dejado marcas en las palmas y el metal se me clava en el cuerpo. Llevo unas esposas, unos grilletes brillantes que emiten una suave luz azul que me arrebata la vida de la piel y hace que mis manos parezcan más siniestras.

La mujer de la puerta me está mirando. Sonríe.

—Tu padre y yo pensamos que tal vez tendrías hambre —dice—. Te hemos preparado la cena.

No me puedo mover. Es como si tuviera los pies atornillados, y los tonos rosas, lilas y florales de las paredes me asaltan desde todas las esquinas. Estoy en el medio del museo estrambótico de lo que probablemente fue mi habitación de niña, mirando a la que debe de ser mi madre biológica, y me entran ganas de vomitar. De repente, las luces son demasiado brillantes y las voces, demasiado altas. Alguien se me acerca y siento el movimiento exagerado, los pasos golpean fuerte y rápido en mis oídos. Mi visión va y viene, y las paredes parecen temblar. El suelo se mueve, se inclina hacia atrás.

Me caigo al suelo con un golpe sordo.

Durante un minuto, no oigo nada más que el sonido de mi corazón. Alto, muy alto, oprimiéndome, asaltándome con una cacofonía tan inquietante que me doblo por la mitad, apoyo la cara en la alfombra y grito.

Estoy histérica, los huesos me tiemblan hasta la médula, y la mujer me levanta, me atrae hacia ella y yo me zafo, todavía gritando…

—¿Dónde están todos? —chillo—. ¿Qué me está pasando? ¿Dónde estoy? ¿Dónde están Warner y Kenji? Dios mío… Dios mío… Todas esas personas, todas esas personas a las que he… he matado…

El vómito me sube por la garganta, ahogándome, e intento borrar las imágenes, pero no lo consigo. Las horribles y aterrorizantes imágenes de los cuerpos abiertos en canal y la sangre goteando por los bordes de la carne desgarrada, y algo me perfora la mente, algo afilado y cegador, y de pronto estoy de rodillas, devolviendo el escaso contenido que tengo en el estómago

en un cubo rosa.

Apenas puedo respirar.

Tengo los pulmones inutilizados, mi estómago todavía amenaza con traicionarme, y me falta el aliento, las manos me tiemblan descontroladas mientras intento ponerme en pie. Me doy la vuelta, la habitación se mueve más rápido que yo, y solo veo destellos de rosa, destellos de morado.

Me tambaleo.

Alguien me vuelve a agarrar, esta vez son otros brazos, y el hombre que me llama su hija me sostiene como si fuera su hija.

—Cariño, ya no hace falta que vuelvas a pensar más en ellos. Ahora estás a salvo.

—¿A salvo? —Me echo hacia atrás con la mirada enloquecida—. ¿Quién eres tú?

La mujer me toma de la mano. Me aprieta los dedos incluso cuando libero la mano de un tirón.

—Soy tu madre —dice—. Y he decidido que ya era hora de que volvieras a casa.

—¿Qué les habéis hecho a mis amigos? —le grito mientras le sujeto la camisa con los dos puños. Y entonces la zarandeo, la zarandeo con tanta fuerza que durante un momento parece asustada, y después intento agarrarla y estamparla contra la pared, pero recuerdo con sorpresa que me han anulado los poderes, que solo puedo confiar en mi furia y en mi adrenalina, y me doy la vuelta furiosa, cada segundo más segura de que estoy teniendo una alucinación, una alucinación, cuando

de repente

me da un bofetón.

Fuerte.

Pestañeo, aturdida, pero me las apaño para mantenerme erguida.

—Ella Sommers —me dice en tono severo—, te vas a tranquilizar. —Sus ojos centellean mientras me examina—. ¿Qué es este comportamiento ridículo y dramático? ¿Estás preocupada por tus amigos? Esas personas no son tus amigos.

La mejilla me arde y noto media boca dormida, pero insisto:

—Sí, sí que son mis ami…

Me da otro bofetón.

Cierro los ojos. Los vuelvo a abrir. De pronto, me siento mareada.

—Somos tus padres —me dice en un grave suspiro—. Tu padre y yo te hemos traído a casa. Deberías estar agradecida.

Noto sabor a sangre. Me toco el labio. Los dedos se me manchan de rojo.

—¿Dónde está Emmaline? —La sangre se me amontona en la boca y la escupo al suelo—. ¿También la habéis secuestrado? ¿Sabe lo que hicisteis? ¿Que nos donasteis al Restablecimiento? ¿Que vendisteis nuestros cuerpos al mundo?

Un tercer y rápido bofetón.

Siento que me reverbera hasta el cráneo.

—Cómo te atreves. —La cara de mi madre se pone roja—. Cómo te atreves… No tienes ni idea de lo que hemos construido todos estos años, de los sacrificios que hemos hecho por nuestro futuro…

—Está bien, Evie —dice mi padre, y coloca una mano tranquilizadora sobre su hombro—. Todo va a ir bien. Ella solo necesita un poco de tiempo para adaptarse, nada más. —Me mira—. ¿No es así, Ella?

Y me doy cuenta, en ese instante, de todo. Me doy cuenta de repente, con una fuerza aterradora y desestabilizante…

Me han secuestrado un par de locos y tal vez no vuelva a ver a mis amigos jamás. De hecho, mis amigos tal vez estén muertos. Mis padres tal vez los hayan matado. A todos.

Al percatarme de eso, me quedo sin aire.

Las lágrimas me llenan la garganta, la boca, los ojos…

—¿Dónde… —digo, el pecho me sube y baja— está Warner? ¿Qué le habéis hecho?

La expresión de Evie se vuelve asesina.

—Tú y ese maldito chico. Como vuelva a oír su nombre una sola vez más…

—¿Dónde está Warner? —vuelvo a gritar—. ¿Dónde está? ¿Dónde está Kenji? ¿Qué les habéis hecho?

Repentinamente, Evie luce una expresión cansada. Se pellizca el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Cariño —dice, pero no me mira a mí, sino a mi padre—. ¿Puedes ocuparte de esto, por favor? Tengo un dolor de cabeza espantoso y varias llamadas urgentes que hacer.

—Por supuesto, mi amor. —Y se saca una jeringuilla del bolsillo y me la clava sin miramientos en el cuello.

# KENJI

La sala común me empieza a gustar de verdad.

Solía pasar de largo cada vez y preguntarme por qué Warner había pensado que necesitábamos una sala común tan grande. Hay muchos asientos y muchos sitios donde tumbarse, pero siempre pensé que era un desperdicio de espacio. Para mis adentros deseaba que Warner hubiera usado esos metros cuadrados para nuestras habitaciones.

Ahora lo entiendo.

Cuando Nazeera y yo llegamos diez minutos tarde a la improvisada fiesta de pizzas, todos ya están allí. Brendan está aquí. Está sentado en una esquina, y Castle y Alia lo están agobiando y casi lo abrazo con un placaje. No lo hago, por supuesto, porque obviamente todavía se está recuperando, pero me alivia ver que por lo visto está bien. Se le ve completamente exhausto, pero no lleva cabestrillo ni nada, así que supongo que las chicas no se encontraron con ningún problema cuando lo atendían. Es una buena señal.

Localizo a Winston cruzando la habitación, lo alcanzo y le doy una palmada en la espalda.

—Ey —le digo cuando se da la vuelta—. ¿Estás bien?

Sostiene en precario equilibrio un par de platos de papel que se están hundiendo por el peso de demasiada pizza, y me sonríe con todo el rostro.

—Odio el día de hoy. Hoy es un desastre. Odio todo lo de hoy menos el hecho de que Brendan esté bien y que tenemos pizza. Aparte de eso, el día de hoy se puede ir directo al infierno.

—Sí. Lo comparto completamente. —Y luego, después de una pausa, le digo en voz baja—: Entonces, supongo que no has tenido la conversación con Brendan, ¿eh?

Winston se pone colorado de repente.

—Dije que estaba esperando al momento adecuado. ¿A ti este te parece un momento adecuado?

—Bien visto. —Suspiro—. Supongo que solo esperaba que tuvieras buenas noticias. A todos nos irían bien buenas noticias ahora mismo.

Winston me dirige una mirada compasiva.

—¿No se sabe nada de Juliette?

Niego con la cabeza. Me siento mareado.

—¿Nadie te ha dicho que su nombre real es Ella?

—Me lo han comentado —dice Winston levantando las cejas—. Toda esa historia es una tontería.

—Sí —contesto—. El día de hoy es lo peor.

—Que le den a hoy —añade Winston.

—No te olvides de mañana —le digo—. Mañana va a ser una mierda también.

—¿Qué? ¿Por qué? —Los platos de papel que sostiene Winston se están quedando translúcidos por la grasa de la pizza—. ¿Qué va a pasar mañana?

—Lo último que he oído es que abandonamos el barco —respondo—. Saldremos corriendo para salvar la vida. Supongo que será una basura.

—Mierda. —Winston casi tira los platos—. ¿En serio? Brendan necesita más tiempo para descansar. —Y tras un segundo—: ¿A dónde vamos a ir?

—Al otro lado del continente, se ve —tercia Ian mientras se acerca.

Me pasa un plato de pizza. Murmuro un agradecimiento rápido y me quedo mirando la pizza, preguntándome si seré capaz de metérmelo todo en la boca a la vez. Probablemente no.

—¿Sabes algo que desconozcamos? —le pregunta Winston a Ian, y las gafas le resbalan por el puente de la nariz. Winston intenta, sin éxito, volver a colocárselas en su sitio con el antebrazo, e Ian se adelanta para hacerlo.

—Sé muchas cosas que tú desconoces —dice Ian—. La primera es que Kenji estaba sin ninguna duda enrollándose con Nazeera hace unos cinco segundos.

Casi se me queda la boca abierta antes de acordarme de que tengo comida dentro. Trago demasiado rápido y me ahogo. Todavía estoy tosiendo mientras miro alrededor, con el pánico de que Nazeera esté cerca para oír las palabras. Solo cuando la localizo en la otra punta de la habitación hablando con Sonya y Sara me relajo.

Le echo una mirada a Ian.

—¿Qué cojones te pasa?

Winston, al menos, tiene la decencia de gritar a susurros cuando dice:

—¿Te estabas enrollando con Nazeera? ¡Solo nos hemos ido unas horas!

—No me he enrollado con Nazeera —miento.

Ian toma un bocado de pizza.

—Lo que tú digas, colega. Yo no juzgo. El mundo está ardiendo. Pásalo bien.

—No estábamos… —Suspiro y desvío la mirada—. No es eso. De hecho, no es nada. Solo estábamos, digamos… —Hago un gesto aleatorio con la mano que significa exactamente nada.

Ian arquea las cejas.

—Está bien —dice Winston lanzándome una mirada—. Ya hablaremos sobre Nazeera luego. —Se gira hacia Ian—. ¿Qué va a ocurrir mañana?

—Nos largamos —responde Ian—. Tienes que estar listo al alba.

—Ya he oído esa parte —dice Winston—, pero ¿a dónde vamos?

Ian se encoge de hombros.

—Castle tiene la información —responde—. Es lo único que sé. Estaba esperando a que Kenji y Nazeera se volvieran a vestir antes de contarle los detalles a todo el mundo.

Ladeo la cabeza en dirección a Ian, amenazándolo con una simple mirada.

—No hay nada entre Nazeera y yo —digo—. Déjalo ya.

—Está bien —se rinde él, picoteando su pizza—. Tiene sentido. O sea, tampoco es que sea tan guapa.

El plato se me cae de la mano. La pizza golpea el suelo. Siento una repentina y desagradable necesidad de golpear a Ian en la cara.

—¿Estás… estás loco? Ni siquiera… Es la mujer más atractiva que he visto en mi vida, ¿y te atreves a decir que no es tan guapa? Has…

—¿Ves lo que digo? —me interrumpe Ian. Está mirando a Winston.

—Vaya —dice Winston, mirando con solemnidad a la pizza en el suelo—. Sí, es evidente que Kenji no suelta más que mentiras.

Me paso una mano por la cara.

—Os odio.

—De todos modos —continúa Ian—, he oído que la información de Castle tiene que ver con Nouria.

Levanto la cabeza de golpe.

Nouria.

Casi lo había olvidado. Esta mañana, justo antes del simposio, las gemelas me han contado que habían descubierto algo, algo que tenía que ver con el veneno de las balas con las que habían disparado a Juliette, algo que los había guiado hasta Nouria.

Pero han pasado tantas cosas hoy que no he tenido la oportunidad de investigarlo. Ni de descubrir qué había ocurrido.

—¿Tú sabes algo de eso? —me pregunta Ian arqueando una ceja—. Se ve que envió un mensaje. Eso es lo que dicen las chicas.

—Sí —respondo, y frunzo el ceño—. Eso he oído.

La verdad es que no tengo la menor idea de cómo ha podido suceder.

Han pasado por lo menos diez años desde la última vez que Castle vio a su hija, Nouria. Darrence y Jabari, sus dos hijos, fueron asesinados por agentes de la policía cuando se negaron a dejarlos entrar en casa sin una orden. Eso fue antes de que el Restablecimiento tomara el poder.

Castle no estaba en casa ese día, pero Nouria sí.

Vio cómo ocurría todo. Castle le había contado que se sintió como si ese día hubiera perdido tres hijos. Nouria nunca se recuperó, sino que cada vez se hizo más distante. Indiferente. Dejó de llegar a casa a horas normales y al final un día desapareció. El Restablecimiento siempre se llevaba a niños de la calle y los enviaban dondequiera que creyesen que había que suplir una necesidad. A Nouria se la llevaron en contra de su voluntad, recogida y trasladada a otro sector. Castle supo a ciencia cierta que había ocurrido porque el Restablecimiento le envió un albarán por su hija. Un puto remito.

Todos los del Punto Omega conocían la historia de Castle. Siempre se esforzaba en ser sincero, en compartir los recuerdos más duros y dolorosos de su vida para que el resto de nosotros no sintiéramos que estábamos sufriendo solos.

Castle pensaba que no volvería a ver a Nouria de nuevo.

Así que si ahora ella se está poniendo en contacto…

Justo en ese momento, Castle me llama la atención. Me mira y luego mira a Nazeera. Un amago de sonrisa le recorre los labios y desaparece, yergue la espalda y se dirige a la habitación. Tiene buen aspecto, me doy cuenta. Tiene aspecto brillante, vivo como no lo he visto en años. Sus bucles están peinados hacia atrás, atados firmes en la base del cuello. Su chaqueta azul desgastada todavía le sienta de maravilla, incluso después de todos estos años.

—Tengo noticias —dice.

Pero estoy bastante seguro de lo que viene a continuación.

Nouria vive en el sector 241, a miles de kilómetros de distancia, y la comunicación entre sectores es algo que no ha ocurrido casi nunca. Solo los grupos rebeldes tienen la valentía suficiente como para arriesgarse a enviar mensajes codificados a través del continente. Ian y Winston lo saben. Yo lo sé.

Todos lo sabemos.

Y eso significa que Castle probablemente haya venido a decirnos que Nouria se ha rebelado.

Ja.

De tal palo, tal astilla.

# WARNER

*—Hola —digo.*

*Ella se gira al oír mi voz y se sorprende cuando ve mi cara. Abre mucho los ojos. Y noto de inmediato cuándo cambian sus emociones.*

*Se siente atraída hacia mí.*

*Se siente atraída hacia mí, y descubrirlo me hace feliz. No sé por qué. No es algo nuevo. Aprendí, hace mucho, que le resulto atractivo a mucha gente. A hombres. A mujeres. Especialmente a mujeres mayores, un hecho que todavía no entiendo. Pero esto…*

*Me hace feliz. Me encuentra atractivo.*

*—Hola —responde, pero no me dirige la mirada.*

*Me doy cuenta de que se está poniendo roja. Estoy sorprendido. Hay algo dulce en ella, algo amable y dulce que no me esperaba.*

*—¿Estás bien? —le pregunto.*

*Es una pregunta estúpida. La chica está claramente en una situación horrible. Ahora mismo está bajo nuestra custodia mientras mi padre decide qué hacer con ella. Se hospeda por el momento en una instalación temporal bastante cómoda aquí en la base, pero probablemente acabará en un reformatorio juvenil. No lo sé con seguridad. He oído a mi padre decir que quiere hacerle más pruebas antes. Sus padres aparentemente están histéricos, desesperados por que nos la llevemos y lidiemos con ella. Por que les ofrezcamos un diagnóstico. Piensan que mató al niño a propósito. Piensan que su hija está chalada.*

*Yo creo que está bien.*

*Mejor que bien.*

*No puedo dejar de mirarla. Mis ojos recorren su rostro más de una vez, estudiando sus rasgos atentamente. Me resulta muy familiar, como si la hubiera visto antes. Tal vez en un sueño.*

*Soy consciente, incluso mientras lo pienso, de que mis reflexiones son absurdas.*

*Pero me ha arrastrado aquí abajo, me he sentido atraído hacia ella por algo que escapa a mi control. Sabía que no tenía que venir. No debo inmiscuirme, y si mi padre me encuentra aquí lo más probable es que me mate. Pero he intentado, durante días, olvidar su cara y no he podido. Intento dormir por la noche y su retrato se materializa en la oscuridad. Debía volver a verla.*

*No sé cómo justificarlo.*

*Al final toma la palabra, y me libero de mi ensimismamiento. Me recuerdo que le he hecho una pregunta.*

*—Sí, gracias —contesta con la vista pegada al suelo—. Estoy bien.*

*Está mintiendo.*

*Quiero que levante la vista y me mire a los ojos. No lo hace, y eso me frustra.*

*—¿Vas a mirarme? —digo.*

*Y funciona.*

*Pero cuando me mira directamente a los ojos siento que mi corazón se detiene de repente, aterrorizándome. Se detiene durante un latido. Un instante de muerte.*

*Y entonces…*

*Deprisa, el corazón se me desboca.*

*Nunca he entendido mi habilidad de ser tan consciente de los demás, pero a menudo me ha venido bien. La mayoría de las veces me sirve como ventaja. En este caso, es algo que me abruma demasiado.*

*Ahora mismo, todo me golpea con el doble de intensidad. Siento dos conjuntos de emociones: las suyas y las mías, las dos entremezcladas. Por lo visto, estamos sintiendo lo mismo a la vez. Es desorientador, tan estimulante que apenas puedo respirar. Siento un deseo sorprendente por tocarla. Quiero…*

*—¿Por qué? —me pregunta.*

*Pestañeo.*

*—¿Qué?*

*—¿Por qué quieres que te mire?*

*Tomo una bocanada de aire. Me despejo la cabeza y valoro mis opciones. Podría decir la verdad. Podría decir una mentira. Podría ser evasivo y cambiar de tema.*

*—¿Te conozco? —le pregunto al final.*

*Se ríe y desvía la mirada.*

*—No —responde—. Definitivamente, no.*

*Se muerde el labio y siento su repentino nerviosismo, oigo cómo se le acelera la respiración. Me acerco a ella casi sin ser consciente.*

*Levanta la vista hacia mí y entonces me doy cuenta, emocionado, de lo cerca que estamos. Hay un calor palpable entre nuestros cuerpos, y sus ojos son grandes y preciosos, de color verde azulado. Como el planeta, pienso. Como el mundo entero.*

*Me está mirando, y de pronto siento que pierdo el equilibrio.*

*—¿Qué ocurre? —pregunta.*

*Tengo que alejarme un paso de ella.*

*—Yo no… —La vuelvo a mirar—. ¿Estás segura de que no te conozco?*

*Y sonríe. Me sonríe, y el corazón se me hace pedazos.*

*—Créeme —dice—. Te recordaría.*

# KENJI

*Delalieu.*

No me puedo creer que nos hayamos olvidado de Delalieu.

Creía que las noticias de Castle serían sobre Nouria. Creía que nos iba a decir que se había puesto en contacto para decirnos que ahora era una líder sofisticada de la resistencia, que podíamos quedarnos en su casa durante un tiempo. En vez de eso, las noticias de Castle eran…

Delalieu.

El compinche se manifestó.

Castle se hace a un lado y deja que el teniente entre en la habitación, y, aunque parece estar rígido y fuera de lugar, Delalieu tiene una expresión genuinamente molesta. Lo noto, como un puñetazo en el estómago, en el momento en que le veo la cara. Aflicción.

Se aclara la garganta dos o tres veces.

Cuando al fin habla, su voz es más estable de lo que la he oído nunca.

—He venido para confirmaros, en persona, que me aseguraré de que vuestro grupo esté a salvo aquí, tanto tiempo como pueda conseguirlo. —Una pausa—. No sé todavía qué está pasando exactamente ahora mismo, pero sé que no puede ser bueno. Me preocupa que no acabe bien si os quedáis, y estoy decidido a ayudaros mientras planeáis vuestra huida.

Todo el mundo está en silencio.

—Mmm, gracias —le digo rompiendo el silencio—. Apreciamos de verdad el gesto, Pero una cosa: ¿de cuánto tiempo disponemos? —pregunto mirando alrededor de la habitación.

Delalieu niega con la cabeza.

—Me temo que no puedo garantizar vuestra seguridad más allá de una semana. Pero espero que unos días de tranquilidad os den el tiempo necesario para planear vuestros próximos pasos. Para encontrar un sitio seguro al que ir. Mientras tanto, os proporcionaré toda la ayuda que pueda.

—Está bien —dice Ian, pero con aire escéptico—. Eso es muy… generoso.

Delalieu se vuelve a aclarar la garganta.

—Debe de ser difícil saber si podéis confiar en mí. Entiendo vuestras dudas. Pero me temo que he estado en silencio demasiado ti-tiempo —dice, y su voz pierde estabilidad—. Y, ahora, con… con lo que les ha pasado a Warner y a la señorita Ferrars… —Se detiene, su voz se rompe en la

última palabra. Levanta la vista y me mira directamente a los ojos—. Estoy seguro de que Warner no os contó a ninguno de vosotros que soy su abuelo.

Me quedo con la boca abierta. De verdad, se me queda abierta.

Castle es la única persona de la habitación que no parece conmocionado.

—¿Eres el abuelo de Warner? —pregunta Adam mientras se pone en pie. La mirada aterrorizada de sus ojos me parte el corazón.

—Sí —dice Delalieu en voz baja—. Por parte de madre. —Mira a Adam a los ojos, y reconoce, sin palabras, que lo sabe. Sabe que Adam es el hijo ilegítimo de Anderson. Que lo sabe todo.

Adam vuelve a sentarse, con el alivio bien visible en el rostro.

—No puedo ni imaginarme lo desgraciada que debe de haber sido tu vida —dice Brendan. Me giro para observarlo, sorprendido de oír su voz. Ha estado muy callado todo este tiempo. Pero, claro, qué propio de Brendan ser así de empático. Incluso con alguien como Delalieu, que se hizo a un lado y no dijo nada mientras Anderson prendía fuego al mundo—. Pero te estoy agradecido, todos lo estamos —añade—, por tu ayuda de hoy.

Delalieu consigue esbozar una sonrisa.

—Es lo menos que puedo hacer —dice, y se gira para marcharse.

—¿La conocías? —pregunta Lily con voz afilada—. ¿La conocías como Ella?

Delalieu se queda congelado en el sitio, con el cuerpo medio girado hacia la salida.

—Porque si eres el abuelo de Warner —continúa Lily— y has estado trabajando bajo las órdenes de Anderson durante tanto tiempo…, debías de conocerla.

Lento, muy lentamente, Delalieu se gira para mirarnos. Parece tenso, nervioso como nunca antes lo he visto. No dice nada, pero lleva la respuesta escrita en el rostro. En su forma de crispar las manos.

Por Dios.

—¿Cuánto hace? —digo con la furia revolviéndose en mi interior—. ¿Cuánto hace que la conocías y no dijiste nada?

—Yo no… Yo n-no…

—¿Cuánto hace? —repito con la mano en dirección a la pistola que llevo atada al cinturón de los pantalones.

Delalieu da un vacilante paso hacia atrás.

—Por favor, no —dice con los ojos como platos—. Por favor, no me pidáis esto. Os puedo ayudar. Os puedo proporcionar armas y transporte, todo lo que necesitéis… Pero no puedo… No

lo entiend…

—Cobarde —le espeta Nazeera, poniéndose de pie. Tiene un aspecto deslumbrante, alta y fuerte e imponente. Me encanta ver cómo se mueve esa chica. Cómo habla. Cómo respira. Lo que sea—. Lo viste todo y no dijiste nada mientras Anderson torturaba a sus propios hijos. ¿No es así?

—No —niega Delalieu, desesperado, en tanto su rostro se pone rojo con una emoción que no le visto nunca antes—. No, eso no es…

Castle agarra una silla con un simple movimiento de la mano y la deja, sin tapujos, delante de Delalieu.

—Siéntate —ordena con un brillo violento y espontáneo de ira en los ojos.

Delalieu obedece.

—¿Cuánto hace? —insisto—. ¿Cuánto hace que la conoces como Ella?

—Yo… Yo… —Delalieu vacila y mira alrededor—. Conozco a Ella desde que era una niña —dice al final.

Siento que la sangre me abandona el cuerpo.

Esa confesión clara y explícita es demasiado para mí. Significa demasiado. Me hundo bajo su peso, bajo el peso de las mentiras, de las conspiraciones. Me arrellano en la silla y el corazón se me hace añicos por Juliette, por todo lo que ha sufrido a manos de las personas que se suponía que tenían que protegerla. No puedo reunir las palabras necesarias para decirle a Delalieu que es un pedazo de mierda sin carácter. Es Nazeera la que aún conserva la mente a sitio como para acuchillarlo.

Su voz es suave, letal, al hablar.

—Conoces a Ella desde que era una niña —afirma—. Has estado aquí, trabajando aquí, ayudando a Anderson desde que Ella era una niña. Eso significa que lo ayudaste a ponerla bajo la custodia de unos padres adoptivos maltratadores y te quedaste de brazos cruzados mientras la torturaban, mientras Anderson la torturaba, una y otra vez…

—¡No! —grita Delalieu—. Yo nu-nunca consentí nada de eso. Se suponía que Ella tenía que crecer en un ambiente familiar normal. Se suponía que le iban a asignar unos padres que la criaran en un ambiente estable. Esos eran los términos en los que todo el mundo estuvo de acu…

—Bobadas —lo interrumpe Nazeera con los ojos centelleantes—. Sabes tan bien como yo que sus padres adoptivos eran unos monstruos…

—¡Paris cambió los términos del acuerdo! —exclama Delalieu, enfadado.

Nazeera arquea una ceja, impertérrita.

Pero algo parece haberle aflojado la lengua a Delalieu, algo como el miedo, la culpa o una rabia reprimida, porque de repente las palabras le salen como un torrente.

—Paris volvió a cumplir sus palabras en cuanto Ella estuvo bajo su custodia —dice—. Creyó que nadie lo descubriría. Por aquel entonces él y yo, en lo que a rango se refiere, estábamos en la misma posición en el Restablecimiento. A menudo trabajábamos juntos a causa de los lazos que unían a nuestras familias y, como resultado, yo estaba al tanto de las decisiones que tomaba.

Delalieu niega con la cabeza.

—Pero descubrí demasiado tarde que había escogido a propósito a unos padres adoptivos que mostraban un comportamiento abusivo y peligroso. Cuando me enfrenté a él por ello, me dijo que cualquier maltrato que sufriera Ella a manos de sus padres sustitutos solo ayudaría a que manifestara sus poderes, y tenía las estadísticas sobre las que basar esa información. Intenté que escucharan mis preocupaciones, lo denuncié; le dije al consejo de comandantes que le estaba haciendo daño, que la estaba rompiendo… Pero se las apañó para que mis preocupaciones sonaran como unos melodramas desesperados de alguien que no estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario por la causa.

Puedo ver cómo el color le sube por el cuello a Delalieu, una ira apenas contenida.

—Siempre me desautorizaba. Me degradaba. Me castigaban por poner sus tácticas en tela de juicio. Pero sabía que Paris estaba equivocado —murmura—. Ella se marchitaba. Cuando la conocí, era una chica fuerte con un espíritu vivo. Siempre era amable y estaba alegre. —Vacila un instante—. No pasó mucho tiempo antes de que se volviera fría y cerrada. Introvertida. Paris ascendió de rango rápidamente, y pronto me relegaron a poco más que su mano derecha. Yo era al que enviaban para ver cómo estaba en casa, en la escuela. Me ordenaron que monitorizara su comportamiento y escribiera informes en los que determinar sus progresos.

»Pero no había resultados. Habían roto su espíritu. Le supliqué a Paris que la recolocara en cualquier otro sitio, que por lo menos la devolvieran a una instalación regular, una que yo pudiera supervisar personalmente… Y siguió insistiendo una y otra vez en que el maltrato que sufría estimularía los resultados. —Delalieu ahora está de pie y camina de un lado a otro—. Tenía la esperanza de impresionar al consejo, de que sus esfuerzos se vieran recompensados con otro nuevo ascenso. Pronto su única tarea fue esperar y hacer que observara a Ella de cerca para ver algún desarrollo, cualquier señal de que había cambiado. De que había evolucionado. —Se detiene. Traga saliva—. Pero Paris era descuidado.

Delalieu se apoya la cabeza en las manos.

La habitación en la que estamos se ha sumido en un silencio tan absoluto que casi puedo oír

cómo pasan los segundos. Todos esperamos que continúe, pero no levanta la cabeza. Lo estoy observando: sus manos y piernas temblorosas, su pérdida general de compostura…, y el corazón me martillea en el pecho. Siento que está a punto de romperse. Que está a punto de decirnos algo importante.

—¿A qué te refieres? —pregunto en voz baja—. ¿Descuidado en qué sentido?

Delalieu levanta la vista con los ojos rojos y desorbitados.

—Me refiero a que era su único trabajo —dice, y le pega un puñetazo a la pared. La golpea, fuerte, y sus nudillos atraviesan el yeso, y por un momento estoy sorprendido de verdad. No creía que Delalieu los tuviera tan bien puestos—. No lo entendéis —prosigue, perdiendo fuelle. Trastabilla hacia atrás y se reclina sobre la pared—. De lo que más me arrepiento en esta vida es de haber visto cómo sufrían esos niños y no haber hecho nada al respecto.

—Espera —lo interrumpe Winston—. ¿Qué niños? ¿De quiénes hablas?

Pero por lo visto Delalieu no lo escucha. Se limita a negar con la cabeza.

—Paris nunca se tomó seriamente la tarea de Ella. Fue culpa suya que perdiera el control. Fue culpa suya que no supiera nada, fue culpa suya que no estuviera preparada ni entrenada ni protegida como es debido. Fue culpa suya que Ella matara a ese niño —dice, ahora tan roto que le tiembla la voz—. Lo que hizo ese día prácticamente la destruyó. Casi arruinó toda la misión. Casi nos expuso al mundo.

Cierra los ojos y se presiona las sienes con los dedos. Y entonces se vuelve a desplomar en la silla. Parece deshinchado.

Castle y yo intercambiamos una mirada llena de significado a través de la habitación. Algo está pasando. Algo va a pasar.

Delalieu es un recurso que nunca nos habíamos dado cuenta de que teníamos. Y, a pesar de todas sus reticencias, parece que quiera hablar. Tal vez Delalieu sea la clave. Tal vez pueda contarnos lo que necesitamos saber sobre… sobre todo. Sobre Juliette, sobre Anderson, sobre el Restablecimiento. Es obvio que algo se ha roto en Delalieu. Solo espero que consigamos que siga hablando.

—Si odiabas tanto a Anderson, ¿por qué no lo detuviste cuando tenías la oportunidad? —le pregunta Adam.

—¿No lo entiendes? —dice Delalieu con los ojos como platos y tristes—. Nunca tuve la oportunidad. No tenía autoridad, y nos acababan de votar para ocupar el poder. Leila, mi hija, estaba más enferma cada día que pasaba y yo… yo no era yo mismo. Me estaba desmoronando. Sospeché que había algo raro detrás de su enfermedad, pero no tenía pruebas. Me pasé las horas

de trabajo supervisando cómo se derrumbaba la salud mental y física de una mujer joven inocente, y me pasé mis horas libres viendo cómo mi hija se moría.

—Eso son excusas —le espeta Nazeera con frialdad—. Fuiste un cobarde.

Delalieu levanta la vista.

—Sí —responde—. Es verdad. Fui un cobarde. —Niega con la cabeza y se da media vuelta—. No dije nada, incluso cuando Paris convirtió la tragedia de Ella en una victoria. Le contó a todo el mundo que lo que le había hecho Ella a ese niño era un milagro encubierto. Que, de hecho, eso era exactamente por lo que había estado trabajando. Aseguró que lo que hizo ese día, sin tener en cuenta las consecuencias, era la manifestación exacta de sus poderes que él había estado esperando durante todo ese tiempo. —Delalieu tiene aspecto enfermizo—. Se salió con la suya en todo. Todo lo que quería, todo se lo dieron. Y siempre fue descuidado. Hizo un trabajo despreocupado, mientras usaba a Ella como un peón para cumplir con sus propios deseos sádicos.

—Por favor, sé más específico —le pide Castle con tono frío—. Anderson tenía un buen montón de deseos sádicos. ¿A cuál te refieres?

Delalieu se pone pálido. Su voz es más baja y débil cuando contesta:

—Paris siempre estuvo muy orgulloso de haber destruido a su propio hijo. Yo nunca lo entendí. Nunca entendí la necesidad de destruir a ese chico. Lo torturó de mil maneras distintas, pero cuando Paris descubrió la profundidad de la conexión emocional que Aaron tenía con Ella, la usó para llevar al chico prácticamente a la locura.

—Por eso le disparó —digo, recordando lo que Juliette, Ella, me dijo después del bombardeo del Punto Omega—. Anderson quería matarla para darle una lección a Warner, ¿verdad?

Pero algo cambia en el rostro de Delalieu. Lo transforma y lo hunde. Y entonces se echa a reír, una carcajada triste y rota.

—No lo entiendes, no lo entiendes, *no lo entiendes* —grita, negando con la cabeza—. Crees que esos hechos recientes lo son todo. Crees que Aaron se enamoró de esa amiga a la que conoces desde hace unos cuantos meses, una chica rebelde llamada Juliette. No lo sabes. No lo sabes. No sabes que Aaron lleva enamorado de Ella buena parte de su vida. Se conocen desde que eran niños.

Adam emite un sonido, un sonido de sorpresa e incredulidad.

—Vale, tengo que ser sincero… No lo entiendo —dice Ian. Le lanza una mirada recelosa a Nazeera antes de seguir—. Nazeera dijo que Anderson les había borrado los recuerdos. Si eso es cierto, entonces ¿cómo pudo estar Warner enamorado de ella durante tanto tiempo? ¿Por qué les

iba Anderson a borrar los recuerdos, por qué iba a contarles con todo detalle cómo se conocieron, para luego volver a borrarles los recuerdos?

Delalieu está negando con la cabeza. Una sonrisa extraña se empieza a esbozar en su rostro, el tipo de sonrisa temblorosa aterrorizada que no es para nada una sonrisa.

—No. No. No lo… —Suspira y aparta la mirada—. Paris nunca le contó a ninguno de los dos su historia compartida. La razón por la que seguía borrándoles los recuerdos era porque no importaba cuántas veces reiniciase la historia o volviera a hacer las presentaciones… Aaron siempre se enamoraba de ella. Cada vez.

»Al principio, Paris pensó que era una casualidad. Le parecía casi gracioso. Entretenido. Pero cuanto más ocurría, más empezó a enloquecerlo. Creía que el problema lo tenía Aaron, que había algo erróneo en él a nivel genético, que estaba infectado por una enfermedad. Quería destruir lo que veía como una enfermedad.

—Espera —dice Adam levantando las manos—. ¿A qué te refieres con que «cuanto más ocurría»? ¿Cuántas veces ocurrió?

—Por lo menos unas cuantas.

Adam está conmocionado.

—¿Se conocieron y se enamoraron varias veces?

Delalieu toma una bocanada de aire temblorosa.

—No sé si siempre se enamoraron exactamente. Paris rara vez los dejaba pasar demasiado tiempo a solas. Pero siempre se veían atraídos el uno al otro. Cada vez que estaban en la misma habitación, era obvio que eran como —Delalieu junta las manos— imanes.

Delalieu niega con la cabeza hacia Adam.

—Siento ser yo quien te tenga que contar esto. Estoy seguro de que oírlo es doloroso, sobre todo si tenemos en cuenta tu pasado con Ella. No es justo que te vieras arrojado a los juegos de Paris. Nunca debería haberte pues…

—Ey, ey… Un momento. ¿Qué juegos? —dice Adam, estupefacto—. ¿De qué estás hablando?

Delalieu se pasa una mano por la sudada frente. Parece que está deshaciéndose, derrumbándose bajo la presión. Tal vez alguien debería llevarle algo de agua.

—Hay demasiado —dice receloso—. Demasiado que contar. Demasiado que explicar. —Niega con la cabeza—. Lo siento, yo…

—Necesito que lo intentes —le pide Adam con unos ojos que echan chispas—. ¿Estás insinuando que nuestra relación era una mentira? ¿Que todo lo que dijo, todo lo que sintió, fue una mentira?

—No —responde Delalieu rápido, mientras usa la manga de su camisa para secarse el sudor de la cara—. No. Por lo que sé, sus sentimientos por ti eran tan reales como todo lo demás. Llegaste a su vida en un momento particularmente complicado, y tu amabilidad y afección sin lugar a duda significaron mucho para ella. —Suspira—. Lo que digo es que no fue una coincidencia que los dos hijos de Paris se enamoraran de la misma chica. A Paris le gustaba jugar con las cosas. Le gustaba destripar cosas para estudiarlas. Le gustaban los experimentos. Y Paris os confrontó a ti y a Warner a propósito.

»Orquestó que al soldado que se sentó a tu mesa en la comida se le escapara que Warner estaba monitorizando a una chica cuyo contacto era letal. Puso a otro para que hablara contigo y te preguntara sobre tu historia con ella, para apelar a tu naturaleza protectora comentando los planes que tenía Aaron para ella… ¿Te acuerdas? Te persuadieron, desde cada ángulo, para que solicitaras el puesto. Cuando lo hiciste, Paris sacó tu solicitud de la pila y animó a Aaron para que te entrevistara. Entonces, dejó claro que tú debías ser el escogido para compartir la celda con ella. Dejó que Aaron pensara que estaba tomando todas sus decisiones como comandante del sector 45, pero Paris siempre estaba allí, manipulándolo todo. Yo vi cómo ocurría.

Adam está tan perplejo que le cuesta unos segundos hablar.

—Así que mi padre… ¿lo sabía? ¿Siempre supo sobre mí? ¿Sabía dónde estaba y lo que hacía?

—¿Si lo sabía? —Delalieu hace un mohín—. Paris orquestó vuestras vidas. Ese era el plan desde el principio. —Mira a Nazeera—. Todos los hijos de los comandantes supremos se tenían que convertir en estudios de caso. Os crearon para ser soldados. Tú y James —le dice a Adam— fuisteis algo inesperado, pero también hizo planes para vosotros.

—¿Qué? —Adam se queda blanco—. ¿Qué planes tenía para mí y para James?

—Eso lo desconozco, sinceramente.

Adams se reclina en la silla, con aspecto mareado.

—¿Dónde está Ella ahora? —pregunta Winston cortante—. ¿Sabes dónde la tienen?

Delalieu niega con la cabeza.

—Lo único que sé es que no puede estar muerta.

—¿A qué te refieres con que no puede estar muerta? —pregunto—. ¿Por qué no?

—Los poderes de Ella y Emmaline son cruciales para el régimen —aclara—. Cruciales para la continuación de todo por lo que hemos estado trabajando. El Restablecimiento se fundó con la promesa de Ella y Emmaline. Sin ellas, la Operación Síntesis no significa nada.

Castle se pone de pie de golpe, con los ojos abiertos como platos.

—La Operación Síntesis —dice sin aliento—. ¿Tiene que ver con Ella?

—El Arquitecto y el Verdugo —dice Delalieu— son…

Delalieu se cae hacia atrás con una pequeña exhalación de sorpresa y su cabeza golpea el respaldo de la silla. De repente, todo parece ralentizarse.

Siento cómo mi pulso se vuelve lento. Noto cómo el mundo se vuelve lento. Siento que estoy hecho de agua y miro cómo la escena se desarrolla a cámara lenta, secuencia a secuencia.

Una bala aparece entre sus ojos.

La sangre se derrama de su frente.

Un grito corto y afilado.

—Maldito traidor hijo de puta —exclama alguien.

Lo veo, pero no me lo puedo creer.

Anderson está aquí.

# JULIETTE

No me dan ninguna explicación.

Mi padre no me invita a cenar, como ha prometido Evie. No permite que me siente para contarme largas historias sobre mi presencia o la suya, no me revela información revolucionaria sobre mi vida ni sobre los otros comandantes supremos ni sobre las casi seiscientas personas a las que acabo de matar. Él y Evie actúan como si los horrores de los últimos diecisiete años no hubieran ocurrido nunca, como si nunca hubiese dejado de ser su hija… Al menos no en lo más importante.

No sé qué había en la aguja, pero los efectos son completamente distintos a lo que he experimentado hasta ahora. Me siento a la vez despierta y dormida, como si estuviera dando vueltas en el sitio, como si hubiera demasiada grasa en los engranajes de mi cerebro e intento hablar y me doy cuenta de que mis labios ya no se mueven a voluntad. Mi padre carga con mi cuerpo inerte hasta una habitación plateada cegadora, me coloca en una silla, me ata, y el pánico me inunda, caliente y aterrorizante, nublándome la mente. Intento gritar. No puedo. Mi cerebro se está desconectando lentamente de mi cuerpo, como si me estuviera saliendo de mí misma. Por lo visto, solo me funcionan los instintos más básicos. Tragar. Respirar.

Llorar.

Las lágrimas me caen silenciosas por la cara y mi padre silba una canción. Sus movimientos son ligeros y ágiles mientras prepara un gotero intravenoso. Se mueve con una eficiencia tan sorprendente que ni siquiera me doy cuenta de que me ha quitado las esposas hasta que veo el bisturí.

Un destello de plata.

La hoja está tan afilada que no encuentra resistencia alguna mientras corta líneas limpias en mis antebrazos y sangre, sangre espesa y caliente se derrama por mis muñecas y hacia mis palmas abiertas y no parece real ni cuando me clava varios cables eléctricos en la carne expuesta.

El dolor me llega solo unos segundos después.

Dolor.

Empieza por mis pies, crece por mis piernas, se despliega en mi estómago y se abre camino hacia mi garganta para al fin explotar detrás de mis ojos, dentro de mi cabeza, y grito, pero solo en mi mente, mis manos inútiles todavía cuelgan en los reposabrazos, y estoy tan segura de que

va a matarme…

Pero entonces sonríe.

Y desaparece.

Paso por un estado de agonía durante lo que parecen horas.

Observo, a través de una neblina de delirio, cómo la sangre me gotea por la punta de los dedos, cada gota agranda los charcos carmesíes que se forman en los pliegues de mis pantalones. Me asaltan visiones, recuerdos de una chica que debí de ser, escenas con personas a las que debía de conocer. Quiero creer que son alucinaciones, pero ya no estoy segura de nada. No sé si Max y Evie me están implantando cosas en la mente. No sé si puedo confiar en nada de lo que hubiera creído sobre mí misma.

No puedo dejar de pensar en Emmaline.

Voy a la deriva, flotando en una piscina de insensibilidad, pero algo sobre ella sigue tirando de mí, crispándome los nervios. Unas corrientes errantes me empujan hacia la superficie de algo, una revelación emocional que llega a la existencia con un temblor solo para evaporarse segundos después, como si estuviera aterrorizado de existir.

Esto sigue y sigue y sigue y sigue y sigue.

Años luz.

Eones.

una

y

otra

vez

susurros de claridad

b o c a n a d a s d e o x í g e n o

y me vuelven a lanzar al mar.

Unas luces blancas luminosas parpadean sobre mi cabeza, emitiendo un zumbido estable al unísono junto a las máquinas y las unidades de enfriamiento. Todo tiene un olor penetrante, como a antiséptico. Las náuseas hacen que me dé vueltas la cabeza. Cierro los ojos con fuerza, la única orden que mi cuerpo obedece.

*Emmaline y yo en el zoo*

*Emmaline y yo en nuestro primer viaje en avión*

*Emmaline y yo aprendiendo a nadar*

*Emmaline y yo cuando nos cortan el pelo*

Imágenes de Emmaline me llenan la mente, momentos de los primeros años de nuestras vidas, detalles sobre su cara que jamás pensé que podría evocar. No lo entiendo. No sé de dónde vienen. Solo me puedo imaginar que ella me puso esas imágenes ahí, pero se me escapa el motivo por el que Evie querría que yo lo viera. Las escenas se suceden en mi cabeza como si estuviera hojeando un álbum de fotos y hacen que eche de menos a mi hermana. Hacen que recuerde a Evie como a mi madre. Hacen que recuerde que tenía una familia.

Tal vez Evie quiere que recuerde.

La sangre ha llegado al suelo. La oigo, oigo el goteo familiar, oigo el sonido de una especie de grifo roto, el lento

*tap*

*tap*

de un fluido tibio sobre la baldosa.

Emmaline y yo íbamos agarradas de la mano dondequiera que fuéramos, a menudo vestidas igual. Teníamos el mismo cabello castaño largo, pero sus ojos eran de un azul puro y me sacaba algunos centímetros de altura. Solo nos llevábamos un año, pero parecía mucho mayor. Incluso entonces, había algo en su mirada que resultaba duro. Serio. Me tomaba de la mano como si estuviera intentando protegerme. Como si tal vez supiera más que yo.

«¿Dónde estás?», me pregunto. «¿Qué te han hecho?».

No tengo ni idea de dónde estoy. No tengo ni idea de qué me han hecho. No tengo ni idea de qué hora del día es, y el dolor me abrasa todo el cuerpo. Me siento como un cable con corriente, como si me hubieran grapado los nervios por fuera del cuerpo, sensibles al más mínimo cambio en el ambiente. Exhalo y duele. Me retuerzo y me quedo sin aliento.

Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, mi madre regresa.

La puerta se abre, y el movimiento envía una ráfaga suave de aire hacia dentro de la habitación, un susurro de brisa agradable que me toca la piel, pero de algún modo la sensación es tan insoportable que estoy segura de que me voy a poner a gritar.

Pero no lo hago.

—¿Te sientes mejor? —me pregunta.

Evie sostiene una caja plateada. Intento prestar atención, pero el dolor ahora está en mis ojos. Ardiente.

—Te debes de estar preguntando por qué estás aquí —dice con suavidad. Oigo cómo trabaja en algo, cristal y metal que entrechocan, se separan, se tocan, se separan—. Pero tienes que ser paciente, pajarillo. Puede que ni siquiera te quedes aquí.

Cierro los ojos.

Noto sus dedos fríos y alargados en la cara justo segundos antes de que me abra los párpados. Rápidamente, cambia los dedos por unas abrazaderas de acero y lo único que puedo decir es un sonido gutural de agonía.

—Mantén los ojos abiertos, Ella. Ahora no es el momento de quedarse dormida.

Incluso en ese instante doloroso y terrible, esas palabras me resultan familiares. Extrañas y familiares. No sé decir por qué.

—Antes de que elaboremos algún plan concreto para que te quedes aquí, tengo que asegurarme —se pone un par de guantes de látex— de que todavía resultas viable. A ver cómo has aguantado después de todos estos años.

Sus palabras me mandan ondas de terror que me atraviesan.

Nada ha cambiado.

Nada ha cambiado.

Todavía no soy más que un receptáculo. Mi cuerpo pasa de unas manos a otras de unas manos a otras a cambio de qué

Mi madre no me quiere.

Qué le ha hecho a mi hermana.

«¿Dónde está Emmaline?», intento gritar, pero las palabras se me atascan en la boca. Se expanden en mi cabeza, explosivas y furiosas, y presionan contra los bordes de mi mente mientras mis labios se niegan a obedecerme.

*Morir.*

La palabra me viene de repente, como si fuera algo de lo que me acabara de acordar, la respuesta a una pregunta que había olvidado que existía.

No lo comprendo.

Evie vuelve a estar de pie delante de mí.

Me toca el pelo, examina a través de los mechones cortos y ásperos como si estuviera separando el oro. El contacto físico es insoportable.

—Inaceptable —dice—. Esto es inaceptable.

Se da la vuelta, anota algo en una tableta que saca de su bata de laboratorio. Me levanta la

barbilla con la mano bruscamente y alza mi cara hacia la suya.

Evie me cuenta los dientes. Resigue mis encías con la punta de un dedo. Examina el interior de mis mejillas, la parte de debajo de mi lengua. Satisfecha, se quita los guantes; el látex emite chasquidos que colisionan y hacen eco, destrozando el aire a mi alrededor.

Un ronroneo metálico acapara mis oídos y me doy cuenta de que Evie está ajustando mi silla. Antes estaba en una posición reclinada, ahora estoy de espaldas. Toma unas cizallas y me corta la ropa, los pantalones, la camisa, las mangas.

El miedo amenaza con partirme el pecho en dos, pero me quedo tumbada como un perfecto vegetal mientras me desnuda.

Al fin, Evie da un paso atrás.

No puedo ver lo que está pasando. El zumbido de una máquina se eleva hasta convertirse en un gruñido. Un sonido como de tijeras que cortan el aire. Y entonces unos fragmentos de cristal se materializan en los bordes de mi visión y se acercan hacia mí por todos lados. Se encajan fácilmente, las uniones se juntan con un sonido sordo.

Me va a quemar viva.

Un calor como nunca he sentido, un fuego que no puedo ver ni detener. No sé cómo está ocurriendo, pero lo noto. Lo huelo. El olor a carne quemada me llena la nariz y amenaza con que devuelva los contenidos de mi estómago. Me está chamuscando la capa superior de la piel lentamente. La sangre me perla el cuerpo como el rocío de la mañana, y un vapor agradable sigue al calor, limpio y refrescante.

El vaho empaña el cristal a mi alrededor y entonces, justo cuando pienso que puedo morir del dolor, las grietas del cristal se abren con una exhalación repentina.

Desearía que me matara ya.

En vez de eso, Evie es meticulosa. Cataloga cada detalle de mi físico y no deja de hacer anotaciones en la tableta de bolsillo. En general, parece frustrada con la evaluación. Mis brazos y piernas están demasiado débiles, dice. Los hombros demasiado tensos, el pelo demasiado corto, las manos demasiado marcadas, las uñas demasiado rotas, los labios demasiado agrietados, el torso demasiado grande.

—Te hicimos preciosa. —Niega con la cabeza hacia mi cuerpo desnudo. Me toca las caderas, las plantas de los pies—. La belleza puede ser un arma terrible, si sabes cómo empuñarla. Pero todo esto parece completamente innecesario ahora. —Hace otra anotación.

Cuando me vuelve a mirar, parece pensativa.

—Yo te di esto —dice—. ¿Lo entiendes? Este contenedor en el que vives. Yo lo hice crecer, le

di forma. Me perteneces. Tu vida me pertenece. Es muy importante que lo entiendas.

Una rabia ciega y caliente me abrasa el pecho.

Con cuidado, Evie abre la caja plateada. Dentro hay decenas de pequeños cilindros de cristal.

—¿Sabes qué son? —me pregunta mientras levanta unos cuantos frascos de un líquido blanco brillante—. Claro que no.

Se me queda observando un rato.

—La primera vez lo hicimos mal —dice al final—. No nos esperábamos que la salud emocional reemplazara la física de una manera tan drástica. Esperábamos mentes fuertes, de las dos. Por supuesto… —Evie vacila—. Tu hermana era el espécimen superior. Infinitamente superior. Cuando eras pequeña, siempre tenías la mirada perdida. Un poco más distraída de lo que me habría gustado. Emmaline, sin embargo, era puro fuego. Jamás pensamos que se deterioraría tan rápido. Sus fracasos han sido una gran decepción personal.

Inhalo abruptamente y me ahogo con algo caliente y húmedo en la garganta. Sangre. Mucha sangre.

—Pero, bueno —dice con un suspiro—, esta es la situación. Debemos poder adaptarnos a lo inesperado. Debemos estar abiertos a adaptarnos cuando sea necesario.

Evie pulsa un botón y algo se apodera de mi interior. Siento cómo la espalda se me yergue y mi mandíbula se relaja. La sangre ahora me burbujea en la garganta de verdad, y no sé si dejarla salir o tragármela. Toso con fuerza, y la sangre me salpica la cara, los brazos, se escurre por mi pecho, por mi nueva piel rosada.

Mi madre se agacha hacia mí. Me agarra el mentón con la mano y me obliga a mirarla.

—Estás demasiado llena de emociones —murmura—. Tienes demasiado apego a este mundo. Llamas a las personas «amigos». Te imaginas que estás enamorada. —Niega con la cabeza lentamente—. Ese nunca fue el plan para ti, pajarillo. Te designaron una existencia solitaria. Te pusimos en aislamiento a propósito. —Pestañea—. ¿Lo entiendes?

Apenas puedo respirar. Noto la lengua pesada y en carne viva, como algo ajeno a mi boca. Me trago mi propia sangre y es repugnante, espesa y tibia, gelatinosa con la saliva.

—Si Aaron fuera el hijo de cualquier otro —dice—, habría mandado que lo ejecutaran. Lo haría ejecutar ahora mismo si pudiera. Desafortunadamente, yo sola no tengo la autoridad.

Una oleada de emoción me sacude el cuerpo.

Me siento a la par horrorizada y feliz. No sabía que me quedaba alguna esperanza de que Warner estuviera vivo hasta ese preciso instante.

El sentimiento es explosivo.

Se arraiga en mi interior. La esperanza prende en mi sangre, un sentimiento más poderoso que estas drogas, más poderoso que yo misma. Me aferro a él con todo mi corazón y, de golpe, puedo notar las manos. No sé por qué ni cómo, pero siento que una fuerza se dispara en mi interior.

Evie no se da cuenta.

—Lamento nuestros errores —añade—. Lamento los descuidos que ahora parecen tan obvios. No podíamos saber hace tantos años que las cosas iban a salir así. No esperábamos que nos tomara por sorpresa algo tan nimio como tus emociones. No podíamos saber, al comienzo, que las cosas se desmadrarían de esta manera.

»Paris había convencido a todo el mundo de que llevarte a la base del sector 45 sería beneficioso para todos, que sería capaz de monitorizarte en un nuevo ambiente lleno de experiencias que servirían de motivación para que desarrollaras tus poderes. Tu padre y yo pensamos que era un plan estúpido, y todavía más estúpido que te pusieran bajo la supervisión directa de un chico de diecinueve años con quien compartías un pasado… complicado. —Desvía la mirada. Niega con la cabeza—. Pero Anderson dio resultados. Con Aaron hiciste un progreso a un ritmo que solo habíamos soñado, y nos vimos obligados a aceptarlo. Aun así, se volvió en contra.

Su mirada se posa, durante un momento, en mi cabeza afeitada.

—Hay pocas personas, incluso en nuestro círculo más íntimo, que entiendan de verdad lo que hacemos aquí. Tu padre lo entiende. Ibrahim lo entiende. Pero a Paris, por razones de seguridad, nunca se le contó todo sobre ti. Todavía no era comandante supremo cuando le dimos el trabajo, y decidimos informarle solo de lo imprescindible. Otro error —dice Evie, con voz triste y aterradora.

Se aprieta la frente con el dorso de la mano.

—Seis meses y todo se derrumba. Tú te escapas. Te unes a algún tipo de grupo ridículo. Arrastras a Aaron en todo esto y Paris, ese tonto inconsciente, te intenta matar. Dos veces. Casi le rebano el gaznate por su idiotez, pero mi clemencia quizá haya sido para nada, por tu intento de matarlo. Ay, Ella —dice, y suspira—. Me has causado muchos problemas este año. Solo el papeleo. —Cierra los ojos—. Llevo con el mismo dolor de cabeza lacerante los últimos seis meses.

Abre los ojos. Se me queda mirando un buen rato.

—Y ahora —hace un gesto con la tableta en la mano— pasa esto. Tenemos que reemplazar a Emmaline, y ni siquiera estamos seguros de que seas una sustituta adecuada. Tu cuerpo está operando tal vez a un sesenta y cinco por ciento de eficiencia, y tu mente es un completo

desastre. —Se queda callada. Una vena le palpita en la frente—. Tal vez te sea imposible comprender lo que estoy sintiendo ahora mismo. Tal vez no te importe saber lo profunda que es mi decepción. Pero tú y Emmeline sois el trabajo de mi vida. Yo fui la que halló la manera de aislar el gen que estaba ocasionando transformaciones generalizadas en la población. Yo fui la que reescribió tu código genético. —Arruga la frente mientras me mira, y por primera vez parece ser una persona real. Su voz se suaviza—. Yo te rehíce, Ella. Tú y tu hermana fuisteis los grandes éxitos de mi carrera. Tus fracasos —susurra, tocándome la cara con las puntas de los dedos— son mis fracasos.

Hago un sonido estridente involuntario.

Evie se levanta.

—Esto te va a resultar incómodo. No pretendo lo contrario. Pero me temo que no hay otra opción. Si esto va a funcionar, necesito que tengas un estado mental saludable y sin contaminar. Tenemos que empezar de cero. Cuando acabemos, no recordarás nada más allá de lo que te diga que recuerdes. ¿Lo entiendes?

El corazón se me acelera, y oigo sus latidos violentos y erráticos amplificados por un monitor que tengo cerca. Los sonidos rebotan por la habitación como una sirena.

—Tu temperatura se está disparando —dice Evie en tono severo—. No tienes por qué alarmarte. Esta es la opción compasiva. Paris todavía quiere que te maten, después de todo. Pero Paris —vacila un instante— a lo mejor sea un poco melodramático. Todos sabemos lo mucho que te odia por el efecto que tienes en Aaron. Te culpa a ti, ¿sabes? —Evie me mira con la cabeza ladeada—. Cree que eres parte del motivo por el que Aaron es tan débil. Si te soy sincera, a veces me pregunto si tiene razón.

El corazón me va desbocado. Parece que los pulmones me vayan a explotar. Las luces brillantes sobre mi cabeza se derraman sobre mis ojos, en mi cerebro…

—Bien. Voy a descargar esta información —oigo cómo da golpecitos a la caja plateada— directamente en tu mente. Es mucha información la que tienes que procesar, y tu cuerpo necesitará algo de tiempo para aceptarla. —Hace una pausa larga—. Puede que tu mente intente rechazarla, pero es cosa tuya dejar que las cosas sigan su rumbo, ¿me entiendes? No queremos arriesgarnos a empalmar el pasado con el presente. Solo es doloroso las primeras horas, pero si sobrevives a eso tus receptores de dolor empezarán a fallar, y el resto de información debería cargarse sin incidentes.

Quiero gritar.

En vez de eso, emito un sonido ahogado y débil. Las lágrimas me caen rápido por las mejillas

y mi madre está de pie, sus dedos pequeños y ajenos en mi cara, y veo, pero no puedo sentir, la enorme aguja que se adentra en la suave carne de mi sien. Vacía y rellena la jeringa lo que parece mil veces, y en cada ocasión es como estar sumergida bajo el agua, como si me estuviera ahogando lentamente, asfixiándome una y otra vez, pero nunca me dejan morir. Estoy tumbada, indefensa y muda, atrapada en una agonía tan desgarradora que ya no respiro, carraspeo, mientras se inclina sobre mí para observarme.

—Tienes razón —dice en voz baja—. Tal vez esto sea cruel. Tal vez hubiera sido más amable dejarte morir. Pero no es por ti, Ella. Es por mí. Y ahora mismo —me revuelve el pelo— es lo que necesito.

# KENJI

Todo ocurre tan rápido que tardo un segundo en asimilar exactamente lo que ha pasado.

Delalieu está muerto.

Delalieu está muerto y Anderson está vivo.

*Anderson ha vuelto de entre los muertos.*

Quiero decir, ahora mismo está tumbado en el suelo, enterrado bajo el peso de cada uno de los muebles de la habitación. Castle lo observa atentamente desde la otra punta de la habitación, y, cuando oigo que Anderson emite un resuello, me doy cuenta de que Castle no está intentando matarlo; solo está usando los muebles para contenerlo.

Me acerco a la multitud que se ha formado alrededor de la figura casi asfixiada de Anderson. Y entonces descubro, con sorpresa, que Adam está apretado contra la pared como una estatua, con la cara paralizada por el terror.

Se me rompe el corazón al verlo.

Estoy muy agradecido de que Adam obligara a James a irse a la cama hace horas. Muy contento de que ese niño no tenga que ver ahora nada de esto.

Castle al fin cruza la habitación. Se queda de pie a unos pasos de la figura bocabajo de Anderson y formula la pregunta que todos tenemos en mente:

—¿Cómo es posible que sigas con vida?

Anderson intenta esbozar una sonrisa. Le sale torcida. Loca.

—¿Sabes qué es lo que siempre ha sido tan maravilloso de ti, Castle? —Pronuncia el nombre de Castle como si fuera algo gracioso, lo pronuncia en voz alta por primera vez. Toma una bocanada de aire—. Eres muy impredecible. Te gusta coleccionar animales perdidos. Te gustan las historias tristes.

De pronto, Anderson suelta un grito tras haber tomado aire, y supongo que lo más probable es que Castle haya aumentado la presión.

—Eres un idiota. Eres un idiota por confiar tan fácilmente en la gente —dice Anderson tras recuperar el aliento.

Vuelve a inhalar entrecortada y dolorosamente.

—¿Quién te crees que me ha llamado aquí? —prosigue, esforzándose en cada palabra—. ¿Quién crees que me ha mantenido informado —otra respiración dificultosa— de cada cosa de la

que habéis hablado?

Me quedo paralizado.

Un sentimiento terrible y nauseabundo se concentra en mi pecho.

Todos nos giramos, en grupo, para enfrentarnos a Nazeera. Está separada de los demás, como si fuera la personificación intensificada de la calma. Su rostro no muestra ninguna expresión. Me mira como si fuera una pared.

Durante medio segundo, me siento tan mareado que creo que voy a desmayarme.

Es solo un deseo.

Ya está… Eso es lo que lo consigue. Una habitación llena de personas extremadamente poderosas y, aun así, en este momento, en este momento de sorpresa breve y apenas perceptible, nos destroza a todos. Noto la aguja en el cuello antes de que pueda darme cuenta de lo que está pasando y, antes de caerme, solo tengo unos segundos para examinar la habitación y ver el horror que se refleja en el rostro de mis amigos.

# WARNER

*Estoy sentado en mi oficina escuchando un disco antiguo cuando recibo la llamada. Al principio, me preocupa que pueda ser Lena, que me suplique que vuelva con ella, pero el sentimiento de repugnancia se transforma rápido en odio cuando oigo la voz al otro lado de la línea. Es mi padre. Quiere que baje.*

*El mero sonido de su voz me llena de un sentimiento tan violento que tardo un minuto en controlarme.*

*Ya van dos años.*

*Dos años convirtiéndome en el monstruo que mi padre siempre ha querido que fuera. Me miro al espejo, odiándome con una intensidad nueva y profunda que no había experimentado nunca. Cada mañana me levanto con la esperanza de morir. De que se acabe esta vida, estos días.*

*Él sabía, cuando acordó el pacto, lo que me estaba pidiendo que hiciera. Yo no lo sabía. Tenía dieciséis años, todavía lo bastante joven como para creer en la esperanza, y él se aprovechó de mi ingenuidad. Sabía lo que eso me haría. Sabía que me rompería. Y eso es lo único que siempre había querido.*

*Mi alma.*

*Vendí mi alma por pasar algunos años con mi madre, y ahora, después de todo, ni siquiera sé si valdrá la pena. No sé si seré capaz de salvarla. He estado fuera demasiado tiempo. Me he perdido demasiadas cosas. Mi madre está mucho peor ahora, y ningún médico ha sido capaz de ayudarla. Nada ha ayudado. Mis esfuerzos han sido peor que inútiles.*

*Lo dejé todo… para nada.*

*Ojalá hubiera sabido cómo me iban a cambiar esos dos años. Ojalá hubiera sabido lo difícil que iba a ser vivir conmigo mismo, mirarme al espejo. Nadie me advirtió de las pesadillas, de los ataques de pánico ni de los pensamientos oscuros y destructivos que seguirían. Nadie me explicó cómo funcionaba la oscuridad, cómo se alimenta de sí misma ni cómo se enconaba. Apenas me reconozco estos días. Convertirme en un instrumento de tortura destruyó lo que quedaba de mi mente.*

*Y, ahora, esto: me siento vacío en todo momento. Hueco.*

*Sin redención.*

*No quería volver aquí. Quería andar directamente hacia el océano. Quería desvanecerme en*

*el horizonte. Quería desaparecer.*

*Por supuesto, él nunca permitiría que ocurriera eso.*

*Me arrastró de vuelta aquí y me dio un cargo. Me recompensaron por ser un animal. Celebraron mis esfuerzos como monstruo. No importaba el hecho de que me levantara en mitad de cada noche atenazado por miedos irracionales y por una necesidad repentina y violenta de devolver los contenidos de mi estómago.*

*No importa que no pueda quitarme esas imágenes de la cabeza.*

*Miro la botella cara de whisky que mi padre ha dejado para mí en mi habitación y, de repente, me siento hastiado. No quiero ser como él. No quiero su opiáceo, su forma preferida de olvidar.*

*Al menos, pronto mi padre se irá. Cualquier día, se irá, y este sector será mi dominio. Por fin estaré solo.*

*O algo parecido.*

*Me pongo la chaqueta a regañadientes y bajo con el ascensor.*

✣ ✣ ✣

*Cuando al fin llego a sus aposentos como me ha pedido, me dedica solo una mirada fugaz.*

*—Bien —dice—. Has venido.*

*No respondo.*

*Sonríe.*

*—¿Dónde han quedado tus modales? ¿No vas a saludar a nuestra invitada?*

*Confundido, sigo su mirada. Hay una chica sentada en una silla en la esquina más alejada de la habitación y, al principio, no la reconozco.*

*Cuando al fin lo hago, la sangre me abandona el rostro.*

*Mi padre se ríe.*

*—Os acordáis el uno del otro, ¿verdad, niños?*

*Estaba sentada tan callada, tan quieta y pequeña que casi no me había percatado de ella. Mi corazón muerto salta ante la visión de su figura delicada, una chispa de vida que intenta encenderse desesperadamente.*

*—Juliette —susurro.*

*El último recuerdo que tengo de ella es de hace dos años, justo antes de irme de casa para cumplir con el sádico y enfermizo encargo de mi padre. La arrancó de mi lado. Literalmente me la arrebató de los brazos. Nunca había visto una furia igual en sus ojos, no como esa, no por algo tan inocente.*

*Pero estaba fuera de sí.*

*Completamente loco.*

*Ella y yo no habíamos hecho nada más que hablar. Había empezado a colarme en su habitación siempre que podía escaparme, y trucaba la grabación de las cámaras para que nos dieran privacidad. Hablábamos, a veces durante horas. Se había convertido en mi amiga.*

*Nunca la toqué.*

*Me dijo que, después de lo que había ocurrido con el niño pequeño, tenía miedo de tocar a alguien. Dijo que no entendía lo que le estaba ocurriendo y que ya no confiaba en sí misma. Le pregunté si quería tocarme, para probarlo y ver si ocurría algo, y ella se asustó y yo le dije que no se preocupara. Le prometí que no pasaría nada. Y cuando toqué su mano, vacilante, esperando que llegara el desastre…*

*No ocurrió nada.*

*Nada excepto que ella rompió a llorar. Se lanzó a mis brazos y sollozó y me dijo que había estado aterrorizada por si había algo mal en ella, por si se había convertido en un monstruo…*

*Solo tuvimos un mes, en total.*

*Pero había algo en ella que me hacía sentir bien, desde el principio. Confiaba en ella. Me resultaba familiar, como si la hubiera conocido de siempre. Pero también sabía que ese pensamiento parecía un tanto dramático, así que me lo quedé para mí.*

*Me habló de su vida. De sus horribles padres. Compartió sus miedos conmigo, así que yo compartí los míos. Le hablé de mi madre, de que no sabía lo que le estaba pasando, de lo preocupado que estaba por que se fuese a morir.*

*Yo le importaba a Juliette. Era la única que me escuchaba.*

*Era la relación más inocente que había tenido, pero para mí significaba más que todo lo otro. Por primera vez en años, me sentía menos solo.*

*El día que descubrí que al final la iban a trasladar, la abracé fuerte. Apreté mi cara en su pelo y me empapé de su olor, y ella lloró. Me dijo que estaba asustada y yo le prometí que intentaría hacer algo, le prometí que hablaría con mi padre, aunque sabía que no me haría caso…*

*Y entonces, de repente, estaba allí.*

*La arrancó de mis brazos, y me di cuenta entonces de que llevaba puestos unos guantes.*

*—¿Qué narices estás haciendo? —gritó—. ¿Has perdido la cabeza? ¿Has perdido el juicio por completo?*

*—Papá —le dije, aterrado—. No ha pasado nada. Solo le estaba diciendo adiós.*

*Sus ojos se abrieron de la conmoción. Y, cuando habló, sus palabras eran suspiros.*

*—¿Solo estabas… diciéndole adiós?*

*—Se va —le dije como si fuera estúpido.*

*—¿Crees que no lo sé?*

*Tragué saliva.*

*—Dios mío —dijo mientras se pasaba una mano por la boca—. ¿Cuánto llevas haciendo esto? ¿Cuánto llevas bajando aquí?*

*El corazón me latía desbocado. El miedo me palpitaba por el cuerpo. Negaba con la cabeza, incapaz de hablar.*

*—¿Qué has hecho? —inquirió mi padre, con los ojos centelleantes—. ¿La has tocado?*

*—No. —La ira me invadió de pronto, devolviéndome la voz, aunque la cara se me puso roja de la vergüenza—. No, claro que no.*

*—¿Estás seguro?*

*—Papá, ¿por qué estás…? —Negué con la cabeza, confundido—. No entiendo por qué estás enfadado. Has estado presionándome para que me juntara con Lena durante meses, pero te he dicho cientos de veces que no me gusta, y ahora, cuando de verdad… —Vacilé mirando a Juliette, su cara medio escondida detrás de mi padre—. Solo la estaba conociendo. Nada más.*

*—¿Solo la estabas conociendo? —Me miró, asqueado—. De todas las chicas que hay en el mundo, ¿te sientes atraído por esta? ¿Por la asesina de niños destinada a acabar en la cárcel? ¿Por la que probablemente sea una loca creada en un laboratorio? ¿Qué te pasa?*

*—Papá, por favor… No ha pasado nada. Solo somos amigos. Solo hablamos a veces.*

*—Solo amigos —repitió, y soltó una carcajada demente—. ¿Sabes qué? Voy a dejar que te lleves esto contigo. Voy a permitir que te quedes con esto mientras estás fuera. Que lo asimiles. Que te enseñe una lección.*

*—¿Qué? ¿Que me lleve qué conmigo?*

*—Una advertencia —me escudriñó con una mirada letal—. Vuelve a intentar algo así de nuevo —me dijo— y la mataré. Y me aseguraré de que lo veas.*

*Me lo quedé mirando, el corazón me martilleaba en el pecho. Era una locura. Ni siquiera habíamos hecho nada. Sabía que mi padre probablemente se enfadaría, pero jamás pensé que amenazaría con matarla. Si lo hubiera sabido, jamás me habría arriesgado. Y ahora…*

*La cabeza me daba vueltas. No lo entendía. La estaba arrastrando por el pasillo y no lo entendía.*

*De repente, ella gritó.*

*Gritó y yo me quedé quieto, desamparado mientras se la llevaban a rastras. Llamó mi nombre,*

*lo gritó, y él la zarandeó, le dijo que se callara, y yo sentí que algo dentro de mí se moría. Lo noté mientras ocurría. Sentí cómo algo se rompía en mi interior mientras veía cómo se la llevaba.*

*Nunca me había odiado tanto. Nunca había sido tan cobarde.*

✣ ✣ ✣

*Y, ahora, aquí estamos.*

*Ese día parece que fuera de otra vida. Jamás pensé que la volvería a ver.*

*Juliette me mira ahora, y tiene otro aspecto. Sus ojos están empañados de lágrimas. Su piel ha perdido la palidez, su pelo ha perdido el brillo. Parece más delgada. Me recuerda a mí mismo.*

*Vacío.*

*—Hola —susurro.*

*Las lágrimas caen, lentamente, por sus mejillas.*

*Tengo que obligarme a mantener la calma. Tengo que obligarme a no perder la cabeza. Mi madre me advirtió, hace años, de que debía esconder el corazón a mi padre, y cada vez que lo olvidé, cada vez que me permití la esperanza de que tal vez no fuera un monstruo, me castigó sin clemencia.*

*No iba a permitir que me lo hiciera de nuevo. No quería que supiera lo mucho que me dolía verla así, lo doloroso que era sentarme a su lado y no decir nada. No hacer nada.*

*—¿Qué está haciendo aquí? —pregunto, apenas reconociendo mi propia voz.*

*—Está aquí —respondió— porque la he mandado recoger para nosotros.*

*—¿Recoger para qué? Dijiste…*

*—Sé lo que dije. —Se encoge de hombros—. Pero quería presenciar este momento. Vuestro reencuentro. Siempre me interesan vuestros reencuentros. La dinámica de vuestra relación me parece fascinante.*

*Me lo quedo mirando y siento que el pecho me explota de rabia, pero de algún modo consigo retenerla.*

*—¿Solo la has traído de vuelta para torturarme?*

*—Te crees demasiado importante, hijo.*

*—Entonces, ¿qué?*

*—Tengo tu primera tarea —dice apartando una pila de archivos de su escritorio—. Tu primera misión real como comandante jefe y regente de este sector.*

*Me quedo con la boca abierta, sorprendido.*

*—¿Y eso qué tiene que ver con ella?*

*—Todo —dice mi padre con los ojos iluminados.*

*No digo nada.*

*—Tengo un plan —continúa—. Uno para el cual necesitaré tu ayuda. En estos archivos —señala con la cabeza el montón que tengo delante—, está todo lo que necesitas para informarte sobre su enfermedad. Cada informe médico, cada pista en papel. Quiero que reformes a la chica. Que la rehabilites. Y luego quiero que conviertas sus habilidades en armas para que podamos usarlas.*

*Lo miro a los ojos, incapaz de contener el horror que me provoca su propuesta.*

*—¿Por qué? ¿Por qué me vienes con esto? ¿Por qué me pides que haga algo así, cuando conoces nuestro pasado?*

*—Eres el único preparado para este trabajo. Parece absurdo que tenga que perder mi tiempo explicándotelo ahora, ya que mañana apenas recordarás esta conversación…*

*—¿Qué? —Frunzo el ceño—. ¿Por qué no…?*

*—… Pero los dos parecéis tener una conexión inmutable, una que puede, espero, incitar a que se desarrollen más sus habilidades. Más rápido.*

*—Eso no tiene ningún sentido.*

*Me ignora. Mira a Juliette. Tiene los ojos cerrados, la cabeza apoyada contra la pared de detrás. Parecería dormida si no fuera por las lágrimas que todavía le corren suavemente por la cara.*

*El solo hecho de mirarla me mata.*

*—Como ves —prosigue mi padre—, ahora mismo está un poco fuera de su mente. Sedada a conciencia. Ha pasado por muchas cosas durante los últimos dos años. No nos quedó más remedio que convertirla en una especie de conejillo de indias. Estoy seguro de que te imaginas cómo funciona eso.*

*Me observa con un esbozo de sonrisa en la cara. Sé que está esperando algo. Una reacción. Mi ira.*

*Me niego a dársela.*

*Su sonrisa se ensancha.*

*—De todos modos —me dice, alegre—, la voy a volver a poner en aislamiento durante los próximos seis meses… O tal vez un año, dependiendo de cómo evolucione. Puedes usar esta ocasión para prepararte. Para observarla.*

*Pero todavía me estoy peleando para retener mi rabia. No soy capaz de pronunciar palabra.*

*—¿Algún problema? —me pregunta.*

*—No.*

*—Te acuerdas, claro, de la advertencia que te di la última vez que estuvo aquí.*

*—Por supuesto —digo con voz neutra. Muerta.*

*—¿Cómo está Lena, a todo esto? Espero que esté bien —me suelta de la nada.*

*—No sabría decir.*

*Es apenas perceptible, pero detecto el cambio rápido de su voz. La furia cuando vuelve a hablar.*

*—¿Y eso por qué?*

*—Rompí con ella la semana pasada.*

*—¿Y no pensabas contármelo?*

*Al fin, lo miro a los ojos.*

*—Nunca entendí por qué querías que estuviéramos juntos. No me conviene. Nunca me ha convenido.*

*—Quieres decir que no la quieres.*

*—No me puedo imaginar a alguien que pudiera quererla.*

*—Por eso —me dice— es completamente perfecta para ti.*

*Lo miro pestañeando, me ha sorprendido con la guardia baja. Por un momento, casi ha sonado como si mi padre se preocupara por mí. Como si estuviera intentando protegerme de algún modo perverso e idiota.*

*Al final, suspira.*

*Agarra un bolígrafo y un pedazo de papel, y empieza a escribir algo.*

*—Veré lo que puedo hacer para arreglar el daño que has causado. La madre de Lena debe de estar histérica. Hasta entonces, ve a trabajar. —Asiente en dirección a la pila de archivos que me ha colocado enfrente.*

*A regañadientes, recojo el archivo que está encima.*

*Hojeo los documentos, examino el resumen general de la misión, y entonces levanto la vista hacia él, sorprendido.*

*—¿Cómo es que en los papeles figura que esta ha sido idea mía?*

*—Porque no confías en mí —dice tras vacilar un instante y dejar el bolígrafo.*

*Me lo quedo mirando, intentando entenderlo. Él ladea la cabeza.*

*—Si hubieras sabido que era idea mía, jamás habrías confiado en ella, ¿verdad? La examinarías de cerca en busca de lagunas, de conspiraciones. Nunca la seguirías como me*

*gustaría que lo hicieras. Además —dice agarrando de nuevo el bolígrafo—, dos pájaros. De un tiro. Ha llegado el momento de romper el círculo al fin.*

*Vuelvo a dejar el archivo en el montón. Me aseguro de dominar el tono de mi voz cuando le digo:*

*—No tengo ni idea de qué estás hablando.*

*—Hablo de tu nuevo experimento —me dice fríamente—. Tu pequeña tragedia. Esto —me dice haciendo un gesto entre Juliette y yo— tiene que acabar. Y es poco probable que ella pueda corresponder tus afectos cuando se despierte y descubra que no eres su amigo sino su opresor, ¿no crees?*

*Y ya no soy capaz de despojar mi voz de la furia ni de la histeria.*

*—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me torturas a propósito?*

*—¿Tan descabellado es imaginar que tal vez esté intentando hacerte un favor? —Mi padre sonríe—. Mira con más atención esos archivos, hijo. Si alguna vez has querido tener la oportunidad de salvar a tu madre, quizá sea esta.*

✣ ✣ ✣

Me he obsesionado con el tiempo.

Aun así, solo puedo adivinar el tiempo que llevo aquí, mirando estas paredes sin descanso. Ninguna voz, solo el sonido distorsionado de alguna conversación lejana. Ningún rostro, ni una sola persona que me diga dónde estoy ni lo que me espera. He observado cómo las sombras persiguen la luz dentro y fuera de mi celda durante semanas, sus movimientos a través de la pequeña ventana han sido mi única esperanza para marcar los días.

Una ranura rectangular y estrecha se abre de repente con una fuerza sorprendente. Lo que parece una luz artificial atraviesa la apertura por el otro lado.

Tomo nota mental.

Me lanzan un bollo humeante, sin bandeja, sin papel de aluminio, sin cubiertos, a través de la ranura, y mis reflejos todavía son lo bastante rápidos como para atraparlo antes de que toque el suelo mugriento. Tengo la suficiente sensatez como para saber que la poca comida que me dan al día está envenenada. No lo suficiente como para matarme. Solo lo suficiente como para ralentizarme. Unos suaves temblores me zarandean el cuerpo, pero me obligo a mantener los ojos abiertos mientras volteo el bollo suave en la mano, en busca de información en su corteza hojaldrada. No tiene ninguna marca. Anodino. Podría no significar nada.

No hay manera de estar seguro.

Este ritual ocurre exactamente dos veces al día. Me alimentan con una ración de comida insignificante e insípida dos veces al día. Durante horas, mis pensamientos van lentos, mi mente divaga y sufre alucinaciones. Estoy lento. Lánguido.

La mayoría de los días hago ayuno.

Para despejar la cabeza, para limpiar el cuerpo del veneno y para reunir información. Tengo que encontrar la manera de salir de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Algunas noches, cuando estoy más débil, mi imaginación se desboca; mi mente se ve plagada de visiones horribles de lo que le puede haber ocurrido a ella. Es una tortura no saber lo que le han hecho. No saber dónde está, no saber cómo está, no saber si alguien le está haciendo daño.

Pero las pesadillas son tal vez lo más desconcertante.

Al menos, creo que son pesadillas. Me es difícil separar los hechos de la ficción, los sueños de la realidad; paso demasiado tiempo con el veneno corriéndome por las venas. Pero las palabras que me dijo Nazeera antes del simposio, su advertencia de que Juliette era otra persona, de que Max y Evie son sus verdaderos padres biológicos…

En aquel momento no quise creerlo.

Me parecía una posibilidad demasiado perversa como para ser real. Incluso mi padre tenía líneas que no cruzaría, me decía a mí mismo. Incluso el Restablecimiento tenía algún tipo de moralidad inventada, me decía a mí mismo.

Pero los vi mientras me llevaban… Vi las caras familiares de Evie y Maximillian Sommers, la comandante suprema de Oceanía y su marido. Y he estado pensando en ellos desde entonces.

Eran los científicos principales de nuestro grupo, las mentes pensantes silenciosas del Restablecimiento. Eran militares, sí, pero eran doctores. Los dos bastante reservados. Tenía pocos recuerdos de ellos hasta hace muy poco.

Hasta que Ella apareció en mi mente.

Pero no sé cómo estar seguro de que lo que estoy viendo es real. No tengo manera de saber si esto es simplemente otra parte de la tortura. Es imposible de saber. Es una agonía que me perfora. Siento que me están asaltando por dos flancos, uno mental y otro físico, y no sé dónde ni cómo empezar a contraatacar. He empezado a apretar los dientes con tanta fuerza que me está causando migrañas. El cansancio se alimenta poco a poco de mi mente. Estoy bastante seguro de que tengo al menos dos costillas rotas, y las únicas horas de descanso que consigo son estando de pie, la única posición que me alivia el dolor del torso. Sería fácil rendirse, ceder, pero no puedo dejarme perder en estos juegos mentales.

No lo haré.

Así que reúno información.

Me pasé toda la vida preparándome para momentos como este, con personas como estas, que sacarán toda la ventaja posible de esa información. Sé que esperarán que les demuestre que merezco sobrevivir, y, sin quererlo, saberlo me brinda una sensación de calma que necesitaba. No siento mi ansiedad habitual aquí, mientras me envenenan a conciencia hasta la muerte.

En vez de eso, me siento como en casa. A gusto.

Fortalecido por la adrenalina.

Bajo cualquier otra circunstancia, asumiría que las comidas me las entregan una vez por la mañana y otra por la noche, pero sé que asumir eso es un error. He estado analizando las sombras el suficiente tiempo como para saber que nunca me dan comida a la misma hora y que ese horario errático es intencionado. Tiene que haber un mensaje, una secuencia de números, un patrón de información, algo que estoy pasando por alto… Porque sé que esto, como todo lo demás, es una prueba.

Estoy bajo la custodia de un comandante supremo.

No puede haber accidentes.

Me obligo a comerme el bollo caliente e insípido y odio la manera en que el pan gomoso y ultraprocesado se me pega al paladar. Hace que quiera un cepillo de dientes. Me han proporcionado mi propio lavamanos e inodoro, pero tengo poco más con lo que mantener mis estándares de limpieza intactos, lo cual sea posiblemente la mayor humillación de todas. Peleo contra una arcada cuando me trago el último trozo de pan, y un escozor repentino y cálido me invade el cuerpo. Las gotas de sudor me corren por la espalda, y aprieto los puños para evitar sucumbir demasiado rápido a las drogas.

Necesito un poco más de tiempo.

Hay un mensaje aquí, en algún lugar, pero todavía no he decidido dónde. Tal vez esté en los movimientos de las sombras. O en el número de veces que la rendija se abre y se cierra. Puede que esté en el nombre de la comida que me veo obligado a comer, o en el número exacto de pasos que oigo al día, o tal vez esté en el golpe estremecedor que dan en mi puerta de vez en cuando, que va seguido del silencio.

Hay algo aquí, algo que están intentando decirme, algo que se supone que tengo que descifrar… Me quedo sin aliento, y estiro los brazos a ciegas mientras una oleada de dolor me atraviesa el estómago.

«Puedo encontrar la solución», pienso, incluso mientras la droga me arrastra al suelo. Me caigo hacia atrás, sobre los codos. Los ojos se me abren y cierran de golpe, y la mente se me inunda

aun cuando cuento los sonidos fuera de la puerta…

*un pisotón*

*dos pasos arrastrados*

*un pisotón*

… Y hay algo ahí, algo deliberado en el movimiento que me habla. Lo sé. Conozco este lenguaje, sé su nombre, lo tengo ahí justo en la punta de la lengua, pero no soy capaz de alcanzarlo.

Ya me he olvidado de lo que iba a hacer.

Me flaquean los brazos. La cabeza se me estampa contra el suelo con un golpe sordo. Mis pensamientos se deshacen en la oscuridad.

Las pesadillas me agarran del cuello.

# KENJI

Creía que en mi vida había pasado tiempo en algunos lugares agrestes, pero esta mierda no se parece a ninguno. Es una completa oscuridad. No hay ningún sonido aparte de los gritos distantes de los otros prisioneros torturados. La comida es una bazofia repugnante que me deslizan a través de una rendija de la puerta. Ningún baño aparte de cuando abren las puertas una vez al día, el suficiente tiempo como para que te mates a intentar encontrar las asquerosas duchas y retretes. Sé qué lugar es este. Recuerdo cuando Juliette…

Ella. *Ella.*

Ella solía contarme cosas de este sitio.

Algunas noches nos quedábamos despiertos durante horas hablando de él. Quería saberlo. Lo quería saber todo. Y esas conversaciones son la única razón por la que supe lo que quería decir la puerta abierta.

No sé a ciencia cierta cuánto tiempo llevo aquí… ¿Una semana?, ¿tal vez dos? No entiendo por qué no se limitan a matarme. Intento decirme, cada minuto de cada maldito día, que solo están haciendo esto para meterse en nuestras cabezas, que una mente torturada es un desenlace peor que una bala en el cerebro, pero no puedo mentir. Este sitio está empezando a afectarme.

Siento que empiezo a hacer cosas raras.

Empiezo a oír cosas. A ver cosas. Me estoy empezando a asustar por lo que les pueda haber pasado a mis amigos o por si algún día saldré de aquí.

Intento no pensar en Nazeera.

Cuando pienso en ella, quiero golpearme la cara. Quiero dispararme en el cuello.

Cuando pienso en Nazeera, siento una rabia tan pura que durante un minuto creo de verdad que puedo ser capaz de romper estas esposas de neón solo usando la fuerza bruta. Pero no ocurre nunca. Estas cosas son irrompibles y me arrebatan los poderes. Emiten una luz azul suave y palpitante; es la única luz que veo.

J. me dijo que su celda tenía una ventana. La mía no.

Un zumbido penetrante envuelve mi celda. Oigo un suave *clic* en la pesada puerta de metal. Me pongo en pie de un salto.

La puerta se abre de golpe.

Me abro camino por el pasillo mojado con el suave brillo palpitante de mis esposas como única

luz para guiarme.

La ducha es rápida y fría. Tan horrible como puede ser. En este antro de mala muerte no hay toallas, así que siempre me congelo hasta que puedo volver a mi celda y envolverme con la manta raída. Estoy pensando en esa manta ahora, intentando mantener los pensamientos concentrados y evitar que mis dientes castañeteen mientras me muevo por los túneles oscuros.

No veo lo que ocurre a continuación.

Alguien se abalanza sobre mí por detrás y me inmoviliza con una llave que me ahoga, asfixiándome con una técnica tan perfecta que no sé ni si vale la pena resistirme. Está claro que voy a morir.

Una manera superrara de irme, pero ya está. Se acabó.

Mierda.

# ~~JULIETTE~~
# ELLA

*El señor Anderson dice que puedo comer en su casa antes de conocer a mi nueva familia. No ha sido idea suya, pero cuando Aaron, su hijo —ese era el nombre del chico—, lo sugirió, al señor Anderson le pareció buena idea.*

*Estoy agradecida.*

*No estoy preparada todavía para ir a vivir con unos desconocidos. Estoy asustada, nerviosa y preocupada por tantas cosas que no sé ni por dónde empezar. Lo que más estoy es enfadada. Enfadada con mis padres por morirse. Enfadada con ellos por dejarme sola.*

*Ahora soy huérfana.*

*Pero tal vez tenga un amigo. Aaron me dijo que tenía ocho años, unos dos años mayor que yo, así que no hay ninguna posibilidad de que estemos en el mismo curso, pero cuando le dije que probablemente iríamos a la misma escuela igualmente, me dijo que no. Me dijo que no iba a la escuela pública. Me dijo que su padre era muy especial con ese tipo de cosas y que siempre lo habían educado en casa profesores privados.*

*Estamos sentados el uno al lado del otro en el viaje en coche de regreso a su casa cuando me dice en voz baja:*

*—Mi padre nunca me deja invitar a gente a casa. Debes de caerle bien.*

*Sonrío, aliviada para mis adentros. De verdad espero que esto signifique que tengo un nuevo amigo. He tenido mucho miedo de mudarme aquí, mucho miedo de estar en un sitio nuevo y estar sola, pero ahora, sentada al lado de este extraño chico rubio de ojos verde claro, empiezo a sentir que las cosas puede que salgan bien.*

*Al menos ahora, aunque no me gusten mis nuevos padres, sabré que no estoy completamente sola. Ese pensamiento me pone feliz y triste a la vez.*

*Miro a Aaron y sonrío. Me devuelve la sonrisa.*

*Cuando llegamos a su casa, me tomo unos segundos para admirarla desde fuera. Es una casa antigua grande y preciosa pintada del azul más bonito. Tiene grandes persianas blancas en las ventanas y una verja blanca alrededor del patio delantero. Unas rosas rosadas crecen por los laterales, asomándose por entre los listones de la verja, y todo el conjunto tiene un aspecto tan*

*tranquilo y encantador que me siento de inmediato en casa.*

*Mis preocupaciones se esfuman.*

*Estoy muy agradecida por la ayuda del señor Anderson. Muy agradecida por haber conocido a su hijo. Me doy cuenta entonces de que el señor Anderson debe de haber traído a su hijo a la reunión de hoy solo para que conociera a alguien de mi edad. Tal vez estuviera intentando que me sintiera como en casa.*

*Una preciosa mujer rubia nos abre la puerta. Me sonríe, brillante y amable, y ni siquiera me saluda antes de rodearme con los brazos. Me abraza como si me conociera de toda la vida, y hay algo tan agradable en su cercanía que incomodo a todo el mundo al deshacerme en lágrimas.*

*Ni siquiera me atrevo a mirar a nadie después de apartarme de ella, me dice que se llama señora Anderson, pero que la puedo llamar Leila, si quiero, y me seco las lágrimas, avergonzada por mi reacción exagerada.*

*El señor Anderson le indica a Aaron que me lleve arriba a su habitación mientras nos prepara algo de picoteo antes de la comida.*

*Todavía medio llorosa, lo sigo hacia arriba de las escaleras.*

*Su habitación es bonita. Me siento en su cama y observo sus cosas. Todo está bastante limpio a excepción de un guante de béisbol sobre su mesita de noche y dos pelotas sucias en el suelo. Aaron me sorprende mirándolas y las recoge de inmediato. Parece avergonzado cuando las guarda en el armario, y no entiendo por qué. Nunca he sido muy ordenada. Mi habitación estaba siempre…*

*Vacilo.*

*Intento recordar cómo era mi antigua habitación, pero por alguna razón no puedo. Frunzo el ceño. Lo vuelvo a intentar.*

*Nada.*

*Y entonces me doy cuenta de que no puedo recordar las caras de mis padres.*

*El terror me recorre a toda velocidad.*

*—¿Qué pasa?*

*La voz de Aaron es penetrante, tan intensa que levanto la vista, sobresaltada. Me está mirando desde la otra punta de la habitación, y el miedo de su rostro se ve reflejado en los espejos de las puertas de su armario.*

*—¿Qué pasa? —repite—. ¿Estás bien?*

*—Yo… yo no… —Titubeo y siento cómo los ojos se me anegan en lágrimas. Odio estar*

*llorando todo el rato. Odio no parar de llorar—. No consigo recordar a mis padres —digo—. ¿Es normal?*

*Aaron se acerca y se sienta a mi lado en la cama.*

*—No lo sé —responde.*

*Nos quedamos en silencio durante un rato. De algún modo, eso me ayuda. De algún modo, el mero hecho de estar sentada a su lado hace que me sienta menos sola. Menos aterrorizada.*

*Al final, mi corazón vuelve a una velocidad normal.*

*—¿No te sientes solo, estudiando siempre en casa? —le pregunto después de haberme secado las lágrimas.*

*Asiente.*

*—¿Por qué tu padre no te deja ir a una escuela normal?*

*—No lo sé.*

*—¿Y en tus fiestas de cumpleaños? —le pregunto—. ¿A quién invitas a tu cumpleaños?*

*Aaron se encoge de hombros.*

*—Nunca he tenido una fiesta de cumpleaños —responde mientras se mira las manos.*

*—¿Qué? ¿En serio? —Giro la cara para mirarlo mejor—. Pero si las fiestas de cumpleaños son muy divertidas. Yo solía… —Pestañeo y dejo la frase sin terminar.*

*No puedo recordar lo que iba a decir.*

*Frunzo el ceño intentando recordar algo, algo sobre mi antigua vida, pero los recuerdos no se materializan, sacudo la cabeza para despejarla. Tal vez lo recuerde más tarde.*

*—De todas maneras —digo, tras tomar aire—, debes tener una fiesta de cumpleaños. Todo el mundo las tiene. ¿Cuándo es tu cumpleaños?*

*Lentamente, Aaron levanta la vista hacia mí. Con rostro inexpresivo, me contesta:*

*—El veinticuatro de abril.*

*—El veinticuatro de abril —repito, sonriendo—. Fantástico. Podemos pedir una tarta.*

✣ ✣ ✣

Los días pasan en un pánico sofocado, un lacerante avance hacia la locura. Las manecillas del reloj parece que se cierren alrededor de mi cuello y, aun así, no digo nada, no hago nada.

Espero.

Finjo.

He estado aquí paralizada durante semanas, atascada en la prisión de esta trampa, de esta instalación. Evie no sabe que su plan de blanquearme la mente ha fallado. Me trata como si fuera

un objeto extraño, distante pero no desagradable. Me ha pedido que la llame Evie, me ha dicho que es mi doctora, y entonces empezó a mentir con cantidad de detalles, sobre cómo yo había tenido un terrible accidente, que estaba sufriendo de amnesia y que tengo que guardar reposo en cama para poder recuperarme.

Desconoce que mi cuerpo no deja de temblar, que cada mañana tengo la piel mojada de sudor, que la garganta me arde por el constante retorno de la bilis. Desconoce lo que me está pasando. Nunca pudo entender la enfermedad que asola mi corazón. No podría entender nunca esta agonía.

Recuerdos.

Los ataques son incesantes.

Los recuerdos me asaltan mientras duermo y me hacen levantarme de golpe con el pecho embargado por el pánico una y otra y otra vez hasta que, al final, me encuentro en el suelo del baño con el olor a vómito prendido en el pelo y en el interior de la boca. Lo único que puedo hacer es arrastrarme de vuelta a la cama cada mañana y obligar a mi cara a sonreír cuando Evie me viene a revisar al alba.

Todo parece estar mal.

El mundo me resulta extraño. Los olores me confunden. Las palabras ya no me sientan bien en la boca. El sonido de mi propio nombre me parece a la par familiar y extraño. Los recuerdos de personas y lugares me parecen deformados, como hilos deshilachados que se juntan para formar un tapiz raído.

Pero Evie. Mi madre.

La recuerdo.

✣ ✣ ✣

—¿Evie?

Asomo la cabeza del baño mientras me envuelvo el cuerpo con una bata. Busco su cara por mi habitación.

—¿Evie, estás ahí?

—¿Sí? —Oigo su voz unos segundos antes de encontrarla justo enfrente de mí, sosteniendo un conjunto de ropa de cama limpia en las manos. Está volviendo a hacer la cama—. ¿Necesitabas algo?

—No quedan toallas.

—Oh… Eso es algo que se soluciona fácil. —Se apresura hacia la puerta. Tan solo unos

segundos después ya está de vuelta y me deja una toalla caliente y limpia en las manos. Me sonríe débilmente.

—Gracias —le digo, obligando a mi sonrisa a que se ensanche para que los ojos me brillen con vida. Y entonces desaparezco en el baño.

La habitación está llena de vapor; los cristales, empañados, transpirando. Agarro la toalla con una mano y observo cómo los regueros de agua discurren por mi piel desnuda. La condensación se me acomoda como un uniforme; seco las esposas metálicas cerradas alrededor de mis muñecas y tobillos; su luz azul brillante es mi recuerdo constante de que estoy en el infierno.

Me desplomo en el suelo con una fuerte exhalación.

Tengo demasiado calor como para ponerme la ropa, pero no estoy preparada para abandonar la privacidad del baño todavía, así que me quedo aquí sentada, vestida solo con las esposas, y acerco la cabeza a las manos.

Vuelvo a tener el pelo largo.

Lo descubrí así una mañana, largo, denso y oscuro, y cuando le pregunté acerca de ello, casi lo estropeo todo.

—¿A qué te refieres? —me preguntó Evie entrecerrando los ojos—. Siempre has llevado el pelo largo.

La miré pestañeando y recordé hacer el papel de tonta.

—Lo sé.

Se me quedó mirando un rato antes de dejarlo correr por fin, pero todavía me preocupa que pueda pagar por ese desliz. A veces me cuesta recordar cómo actuar. Mi mente se ve atacada y asaltada cada día por una emoción que no sabía que existía. Se suponía que tenían que borrar mis recuerdos. En vez de eso, los están avivando.

Lo recuerdo todo:

La risa de mi madre, sus muñecas delgadas, el olor de su champú y la familiaridad de sus brazos a mi alrededor.

Cuantas más cosas recuerdo, menos ajeno me parece este lugar. Estos sonidos y olores, esas montañas en la distancia, me parecen menos desconocidos. Es como si las partes dispares de mi ser más desesperado se estuvieran juntando, como si los agujeros profundos de mi corazón y de mi mente se estuvieran curando, llenándose lentamente de emoción.

Esta instalación era mi casa. Estas personas, mi familia. Me levanté esta mañana y recordé el tono de pintalabios favorito de mi madre.

Rojo sangre.

Recuerdo ver cómo se pintaba los labios algunas noches. Recuerdo el día que me colé en su habitación y le robé el tubo metálico brillante; recuerdo cuando me encontró, con las manos y la boca embadurnadas de rojo, mi cara como una interpretación grotesca de ella.

Cuanto más recuerdo a mis padres, más empiezo a encontrar el sentido de mí misma: mis muchos temores e inseguridades, el sinfín de maneras en las que a menudo me he sentido perdida, buscando algo que no sabía nombrar.

Es devastador.

Y aun así…

En esta nueva y turbulenta realidad, la persona a la que reconozco más es a él. Mis recuerdos de él, nuestros recuerdos, me han hecho algo. Han cambiado algo en un lugar profundo de mi interior. Me siento distinta. Con más aplomo, como si hubiera plantado los pies con más firmeza, libre por la certidumbre, libre para sacar raíces aquí por mí misma, libre para confiar inequívocamente en la fuerza y el vigor de mi propio corazón. Es un descubrimiento que me empodera el descubrir que puedo confiar en mí misma, incluso cuando no soy yo misma, para tomar las decisiones adecuadas. Para saber ahora a ciencia cierta que al menos hubo un error que no cometí.

Aaron Warner Anderson ha sido la única línea constante emocional en mi vida que ha tenido sentido. Es la única constante. El único latido estable y fiable que he tenido jamás.

*Aaron, Aaron, Aaron, Aaron*

No tenía ni idea de cuánto habíamos perdido, no tenía ni idea de cuánto de él había echado de menos. No tenía ni idea de lo desesperadamente que habíamos luchado. Cuántos años habíamos peleado por tener momentos, minutos, juntos.

Me llena de una dolorosa alegría.

Pero cuando recuerdo cómo dejé las cosas entre nosotros, quiero gritar.

No tengo ni idea de si lo volveré a ver.

Aun así, me aferro a la esperanza de que todavía esté vivo, ahí fuera, en algún lugar. Evie dijo que no podía matarlo. Dijo que ella sola no tenía la autoridad como para que lo ejecutaran. Y si Aaron está todavía vivo, encontraré la manera de llegar hasta él. Pero debo ser cuidadosa. Escapar de esta nueva prisión no será fácil… Por ahora, Evie casi nunca me deja salir de mi habitación. Y lo que es peor, me tiene sedada durante el día y me permite solo un par de horas lúcida. Nunca tengo suficiente tiempo para pensar, mucho menos para planear mi huida, examinar los alrededores ni deambular por los pasillos detrás de mi puerta.

Solo me ha dejado salir una vez.

Más o menos.

Me dejó salir a un balcón que da al patio trasero. No fue mucho, pero incluso ese pequeño paso me ayudó a entender un poco dónde estábamos y cómo podía ser la estructura del edificio.

Mi evaluación fue escalofriante.

Me dio la sensación de que estábamos en el centro de un asentamiento, una pequeña ciudad, en medio de la nada. Me incliné en el borde del balcón y estiré el cuello para valorar su amplitud, pero la vista se extendía tanto que no pude contemplarlo todo. Desde donde estaba, vi por lo menos veinte edificios distintos, todos conectados por carreteras y surcados por personas en miniatura y coches eléctricos. Pude ver camiones que cargaban y descargaban las dársenas, camiones enormes que se llenaban y se vaciaban, y había una pista de aterrizaje a lo lejos con una fila de *jets* aparcados en línea en una zona de hormigón. Y entonces entendí que estaba viviendo en medio de una operación masiva, algo mucho más aterrador que el sector 45.

Es una base internacional.

Tiene que ser una de las capitales. Lo que sea que sea esto, lo que sea que hagan aquí, hace que el sector 45 parezca un chiste.

Aquí, donde las colinas todavía están de algún modo verdes y bonitas, donde el aire es puro y fresco, y todo parece vivo. Probablemente mis cuentas sean erróneas, pero creo que nos acercamos a finales de abril, y las vistas desde mi ventana no se parecen en nada a lo que haya podido ver antes en el sector 45: cadenas de montañas enormes con los picos nevados, montes ondulantes exuberantes de vegetación, árboles cargados de hojas brillantes que cambian y un lago brillante y enorme que parece lo suficientemente cerca como para llegar corriendo a él. Esta tierra tiene aspecto saludable. Vibrante.

Creía que hacía mucho tiempo habíamos perdido un mundo así.

Estos días Evie ha empezado a sedarme menos, pero algunos días mi vista parece enturbiarse por los márgenes, como una imagen por satélite que experimenta un fallo técnico y espera cargar la información.

A veces me pregunto si me está envenenando.

Me pregunto eso ahora mientras recuerdo el bol de sopa que me ha enviado a la habitación para desayunar. Todavía noto los restos pegajosos que me envolvían la lengua y el paladar.

La inquietud me revuelve el estómago.

Me levanto del suelo del baño con los brazos y las piernas lentos y pesados. Tardo unos instantes en estabilizarme. Los efectos de este experimento me han dejado vacía.

Enfadada.

Como de la nada, mi mente conjura una imagen de la cara de Evie. Recuerdo sus ojos. De un marrón oscuro profundo. Sin fin. El mismo color que su pelo. Lo lleva por encima de los hombros, una cortina pesada que le golpea constantemente la barbilla. Es una mujer guapa, más bella a los cincuenta que cuando tenía veinte.

*Viene.*

La palabra se me ocurre de repente, y una oleada de pánico me recorre la espalda. Ni un segundo después llaman con un golpe seco a la puerta de mi baño.

—¿Sí?

—Ella, has estado en el baño durante casi media hora, y ya sabes lo que pienso sobre malgastar tiem…

—Evie. —Me obligo a soltar una risa—. Ya casi he acabado —le aseguro—. Salgo ahora mismo.

Una pausa.

El silencio alarga los segundos una eternidad. El corazón me sube por la garganta. Me late en la boca.

—Está bien —me dice arrastrando las palabras—. Cinco minutos más.

Cierro los ojos mientras suelto aire, apretándome la toalla contra el pulso acelerado de mi cuello. Me seco rápido antes de escurrirme el agua que me queda en el pelo y ponerme de nuevo la bata.

Al fin, abro la puerta del baño y agradezco la temperatura fresca de la mañana sobre mi piel febril. Pero apenas tengo tiempo de tomar aire antes de que esté delante de mí de nuevo.

—Ponte esto —me indica colocándome un vestido en los brazos. Está sonriendo, pero no le pega. Parece una demente—. Te encanta llevar algo amarillo.

Pestañeo mientras agarro el vestido, sintiendo una ola repentina de *déjà vu* que me desorienta.

—Claro. Me encanta llevar algo amarillo.

La sonrisa le disminuye y amenaza con ponerle la cara del revés.

—¿Te importa…? —Hago un gesto abstracto hacia mi cuerpo.

—Ah —se sobresalta—. Claro, estaré fuera —me dice tras lanzarme otra sonrisa.

Mi sonrisa es frágil.

Me observa. Siempre me observa. Estudia mis reacciones, el tiempo de mis respuestas. Me está examinando constantemente en busca de información. Quiere la confirmación de que me han vaciado como es debido. De que me han rehecho.

Ensancho la sonrisa.

Por fin da un paso atrás.

—Buena chica —me murmura.

Me quedo en medio de mi habitación y veo cómo se va, mientras el vestido amarillo sigue apretado contra mi pecho.

Hubo otro tiempo en el que me había sentido atrapada, igual que ahora. Me retuvieron contra mi voluntad y me dieron ropas bonitas y tres comidas completas y me obligaban a ser algo que no era y me rebelé, me rebelé contra ello con todas mis fuerzas.

No me hizo ningún bien.

Me juré que, si volvía a tener la ocasión de volver a hacerlo, lo haría de otro modo. Dije que si podía repetirlo llevaría la ropa y comería y les seguiría la corriente hasta que pudiera identificar dónde estaba y cómo escaparme.

Así que aquí está mi oportunidad.

Esta vez, he decidido seguirles la corriente.

# KENJI

Me despierto atado y amordazado con un pitido ensordecedor en los oídos. Pestañeo para aclararme la visión. Me han atado tan fuerte que no me puedo mover, así que tardo un segundo en darme cuenta de que no puedo verme las piernas.

Ni las piernas ni tampoco los brazos.

Ver que soy invisible me golpea con una fuerza completa y aterrorizadora.

No soy yo quien lo está haciendo.

Yo no me he traído hasta aquí, me he atado y amordazado, y me he hecho invisible.

Solo hay otra persona que podría hacerlo.

Miro a mi alrededor desesperado, intentando calibrar dónde estoy y qué opciones tengo de escapar, pero cuando finalmente consigo ladear el cuerpo, solo lo suficiente como para estirar el cuello, me doy cuenta, con un sobresalto horrible, de que estoy en un avión.

Y entonces… oigo voces.

Son Anderson y Nazeera.

Oigo cómo hablan sobre algo de aterrizar pronto, y entonces, unos minutos después, noto cómo tomamos tierra.

El avión rueda durante un rato y parece que pase una eternidad antes de que se apaguen los motores.

Oigo cómo se marcha Anderson. Nazeera se queda atrás, diciendo algo sobre tener que limpiar. Apaga el avión y las cámaras, y no me hace ni caso.

Al fin, oigo cómo sus pasos se acercan a mi cabeza. Me da la vuelta sobre la espalda con un pie y entonces, solo con eso, la invisibilidad desaparece. Se me queda mirando durante un rato más sin mediar palabra.

Por fin, sonríe.

—Hola —me dice mientras me quita la mordaza de la boca—. ¿Cómo lo llevas?

Y decido en ese preciso instante que voy a tener que matarla.

—Está bien —comenta—, sé que probablemente estés enfadado…

—¿ENFADADO? ¿CREES QUE ESTOY ENFADADO? —Zarandeo violentamente las ataduras—. Por el amor de Dios, mujer, quítame estas malditas correas…

—Te quitaré las correas cuando te calmes…

—¿CÓMO ESPERAS QUE ME CALME?

—Te estoy intentando salvar la vida ahora mismo, así que, de hecho, espero muchas cosas de ti.

Tengo la respiración acelerada.

—Un momento. ¿Qué?

Se cruza de brazos y baja la vista para observarme.

—He intentado explicarte que no había otra manera eficaz de hacer esto. Y no te preocupes —añade—, tus amigos están bien. Deberíamos poder sacarlos del manicomio antes de que les hagan algún daño permanente.

—¿Qué? ¿A qué te refieres con daño permanente?

Nazeera suspira.

—De todos modos, esta era la única manera que se me ocurrió de poder robar un avión sin llamar la atención. Tenía que rastrear a Anderson.

—Así que todo este tiempo has sabido que estaba vivo y no nos has dicho nada.

Nazeera levanta las cejas.

—Si te soy sincera, pensé que lo sabías.

—¿Cómo narices tenía que saberlo? —le grito—. ¿Cómo se supone que tenía que saber nada?

—Deja de gritar —me pide—. Me he tomado todas estas molestias para salvarte la vida, pero te juro por Dios que te mataré si no dejas de gritar en este mismo instante.

—¿Dónde… —le digo— COJONES —le grito— ESTAMOS?

Y, en vez de matarme, se echa a reír.

—¿Dónde crees que estamos? —Niega con la cabeza—. Estamos en Oceanía. Estamos aquí para encontrar a Ella.

# WARNER

*—Podemos vivir en el lago —dice Ella como si nada.*

*—¿Qué? —Casi me echo a reír—. ¿De qué hablas?*

*—Te hablo en serio —insiste—. He oído cómo mi madre decía cómo hacerlo para que las personas pudieran vivir bajo el agua, y le voy a pedir que me lo cuente, y entonces podemos vivir en el lago.*

*Suspiro.*

*—No podemos vivir en el lago, Ella.*

*—¿Por qué no? —Se da la vuelta y me mira con los ojos muy abiertos y sorprendentemente brillantes. De color verde azulado. Como el planeta, pienso. Como el mundo entero—. ¿Por qué no podemos vivir en el lago? Mi madre dice qu…*

*—Basta, Ella. Basta…*

✣ ✣ ✣

Me despierto de repente y me incorporo mientras los ojos se me abren de golpe y mis pulmones buscan aire desesperados. Inhalo demasiado rápido y toso, ahogándome ante la entrada repentina de oxígeno. El cuerpo se me inclina hacia delante y el pecho me sube y baja. Las manos apoyadas en el hormigón frío del suelo.

Ella.

*Ella.*

El dolor me perfora el pecho. Dejé de tomar la comida envenenada hace dos días, pero las visiones permanecen incluso cuando estoy lúcido. Hay algo extremadamente real en esta en particular, el recuerdo me asalta una y otra vez, y me lanza retortijones rápidos y afilados por la tripa. Esta emoción repentina y desorientadora me quita el aire.

Por primera vez, empiezo a creer.

Pensaba que eran pesadillas. O alucinaciones incluso. Pero ahora lo sé.

Ahora parece imposible negarlo.

*He oído cómo mi madre decía cómo hacerlo para que las personas pudieran vivir bajo el agua*

No entendí al instante el motivo por el que Max y Evie me mantenían aquí cautivo, pero deben

de culparme de algo… Tal vez algo de lo que sea responsable mi padre. Algo en lo que tomé parte sin saberlo.

Tal vez algo como torturar a su hija Emmaline.

Cuando me hicieron irme durante dos años, nunca me dijeron a dónde me dirigía. Nunca me revelaron los detalles de mi localización, y durante ese espacio de tiempo viví en una auténtica prisión propia, nunca me dejaban salir, nunca me dejaban saber más de lo absolutamente necesario para poder llevar a cabo la tarea que tuviera entre manos. Me vigilaban de cerca durante las pausas que me daban, y tenía que llevar una venda cuando me escoltaban al *jet*, lo cual siempre me hizo pensar que debí de estar trabajando en algún lugar que se podía identificar fácilmente. Pero esos dos años también contaban con algunos de los días más tristes y oscuros de mi vida; lo único que sabía era mi necesidad desesperada por olvidar. Estaba tan emperrado en odiarme a mí mismo que me parecía bien encontrar consuelo en los brazos de alguien que no significaba nada para mí. Me odié cada día. Estar con Lena era a la vez un alivio y una tortura.

Aun así, me sentía anestesiado todo el tiempo.

Después de dos semanas aquí, empiezo a preguntarme si esta prisión no será una de las que he visitado antes. Si este no será el mismo lugar en el que pasé esos dos años horribles de mi vida. Cuesta explicar las razones intangibles e irracionales por las que la vista fuera de mi ventana me empieza a resultar familiar, pero dos años es mucho tiempo para adaptarse a los ritmos de una tierra, incluso de una que no entiendas.

Me pregunto si Emmaline está aquí, en algún lugar.

Tendría sentido que estuviera aquí, cerca de casa, cerca de sus padres, cuyos avances médicos y científicos son el único motivo de que esté viva. O algo parecido a viva, al menos.

Tiene sentido que trajeran a Juliette —a Ella, me recuerdo— de vuelta aquí, a su casa. La pregunta es…

¿Por qué traerla aquí? ¿Qué esperan hacerle?

Pero si su madre se parece en algo a mi padre, creo que puedo imaginarme lo que deben de tener en mente.

Me incorporo del suelo y tomo aire para estabilizarme. Mi cuerpo está funcionando únicamente con adrenalina, tan hambriento de sueño y sustento que tengo que…

Dolor.

Es repentino y rápido, y se me escapa el aire cuando reconozco el familiar pinchazo. No tengo ni idea de cuánto tardarán mis costillas en sanar del todo. Hasta entonces, aprieto los dientes mientras me pongo en pie, buscando desesperadamente agarre en la roca desnuda. Las manos me

tiemblan mientras me yergo y vuelvo a respirar demasiado rápido y paseo la vista rápidamente por esta celda que me conozco tan bien.

Abro el grifo y me echo agua fría en la cara.

El efecto es inmediato. Me concentro.

Con cuidado, me desnudo. Empapo mi camiseta interior bajo el agua y la uso para frotarme la cara, el cuello y el resto del cuerpo. Me lavo el pelo. Me enjuago la boca. Me lavo los dientes. Y luego hago lo poco que puedo con el resto de mis prendas. Las lavo a mano y las estrujo para secarlas. Me vuelvo a poner la ropa interior, aunque el algodón todavía está un poco húmedo, y reprimo un escalofrío en la oscuridad. Hambriento y frío al menos es mejor que drogado y delirante.

Ahora acaba mi segunda semana de confinamiento, y mi tercer día esta semana sin comida. Me sienta bien tener la cabeza despejada, incluso mientras mi cuerpo se muere lentamente de inanición. Siempre había sido demasiado delgado, pero ahora los contornos de mi cuerpo se ven demasiado afilados, incluso para mí, con toda la suavidad necesaria desvanecida de mis piernas y brazos. Solo es cuestión de tiempo que mis músculos se atrofien y causen un daño irreparable en mis órganos, pero ahora mismo no me queda otra opción. Necesito poder acceder a mi mente.

Y pensar.

Y hay algo de esto que no me cuadra.

Cuanto más pienso en ello, menos sentido tiene que Max y Evie quisieran que sufriera por lo que le hice a Emmaline. Para empezar, ellos fueron los que donaron su hija al Restablecimiento. El trabajo de supervisar a Emmaline me lo asignaron; de hecho, lo más probable es que fuera un trabajo que ellos habían aprobado. Tendría más sentido que estuviera aquí por traición. Max y Evie, como cualquier otro comandante, querrían que sufriera por darle la espalda al Restablecimiento.

Pero incluso esta teoría no me parece acertada. Es incongruente.

La pena por traición siempre ha sido la ejecución pública. Es rápido, eficiente. Deberían matarme, con solo un poco de espectáculo, delante de mis propios soldados. Pero esto, encerrar a la gente así y matarla lentamente de hambre mientras la despojan de su cordura y dignidad, es algo incivilizado. Es lo que el Restablecimiento les hace a los demás, no a los suyos.

Es lo que le hicieron a Ella. La torturaron. Le hicieron pruebas. No la encerraron para infligirle un castigo. Estaba aislada porque formaba parte de un experimento.

Y soy el único que sabe que un prisionero así requiere cuidados constantes.

Me imaginé que me tendrían aquí durante unos cuantos días, tal vez una semana, pero

encerrarme por lo que parece ser un tiempo indeterminado…

Debe de ser difícil para ellos.

Durante dos semanas, se las han apañado para tomarme un poco de ventaja, un logro que han conseguido con comida envenenada. A lo largo de mi entrenamiento, nunca había necesitado más de una semana para escapar de las prisiones de alta seguridad, y deben de saberlo. Al obligarme a escoger entre el sustento y la claridad de mente día tras día, se han asegurado la ventaja.

Aun así, no me preocupa.

Cuanto más tiempo esté aquí, más ventaja obtengo. Si saben de lo que soy capaz, también deben de saber que esto es insostenible. No pueden usar el veneno y la conmoción para desestabilizarme eternamente. Ya llevo el suficiente tiempo aquí como para familiarizarme con el entorno, y he estado acumulando información durante dos semanas: los movimientos del sol, las fases de la luna, el fabricante de los candados, el lavamanos, las bisagras poco frecuentes de la puerta. Lo sospeché, pero ahora sé seguro que estoy en el hemisferio sur, no solo porque sé que Max y Evie sean de Oceanía, sino también porque las constelaciones al norte fuera de mi ventana están del revés.

Debo de estar en su base.

Lógicamente, sé que debo de haber estado aquí varias veces en mi vida, pero los recuerdos son borrosos. El cielo por la noche está más despejado aquí que en el sector 45. Las estrellas brillan más. La falta de contaminación lumínica significa que estamos lejos de la civilización, y las vistas que tengo por la ventana me confirman que estamos rodeados por todas partes del paisaje salvaje de este territorio. Hay un lago brillante enorme en la distancia no muy lejos, lo cual…

De golpe, algo se despierta en mi mente.

El recuerdo de antes se expande:

*Ella se encoge de hombros y arroja una piedra al lago, que aterriza con un apagado chapoteo.*

*—Bueno, entonces nos escaparemos —anuncia.*

*—No podemos escapar —le digo—. Deja de decir eso.*

*—Nosotros también podemos hacerlo.*

*—No tenemos a dónde ir.*

*—Hay multitud de sitios a los que ir.*

*Niego con la cabeza.*

*—Ya sabes a qué me refiero. Nos encontrarían en cualquier lugar. Nos vigilan todo el tiempo*

*—Podemos vivir en el lago —dice Ella como si nada.*

*—¿Qué? —Casi me echo a reír—. ¿De qué hablas?*

*—Te hablo en serio —insiste—. He oído cómo mi madre decía cómo hacerlo para que las personas pudieran vivir bajo el agua, y le voy a pedir que me lo cuente, y entonces podemos vivir en el lago.*

*Suspiro.*

*—No podemos vivir en el lago, Ella.*

*—¿Por qué no? —Se da la vuelta y me mira con los ojos muy abiertos y sorprendentemente brillantes. De color verde azulado. Como el planeta, pienso. Como el mundo entero—. ¿Por qué no podemos vivir en el lago? Mi madre dice qu…*

*—Basta, Ella. Basta…*

Un sudor frío se me extiende por la frente. Uno escalofrío me recorre la piel. *Ella.*

Ella Ella Ella

Una y otra vez.

Todo en su nombre me empieza a resultar familiar. El movimiento de la lengua cuando formo la palabra, familiar. Es como si el recuerdo estuviera en el músculo, como si mi boca hubiera hecho esa forma miles de veces.

Me obligo a tomar una bocanada de aire para calmarme.

Tengo que encontrarla. Necesito encontrarla.

Esto es lo que sé:

Solo pasan treinta segundos para que desaparezca el sonido de los pasos por el pasillo, y siempre son iguales, misma distancia y misma cadencia, y eso significa que solo hay una persona vigilándome. Los pasos son largos y pesados, y eso significa que mi vigilante es alto, probablemente un hombre. Tal vez sea Max, si me han clasificado como un prisionero prioritario. Sin embargo, me han dejado desencadenado y no me han herido… ¿Por qué? Y aunque no me han dado ni cama ni manta, tengo acceso al agua del lavamanos.

No hay electricidad, enchufes ni cables. Pero debe de haber cámaras escondidas en algún lugar que observan cada uno de mis movimientos. Hay dos desagües, uno en el lavamanos y otro debajo del inodoro. Hay una ventana de un metro cuadrado, probablemente con cristal a prueba de balas, de unos ocho o diez centímetros de grosor, y una única rendija de ventilación en el suelo. La rendija no tiene tornillos visibles, lo cual significa que debe de estar atornillada por dentro, y las lamas son demasiado estrechas para mis dedos; las hojas de metal se ven bien soldadas. Con todo, solo se trata de una rendija con un nivel de seguridad medio. Un poco más

de tiempo y claridad, y encontraré la manera de sacarla y aprovechar sus partes. Al final, hallaré el modo de desmantelar todo lo que hay en esta habitación. Desmontaré el inodoro metálico y el lavamanos endeble. Construiré mis propias armas y encontraré la manera de desarmar lentamente y con cuidado los candados y las bisagras. O tal vez dañe las tuberías e inunde la habitación y el pasillo adyacente para obligar a alguien que venga a la puerta.

Cuanto antes manden a alguien a mi habitación, mejor. Si me han dejado solo en esta celda todo este tiempo, ha sido por su propia protección, no por mi sufrimiento. Destaco por mi habilidad en el combate cuerpo a cuerpo.

Me conozco. Conozco mi capacidad de soportar la tortura física y mental. Si quisiera, podría permitirme pasar dos o tal vez tres semanas privado de la comida envenenada y sobrevivir solo con agua antes de que perdiera la mente o la movilidad. Sé lo ingenioso que puedo ser si me dan la oportunidad y esto, este esfuerzo por contenerme, debe de ser agotador. Se han tomado muchas molestias para seleccionar estos sonidos, comidas y rituales, e incluso la férrea falta de comunicación.

No tiene sentido que se hayan tomado tantas molestias por una traición. No. Debo de estar en el purgatorio por otra cosa.

Escudriño mi cerebro en busca de un motivo, pero mis recuerdos son sorprendentemente vagos en lo que a Max y Evie se refiere. Todavía se están formando.

Con algo de dificultad, soy capaz de conjurar fogonazos de imágenes.

*Un breve apretón de manos con mi padre.*

*Un estallido de risas.*

*Un* crescendo *de música de vacaciones alegre.*

*Un laboratorio y mi madre.*

Me pongo rígido.

Un laboratorio y mi madre.

Concentro mis pensamientos, dirigiéndolos hacia ese recuerdo: *luces brillantes, pasos amortiguados, el sonido de mi propia voz haciéndole una pregunta a mi padre* y, entonces, con dolor…

Mi mente se queda en blanco.

Frunzo el ceño. Me miro las manos.

Nada.

Sé muchas cosas sobre los demás comandantes y sus familias. Era mi trabajo saberlo. Pero en lo que se refiere a Oceanía hay escasez de información, y por primera vez hace que me invada

una oleada de miedo. Hay dos líneas temporales fusionándose en mi mente, una vida con Ella y una vida sin ella, y todavía estoy aprendiendo a examinar la información para encontrar algo real.

Con todo, pensar en Max y Evie ahora parece forzar algo en mi cerebro. Es como si hubiera algo ahí, algo que no puedo alcanzar, y cuanto más obligo a mi mente a recordarlos, recordar sus caras y sus voces, más me duele.

*¿Por qué tomarse tantas molestias en encarcelarme?*

*¿Por qué no se han limitado a matarme?*

Tengo tantas preguntas que la cabeza me da vueltas.

Y, justo entonces, la puerta traquetea. El sonido de metal contra metal es agudo y abrasivo, y es como si me lijaran los nervios.

Oigo cómo abren el cerrojo y me siento inusualmente calmado. Me hicieron para llevar esta vida, para gestionar sus golpes y sus maneras sádicas y enfermizas. Nunca le he temido a la muerte.

Pero cuando la puerta se abre me doy cuenta de mi error.

Me he imaginado mil escenarios distintos. Me he preparado para un sinnúmero de oponentes. Pero no me había preparado para esto.

—Hola, cumpleañero —dice él, y se ríe mientras avanza hacia la luz—. ¿Me echabas de menos?

Y, de pronto, soy incapaz de moverme.

# ~~JULIETTE~~
# ELLA

*—Parad… Parad ya, por Dios, es asqueroso —exclama Emmaline—. Parad. ¡Dejad de tocaros! Sois asquerosos.*

*Papá le pellizca el culo a mamá, justo enfrente de nosotros.*

*—¡Por Dios, he dicho que paréis! —grita Emmaline.*

*Es sábado por la mañana, y los sábados por la mañana es cuando hacemos tortitas, pero mamá y papá no acaban de cocinar nada porque no dejan de besuquearse. Emmaline lo odia.*

*Yo creo que es bonito.*

*Me siento a la encimera y apoyo la cara en las manos mientras observo. Prefiero mirar. Emmaline intenta que trabaje, pero no quiero. Prefiero sentarme que trabajar.*

*—Nadie hace las tortitas —protesta Emmaline, y se da la vuelta tan enfadada que tumba un bol lleno de masa al suelo—. ¿Por qué estoy haciendo yo todo el trabajo?*

*Papá se ríe.*

*—Cariño, estamos todos juntos —dice mientras recoge el bol del suelo—. ¿No es eso más importante que las tortitas? —Agarra un puñado de servilletas.*

*—No —insiste Emmaline, enfadada—. Se suponía que íbamos a hacer tortitas. Es sábado, y eso significa que deberíamos estar haciendo tortitas, y tú y mamá solo os estáis besando, y Ella es una vaga…*

*—Eh… —respondo, y me pongo en pie.*

*—… y nadie está haciendo lo que se supone que debería estar haciendo, y lo estoy haciendo yo todo sola…*

*Mamá y papá se ríen.*

*—¡No tiene gracia! —lloriquea Emmaline, que ahora grita con lágrimas que le corren por la cara—. No tiene gracia y no me gusta que nadie me haga caso, y no…*

✣ ✣ ✣

Hace dos semanas, estaba tumbada en una mesa de operaciones, inerte, desnuda y con sangre que se me derramaba por un agujero en la sien del tamaño de una herida de bala. Tenía la visión

borrosa. No podía oír mucho más allá del sonido de mi propia respiración, caliente y pesado y omnipresente, que se apoderaba de mí y de mi alrededor. De pronto, apareció Evie. Me estaba observando; parecía frustrada. Había estado intentando completar el proceso de recalibración física, como lo llamaba ella.

Por alguna razón, no podía completar el trabajo.

Ya había vaciado el contenido de dieciséis jeringuillas en mi cerebro, y me había hecho varias pequeñas incisiones en el abdomen, en los brazos y en los muslos. No vi con claridad lo que hizo a continuación, pero hablaba de vez en cuando mientras trabajaba, y me informó de que los simples procedimientos quirúrgicos que estaba llevando a cabo me fortalecerían las articulaciones y me reforzarían los músculos. Quería que fuera más fuerte, que fuese más resiliente a nivel celular. Era una medida preventiva, me dijo. Estaba preocupada por que mi constitución fuera demasiado endeble, por que mis músculos se pudieran degenerar prematuramente ante la exposición a desafíos físicos intensos. No lo dijo, pero lo noté: quería que fuera más fuerte que mi hermana.

—Emmaline —susurré.

Era una suerte que estuviera demasiado cansada, demasiado rota, demasiado sedada como para hablar con claridad. Era una suerte que solo estuviera ahí tumbada; los ojos se me abrían y se me cerraban, y mis labios agrietados me impedían pronunciar algo más que mi nombre en un murmullo. Era una suerte que no pudiera entender, de inmediato, que todavía era yo misma. Que todavía lo recordaba todo, a pesar de las promesas de Evie de disolver lo que quedaba de mi mente.

Aun así, había dicho la palabra equivocada.

Evie detuvo lo que estaba haciendo. Se inclinó sobre mi cara y me observó a unos centímetros de mi nariz.

Pestañeé.

*No lo hagas*

Aquellas palabras aparecieron en mi cabeza como si las hubieran plantado ahí hace tiempo, como si estuviera recordando, recordando

Evie se echó hacia atrás e inmediatamente empezó a hablarle a un aparato que llevaba atado en el puño. Hablaba en voz baja y áspera, y no entendí lo que estaba diciendo.

Volví a parpadear, confundida. Abrí la boca para decir algo, y en ese momento…

*No lo hagas*

Aquel pensamiento me vino con más fuerza esa vez.

Un momento después, tenía a Evie de nuevo en mi cara, esta vez taladrándome con preguntas.

*quién eres*
*dónde estás*
*cómo te llamas*
*dónde naciste*
*cuántos años tienes*
*quiénes son tus padres*
*dónde vives*

De pronto, estaba lo bastante consciente como para entender que Evie estaba comprobando su trabajo. Quería asegurarse de que había limpiado por completo mi cerebro. No estaba segura de lo que se suponía que tenía que hacer o decir, así que no dije nada.

En su lugar, parpadeé.

Mucho.

Evie al final se separó a regañadientes, pero no parecía convencida del todo de mi estupidez. Y entonces, cuando creía que tal vez me matara para asegurarse, se detuvo. Se quedó mirando la pared.

Y se marchó.

Me quedé temblando sobre la mesa de operaciones durante veinte minutos antes de que la habitación se llenara de gente. Me desataron el cuerpo, me lavaron y me taparon las heridas abiertas.

Creo que estaba gritando.

Al final, la combinación de dolor, cansancio y el goteo lento de opiáceos me invadió, y me desmayé.

Nunca entendí lo que pasó ese día.

No podía preguntar, Evie nunca me lo explicó y esa extraña voz nítida de mi cabeza no regresó. Pero, claro, Evie me sedó tanto durante mis primeras semanas en esta instalación que es imposible que pudiera ocurrir.

Hoy, por primera vez desde ese día, la vuelvo a oír.

Estoy de pie en medio de mi habitación con ese vaporoso vestido amarillo todavía en las manos cuando la voz me asalta.

Me deja sin aliento.

*Ella*

Me doy la vuelta, con la respiración agitada. La voz es mucho más alta que nunca, y su intensidad me asusta. Tal vez estaba equivocada sobre el experimento de Evie, tal vez esto forma parte de él, tal vez tener alucinaciones y oír voces sea previo al olvido…

*No*

—¿Quién eres? —pregunto, y suelto el vestido, que cae al suelo. Se me ocurre, como si me viera desde fuera, que estoy en ropa interior, gritándole a una habitación vacía, y un escalofrío abrupto me recorre todo el cuerpo.

Me paso el vestido amarillo por la cabeza con un movimiento brusco y siento sus capas livianas y etéreas como seda sobre la piel. En otro momento de la vida, este vestido me habría encantado. Es bonito y cómodo, la combinación perfecta. Pero no hay tiempo para ese tipo de frivolidades.

Hoy este vestido es solo una parte del papel que tengo que interpretar.

La voz de mi cabeza se ha callado, pero todavía tengo el corazón desbocado. Siento que me muevo solo por instinto, me calzo rápidamente un par de zapatillas deportivas blancas y me ato los cordones con fuerza. No sé por qué, pero hoy, en este instante, por alguna razón, tengo la sensación de que tal vez deba echar a correr.

*Sí*

Yergo la espalda.

La adrenalina me corre por las venas y siento los músculos contraídos, ardiendo con una intensidad que me parece completamente nueva; es la primera vez que noto algún efecto positivo de las intervenciones de Evie. Es como si me hubieran injertado esta fuerza en los huesos, como si pudiese lanzarme al vacío, como si pudiera escalar una pared con una mano.

He experimentado antes la superfuerza, pero siempre sentí que esa fuerza venía de otro lugar, como algo que debiese aprovechar y utilizar. Sin mis habilidades sobrenaturales, cuando apagué mis poderes, me quedé con un cuerpo endeble y común. Había estado desnutrida durante años, obligada a soportar unas condiciones físicas y mentales extremas, y mi cuerpo sufría los efectos. Solo empecé a aprender los ejercicios y el acondicionamiento físico apropiados hace dos meses, y, aunque el progreso que he hecho ha ayudado, solo era el primer paso en la dirección correcta.

Pero esto…

Lo que he me ha hecho Evie… es algo distinto.

Hace dos semanas, tenía tanto dolor que apenas me podía mover. A la mañana siguiente, cuando por fin me pude tener en pie, no vi ningún cambio discernible en mi cuerpo, más allá de tener siete tonos de lila de la cabeza a los pies. Todo estaba amoratado. Era un calvario andante.

Evie me dijo, como mi doctora, que me mantenía sedada para obligarme a estarme quieta con el fin de curarme más rápido, pero no tenía ningún motivo para creerle. Todavía no lo tengo. Pero esta es la primera vez en dos semanas que me siento casi normal. Los moratones apenas se ven. Solo los sitios de las incisiones, los puntos de entrada más dolorosos, están un poco amarillos aún.

Ni tan mal.

Aprieto los puños y me siento poderosa, poderosa de verdad, incluso con las esposas brillantes atadas alrededor de las muñecas y los tobillos. He echado de menos mis poderes con desesperación, los he echado de menos más de lo que creía que podía echar de menos algo que me había pasado años odiando de mí misma. Pero por primera vez en semanas, me siento fuerte. Sé que Evie me ha hecho esto, les ha hecho esto a mis músculos, y sé que debería desconfiar, pero me siento tan bien por estar bien que prácticamente no puedo evitar deleitarme.

Y, ahora mismo, me siento como si pudiera…

*Corre*

Me quedo quieta.

*CORRE*

—¿Qué? —susurro girándome para inspeccionar las paredes y el techo—. ¿Correr a dónde?

*Afuera*

Esa palabra retumba en mi interior, reverbera en mi caja torácica. *Afuera.* Como si fuese tan fácil, como si pudiese girar el pomo y librarme de esta pesadilla. Si fuera tan fácil salir de esta habitación, ya lo habría hecho. Pero Evie refuerza los candados de mi puerta con múltiples capas de seguridad. Solo he visto la mecánica una vez, cuando me devolvió a la habitación después de permitirme observar el exterior durante unos minutos. Además de las cámaras discretas y los lectores de retina, hay un escáner biométrico que lee las huellas de Evie para darle acceso a la habitación. Me he pasado horas intentando abrir la puerta de mi habitación, en balde.

*Afuera*

Otra vez esa palabra, alta y clara en mi cabeza. Hay algo horripilante en la esperanza que serpentea por mi interior al pensar en escapar. Se aferra y tira y me tienta a que esté lo suficientemente loca como para hacerles caso a las absurdas alucinaciones que atacan mi mente.

«Podría ser una trampa», pienso.

Todo podría ser obra de Evie. Podría estar entrando en su juego.

Aun así.

No puedo evitarlo.

Cruzo la habitación con grandes zancadas. Vacilo con la mano sobre el pomo y, con una exhalación final, sucumbo.

La puerta se abre con facilidad.

Me quedo de pie en el umbral con el corazón latiendo con fuerza. Una corriente de sentimientos emocionantes me recorre, y miro alrededor, desesperada, estudiando los múltiples pasillos que surgen ante mí.

Parece imposible.

No tengo ni idea de dónde ir. No tengo ni idea de si estoy loca por hacerle caso a una voz manipuladora de mi cabeza después de que la psicótica de mi madre se haya pasado horas inyectándome cosas en la mente.

Solo empiezo a poner en duda mis reticencias cuando recuerdo que la primera vez que oí esa voz fue la noche que llegué, momentos antes de que Evie empezara a torturarme.

*Morir*

Eso es lo que me dijo la voz la primera noche. *Morir*.

Estaba tumbada en la mesa de operaciones, incapaz de moverme o de hablar. Solo podía gritar dentro de mi cabeza y quería saber dónde estaba Emmaline. Intenté gritarlo.

*Morir,* había dicho la voz.

Un miedo frío y paralizante me llena la sangre.

—¿Emmaline? —susurro—. ¿Eres tú?

*Ayuda*

Doy un confiado paso hacia delante.

# WARNER

—Llego pronto —dice—. Sé que tu cumpleaños es mañana, pero no me podía esperar más.

Me quedo mirando a mi padre como si fuera un fantasma. O, peor, un *poltergeist*. No consigo pronunciar palabra, y por alguna razón a él no parece importarle mi silencio.

Y entonces…

Sonríe.

Es una sonrisa verdadera, una que suaviza sus rasgos e ilumina sus ojos. Estamos en lo que parece una sala de estar, un espacio iluminado con sofás afelpados, sillas, una mesa redonda y un pequeño escritorio en una esquina. En el suelo se extiende una alfombra gruesa. Las paredes son de un amarillo pálido placentero y el sol se filtra por las grandes ventanas. La silueta de mi padre se recorta contra la luz. Parece un ser etéreo. Brilla como si fuese un ángel.

Este mundo tiene un retorcido sentido del humor.

Me ha lanzado una bata cuando ha entrado en la celda, pero no me ha ofrecido nada más. No me ha dado la oportunidad de cambiarme. No me ha ofrecido comida ni agua. Me siento casi desnudo, vulnerable, sentado enfrente de él, vestido con solo ropa interior fría y una bata fina. Ni siquiera llevo calcetines. Ni zapatillas. Nada.

Y solo me puedo imaginar mi aspecto actual, teniendo en cuenta que han pasado un par de semanas desde la última vez que me afeité o me corté el pelo. Me las he apañado para mantenerme limpio en prisión, pero tengo el pelo un poco más largo ahora. No como solía llevarlo, pero se le acerca. Y mi cara…

Me toco la cara casi de manera inconsciente.

Estas últimas dos semanas, tocarme la cara se ha convertido un poco en una costumbre. Tengo barba. No es muy abundante, pero lo suficiente como para sorprenderme cada vez. No tengo ni idea de cómo debe de ser mi aspecto actual.

Indómito, tal vez.

—Se suponía que estabas muerto —le digo al final.

—Sorpresa —me responde, y sonríe.

Me limito a observarlo.

Mi padre se reclina contra la mesa y se mete las manos en los bolsillos del pantalón de una manera que le da un aire juvenil.

Precioso.

Hace que me ponga enfermo.

Desvío la mirada y examino la habitación en busca de ayuda. De detalles. De algo que me centre, algo que me explique su presencia, algo que me arme contra lo que pueda venir.

No encuentro nada.

Él se ríe.

—¿Sabes? Podrías ponerte en pie para mostrar algo más de emoción. Pensaba que estarías contento de verme.

Eso me llama la atención.

—Te has equivocado —le aseguro—. Me alegré cuando me dijeron que estabas muerto.

—¿Seguro? —Ladea la cabeza—. ¿Estás seguro de que no has derramado ni una sola lágrima por mí? ¿No me has echado de menos ni un poquito?

Solo me hace falta vacilar un instante. El medio segundo de retraso durante el cual recuerdo las semanas que pasé encerrado en una prisión de medio duelo, odiándome por llorarlo y odiándome porque me importara lo más mínimo.

Abro la boca para hablar y me interrumpe con una sonrisa triunfante.

—Sé que esto debe de ser un poco desconcertante. Y sé que vas a fingir que no te importa. Pero los dos sabemos que tu corazón sangrante siempre ha sido la fuente de todos nuestros problemas, y no sirve de nada intentar negarlo ahora. Así que seré generoso y te ofrezco pasar por alto tu comportamiento traicionero.

Yergo la espalda.

—No pensabas que lo iba a olvidar así como así, ¿verdad? —Mi padre ha dejado de sonreír—. Intentar derrocarme a mí, mi gobierno, mi continente, y luego hacerte a un lado como un montón de basura patética mientras tu novia intenta asesinarme… ¿Y creías que no te lo mencionaría nunca?

No puedo mirarlo más. No puedo soportar la imagen de su cara, tan parecida a la mía. Su piel todavía es perfecta, inmaculada. Como si no lo hubieran herido nunca. Como si no le hubieran disparado en la frente.

No lo entiendo.

—¿No? ¿Todavía no sientes la inspiración para responder? —me pregunta—. En ese caso, tal vez seas más listo de lo que pensaba.

Ahí está. Eso suena más como él.

—Pero el hecho es que ahora estamos en una encrucijada complicada. Tuve que pedir varios

favores para que te transportaran aquí ileso. El consejo iba a votar para que te ejecutaran por traición, y fui capaz de convencerlos de lo contrario.

—¿Para qué te ibas a molestar?

Sus ojos se entrecierran mientras me evalúa.

—Te salvo la vida y ¿esta es tu reacción? ¿Insolencia? ¿Ingratitud?

—¿Este es tu concepto de salvarme la vida? —le espeto con aspereza—. ¿Arrojarme a una prisión y que me envenenen hasta la muerte?

—Eso habría sido toda una consideración. —Su mirada se vuelve fría—. Estarías mejor muerto si esas circunstancias bastaran para romperte.

No respondo.

—Además, te teníamos que castigar de algún modo. Tus acciones no podían quedar impunes. —Mi padre desvía la mirada—. Hemos tenido muchos problemas que limpiar —dice al final—. ¿Dónde crees que he estado todo este tiempo?

—Como te he dicho, creía que estabas muerto.

—Cerca, pero no. De hecho —dice, tomando aire—, he pasado mucho tiempo convaleciente. Aquí. Me trajeron en avión aquí, donde los Sommers me han estado reviviendo. —Se levanta el bajo del pantalón y veo el brillo plateado del metal donde antes tenía el tobillo—. Pies nuevos —añade, y se ríe—. ¿Te lo puedes creer?

No. No me lo puedo creer.

Estoy conmocionado.

Sonríe con una clara satisfacción por mi reacción.

—Dejamos que tú y tus amigos pensarais que habíais obtenido una victoria el tiempo suficiente como para darme tiempo a recuperarme. Enviamos al resto para distraeros, para fingir que el Restablecimiento podía aceptar de verdad a su nueva autoproclamada comandante. —Niega con la cabeza—. Una niña de diecisiete años que se declara a sí misma gobernadora de América del Norte —dice, casi para sí mismo. Y entonces levanta la vista—. Esa chica es toda una creación, ¿verdad?

El pecho se me hincha de pánico.

—¿Qué le has hecho? ¿Dónde está?

—No. —La sonrisa de mi padre desaparece—. De ninguna de las maneras.

—¿Eso qué significa?

—Significa «de ninguna de las maneras». Esa chica se acabó. Se ha ido. Ya no habrá más tardes especiales con tus colegas del Punto Omega. Ya no habrá más carreras por ahí desnudo

con tu noviecilla. Ya no habrá más sesiones de sexo por la tarde cuando deberías estar trabajando.

Me siento enfermo y furioso a la vez.

—No te atrevas… No vuelvas a hablar de ella así. No tienes derecho…

Mi padre suspira, largo y alto. Masculla algo infame.

—¿Cuándo vas a parar con esto? ¿Cuándo se te va a pasar?

Reúno todas mis fuerzas para contener mi furia. Para sentarme aquí tranquilo y no decir nada. De algún modo, mi silencio empeora las cosas.

—Maldita sea, Aaron. —Se pone en pie—. Sigo esperando que pases página. Que la olvides. Que evoluciones —me dice prácticamente gritando—. Ya ha pasado más de una década con estas tonterías.

«Más de una década».

Un desliz.

—¿A qué te refieres —pregunto, escudriñándolo con cuidado— con que ha pasado más de una década?

—Estoy exagerando —contesta, mascullando entre dientes—. Exagerando para enfatizar.

—Mentiroso.

Por primera vez, la incertidumbre centellea en los ojos de mi padre.

—¿Lo vas a admitir? —pregunto en voz baja—. ¿Vas a admitir lo que ya sé?

Aprieta la mandíbula. No dice nada.

—Admítelo —insisto—. Juliette era un apodo. Juliette Ferrars es en realidad Ella Sommers, la hija de Evie y Maximillian Som…

—¿Cómo…? —Mi padre se contiene. Desvía la mirada y luego, de pronto, vuelve a mirarme. Parece estar decidiendo algo.

Al final, asiente lentamente.

—¿Sabes qué? Es mejor así. Es mejor que lo sepas —dice en voz baja—. Es mejor para que puedas entender exactamente por qué no la vas a volver a ver nunca.

—No eres tú quien lo decide.

—¿No soy yo quien lo decide? —La furia brilla por un instante en sus ojos, su máscara inexpresiva se derrumba rápidamente—. Esa chica ha sido la cruz de mi existencia durante doce años —sigue—. Me ha causado más problemas de los que puedas siquiera imaginar, el menor de ellos distraer al idiota de mi hijo durante gran parte de la última década. A pesar de todos mis esfuerzos por manteneros separados, de extirpar este cáncer de nuestras vidas, has insistido, una

y otra vez, en enamorarte de ella. —Me mira a los ojos, los suyos desorbitados por la ira—. Nunca estuvo destinada a estar contigo. Nunca estuvo destinada a nada de todo esto. Esa chica estaba sentenciada a morir —asegura en tono agresivo— en el momento en que le puse el nombre de Juliette.

El corazón me late con tanta fuerza que parece que esté en un sueño. Esto debe de ser una pesadilla. Tengo que obligarme a hablar.

—¿De qué estás hablando?

La boca de mi padre se contrae en un amago de sonrisa.

—Ella fue diseñada para convertirse en una herramienta de guerra. Tanto Ella como su hermana, desde el principio. Décadas antes de que tomáramos el control, las enfermedades empezaban a asolar a la población. El gobierno intentaba enterrar la información, pero nosotros lo sabíamos. Vi los documentos clasificados. Rastreé uno de los búnkeres secretos. La gente padecía, se metamorfoseaba… Tanto era así que parecía que fuera la siguiente fase de evolución. Solo Evie tuvo la entereza para ver la enfermedad como una herramienta. Fue la primera que empezó a estudiar a los antinaturales. Fue la razón por la que creamos los manicomios, quería tener acceso a más variedades de la enfermedad, y fue la que descubrió cómo aislar y reproducir el ADN extraño. Fue idea suya utilizar sus avances para ayudar a nuestra causa. Ella y Emmaline —dice enfadado— estaban destinadas a ser los experimentos científicos de Evie. Ella nunca estuvo destinada a ti. ¡Nunca estuvo destinada a nadie! —grita—. Sácatela de la cabeza.

Estoy paralizado en tanto las palabras se asientan a mi alrededor, en mi interior. Esa revelación no es completamente nueva y, aun así, el dolor es reciente. El tiempo parece ralentizarse, acelerarse, girar hacia atrás. Se me cierran los ojos. Mis recuerdos se juntan y se expanden, explotando con un significado renovado mientras me asaltan, todos a la vez…

*Ella a través del tempo.*

Mi amiga de la infancia.

Ella, arrancada de mi lado cuando tenía siete años. Ella y Emmaline, que me dijeron que se habían ahogado en el lago. Me dijeron que olvidara, que olvidara que habían existido y, al final, cansados de responder a mis preguntas, me dijeron que me pondrían las cosas más fáciles. Seguí a mi padre hacia una habitación donde me prometió que me lo contaría todo.

Y entonces…

*Estoy atado a una silla, la cabeza sujeta por pesadas abrazaderas de metal. Unas luces brillantes centellean y zumban por encima de mí.*

*Oigo el pitido de los monitores, el sonido amortiguado de voces a mi alrededor. La habitación*

*parece grande y cavernosa, brillante. Oigo los sonidos altos y desconcertantes de mi propia respiración y los latidos fuertes y pesados de mi corazón. Doy un brinco cuando noto la desagradable mano de mi padre en el brazo, que me dice que pronto me sentiré mejor.*

Levanto la vista hacia él como si saliera de un sueño.

—¿Qué pasa? —pregunta—. ¿Qué acaba de pasar?

Separo los labios, preguntándome si es seguro confesarle la verdad.

Decido que estoy cansado de mentiras.

—He estado recordándola —le digo.

El rostro de mi padre se queda inesperadamente inexpresivo, y es la única reacción que necesito para entender la pieza final que me faltaba.

—Me has estado robando los recuerdos —añado con un tono anormalmente tranquilo—. Todos estos años. Has estado alterando mi mente. Eras tú.

No responde nada, pero puedo ver la tensión de su mandíbula, el pálpito repentino de una vena bajo su piel.

—¿Qué estás recordando?

Niego con la cabeza, conmocionado mientras lo miro.

—Debería haberlo sabido. Después de todo lo que me has hecho… —Me detengo, la visión se me mueve, desenfocada durante unos instantes—. Claro que no me dejarías ser dueño de mi propia mente.

—¿Qué estás recordando exactamente? —insiste, casi incapaz de controlar la rabia de su voz —. ¿Qué más sabes?

Al principio, no siento nada.

Me he entrenado demasiado bien. Los años de práctica me han enseñado a enterrar mis emociones en un acto reflejo, especialmente en su presencia, y tardo unos segundos en permitir que mis sentimientos emerjan. Se forman lentamente, una infinidad de manos que se levantan de una infinidad de tumbas para avivar las llamas de una rabia antigua que nunca me he dejado tocar.

—Me robaste mis recuerdos de ella —digo con voz calmada—. ¿Por qué?

—Siempre tan obcecado con la chica. —Me mira—. Ella no es el centro de todo, Aaron. Te robé los recuerdos de muchas cosas.

Estoy negando con la cabeza. Me pongo de pie despacio, por fin fuera de mi mente y completamente en calma, y me preocupa durante unos segundos que pueda expirar por la fuerza de todo lo que siento por él. Un odio tan profundo que me podría hervir vivo.

—¿Por qué harías algo así si no es para torturarme? Sabías lo que sentía por ella. Lo hiciste a propósito. Juntándonos para luego separarnos… —Me detengo de repente. La comprensión se ilumina, brillante y perforante, y lo miro, incapaz de creer la profundidad de su crueldad—. Pusiste a Kent bajo mi comando a propósito —deduzco.

Mi padre me mira a los ojos con una expresión vacía. No dice nada.

—Me cuesta creer que desconocieras el paradero de tus hijos bastardos —le digo—. No me creo ni por un momento que no estuvieras monitorizando cada movimiento de Kent. Debías de saber lo que hacía con su vida. Te debieron de notificar en el momento que se alistó.

»Podrías haberlo enviado a cualquier lado —continúo—. Tenías el poder para hacerlo. En vez de eso, dejaste que se quedara en el sector 45, bajo mi jurisdicción, a propósito. ¿No es así? Y cuando le dijiste a Delalieu que me mostrara esos archivos, cuando vino y me convenció de que Kent sería el compañero de celda perfecto para Juliette porque había pruebas de que la conocía de antes, que habían ido juntos a la escuela…

De repente, mi padre sonríe.

—Siempre he intentado decírtelo —me contesta suavemente—. He intentado decirte que dejaras de permitir que tus emociones guiaran tu mente. Una y otra vez, intenté enseñarte, pero nunca me hiciste caso. Nunca aprendiste. —Niega con la cabeza—. Si ahora sufres, es porque te lo has buscado tú solo. Te has convertido en un objetivo fácil.

Estoy aturdido.

De alguna manera, incluso después de todo, consigue descolocarme.

—No entiendo cómo puedes estar ahí, defendiendo tus acciones, después de haber pasado veinte años torturándome.

—Lo único que he hecho es intentar enseñarte una lección, Aaron. No quería que acabaras como tu madre. Ella era débil, igual que tú.

Tengo que matarlo.

Lo visualizo: visualizo cómo sería sujetarlo en el suelo, apuñalarlo varias veces en el corazón, ver cómo la luz se desvanece de sus ojos, sentir cómo su cuerpo se enfría bajo mis manos.

Espero la llegada del miedo.

De la repulsa.

De los remordimientos.

No llegan.

No tengo ni idea de cómo ha sobrevivido al último atentado contra su vida, pero ya no me importa saber la respuesta. Lo quiero muerto. Quiero ver cómo su sangre me encharca las manos.

Quiero rebanarle el pescuezo.

Localizo un abrecartas en el escritorio cercano, y, en el mismo instante en que me lanzo a por él, mi padre se ríe.

Se ríe.

Alto y fuerte. Se dobla por la mitad con una mano apoyada en el costado. Cuando levanta la vista, hay lágrimas en sus ojos.

—¿Has perdido la cabeza? —me pregunta—. Aaron, no seas ridículo.

Doy un paso adelante con el abrecartas agarrado levemente en el puño y espero con cautela el momento que entienda que lo voy a matar. Quiero que sepa que voy a ser yo. Quiero que sepa que al fin obtendrá lo que quería.

Que al final me ha roto.

—Cometiste un error al perdonarme la vida —murmuro—. Cometiste un error al mostrar tu rostro. Cometiste un error al pensar que me podías pedir que volviera, después de todo lo que has hecho…

—Me malinterpretas. —Vuelve a estar erguido y la risa se le ha evaporado del rostro—. No te estoy pidiendo que vuelvas. No te queda otra opción.

—Bien. Eso lo hace más fácil.

—Aaron. —Niega con la cabeza—. No estoy desarmado. Tengo la completa intención de matarte si te pasas de la raya. Y aunque no pueda decir que matar a mi hijo sea mi manera favorita de pasar la mañana, no significa que no vaya a hacerlo. Así que tienes que detenerte y pensar durante un momento, antes de que des un paso adelante y te abalances al suicidio.

Lo examino. Mis dedos se aprietan alrededor del arma que tengo en la mano.

—Dime dónde está —le pido— y valoraré perdonarte la vida.

—Iluso. ¿No me has estado escuchando? Se ha ido.

Me pongo rígido. Lo que sea que quiera decir con eso, no está mintiendo.

—¿Se ha ido a dónde?

—Ido —responde, enfadado—. Marchado. La chica que conocías ya no existe.

Saca un mando del bolsillo de la chaqueta y apunta hacia la pared. Una imagen aparece de inmediato, proyectada de otro lugar, y el sonido que llena la habitación es tan repentino, tan estremecedor e inesperado, que casi hace que me caiga de rodillas.

Es Ella.

Está gritando.

La sangre le sale por la boca abierta que grita, los sonidos agonizantes interrumpidos solo por

los sollozos agitados que le provocan exhalaciones irregulares llenas de dolor del cuerpo. Tiene los ojos medio abiertos, delirantes, y miro cómo la desatan de una silla y la arrastran hasta una camilla. Los espasmos de su cuerpo, sus brazos y sus piernas, que se mueven descontrolados. Lleva puesta una bata de hospital blanca con los lazos desatados y el tejido fino empapado con su propia sangre.

Las manos me tiemblan incontroladamente mientras miro, su cabeza se sacude adelante y atrás, su cuerpo forcejea contra las correas. Vuelve a gritar y una onda de dolor me atraviesa, tan lacerante que casi me dobla en dos. Y entonces, rápidamente, como salido de la nada, alguien se adelanta y le clava una jeringuilla en el cuello.

Ella se queda quieta.

Su cuerpo está congelado, su rostro paralizado en un último momento de agonía antes de que la droga surta efecto y se desplome. Sus gritos se transforman en gemidos bajos y constantes. Grita, incluso mientras se le cierran los ojos.

Me encuentro fatal.

Me tiemblan las manos con tanta fuerza que ya no puedo cerrar el puño y veo, como si fuera en la distancia, cómo el abrecartas cae al suelo. Me quedo quieto, luchando contra las ganas de vomitar, pero esa acción me provoca un escalofrío que me desorienta tanto que casi pierdo el equilibrio. Lentamente, me giro para mirar a mi padre, cuyos ojos son inescrutables.

Tardo dos intentos antes de ser capaz de formar una única palabra:

—¿Cómo?

Niega con la cabeza, la viva imagen de la compasión de mentira.

—Estoy intentando que lo entiendas. Esto —dice, señalando la pantalla con la cabeza— es a lo que está destinada. Para siempre. Deja de imaginarte una vida con ella. Deja de pensar en ella como si fuera una persona…

—Esto no puede estar pasando —lo interrumpo. Me siento fuera de control. Trastocado—. Dime que no es real. ¿Qué me estás haciendo? ¿Es esto…?

—Claro que es real —responde—. Juliette se ha ido. Ella se ha ido. Es como si estuviera muerta. Le borraron la mente hace semanas. Pero tú —continúa— todavía tienes una vida que vivir. ¿Me estás escuchando? Tienes que recomponerte.

Pero no puedo oírlo por encima del sonido de los sollozos de Ella.

Todavía está llorando; el sonido es más suave, más triste, más desesperado. Parece aterrorizada. Pequeña y desamparada mientras unas manos le vendan las heridas abiertas de los brazos y la parte de atrás de las piernas. Observo mientras le ponen en las muñecas y en los

tobillos unas esposas de metal que brillan. Gimotea una vez más.

Y siento que pierdo la cabeza.

No puede ser. Oír su grito, ver cómo lucha por su vida, observar cómo se ahoga con su propia sangre mientras yo estoy aquí, sin poder hacer nada por ayudarla…

Jamás podré olvidar ese sonido.

No importa lo que ocurra, no importa a dónde huya: esos gritos, sus gritos, me perseguirán siempre.

—¿Querías que viera esto? —susurro; apenas puedo hablar—. ¿Por qué querías que lo viera?

Me dice algo. Me grita algo. Pero, de repente, estoy sordo.

Los sonidos del mundo parecen deformados, lejanos, como si me hubieran sumergido la cabeza bajo el agua. El fuego de mi cerebro se ha extinguido y lo ha reemplazado una absoluta y repentina calma. Una sensación de determinación. Sé lo que necesito hacer ahora. Y sé que no hay nada, nada que no hiciera por ella.

Lo noto, noto cómo mi fina moral se disuelve. Siento cómo mi endeble piel humana comida por los bichos se desgarra, y con ello el velo que me protegía de la oscuridad completa. Ya no hay líneas que no vaya a cruzar. Ninguna ilusión de piedad.

Quería ser mejor por ella. Por su felicidad. Por su futuro.

Pero, si se ha ido, ¿qué tiene de bueno la bondad?

Tomo una bocanada de aire para calmarme. Me siento extrañamente liberado, ya no estoy atado a la obligación de ser decente. Y, con un solo movimiento, recojo el abrecartas que he dejado caer al suelo.

—Aaron —dice, la voz teñida de advertencia.

—No quiero oírte hablar —le espeto—. No quiero que me vuelvas a dirigir la palabra jamás.

Lanzo el arma antes incluso de que las palabras salgan de mi boca. Vuela rápido, y disfruto del segundo que zumba por el aire. Disfruto de la manera en que el segundo se expande, explotando en la rareza del tiempo. Todo parece ir a cámara lenta. Mi padre abre los ojos en una muestra inusual de sorpresa desenmascarada, y yo sonrío ante el sonido de su exhalación cuando el arma encuentra su objetivo. Estaba apuntándole a la yugular, y parece ser que mi puntería no ha fallado. Se ahoga, le sobresalen los ojos mientras sus manos se mueven, temblorosas, para arrancar el abrecartas del lugar donde se ha clavado en su cuello.

Tose, de pronto, y salpica de sangre todo a su alrededor, y con algo de esfuerzo es capaz de sacárselo. Sangre fresca le corre por la camisa y le rezuma de la boca. No puede hablar, la hoja le ha penetrado la laringe. En su lugar, jadea, todavía ahogándose, abriendo la boca y cerrándola

como un pez que se muere.

Se cae de rodillas.

Sus manos se aferran al aire, las venas le palpitan bajo la piel, y me acerco a él. Lo observo mientras suplica, en silencio, por algo, y acto seguido lo derribo con la mano y me guardo las dos pistolas que encuentro escondidas en su cuerpo.

—Disfruta del infierno —susurro antes de irme.

Nada importa ya.

Tengo que encontrarla.

# ~~JULIETTE~~
# ELLA

*Izquierda.*

*Derecha.*

*Recto.*

*Izquierda.*

Las órdenes hacen que mis pies se sigan moviendo por el pasillo. Esta instalación es enorme. Gigantesca. Mi habitación era tan corriente que el aspecto real de este recinto es estremecedor. Una infraestructura abierta revela varias decenas de plantas, pasillos y escaleras que se entrelazan como pasos a nivel y autopistas. El techo parece estar a kilómetros de distancia, alto, arqueado e intrincado. Barras desnudas de acero se entrecruzan con pasillos limpios blancos que se encuentran alrededor de un patio interior abierto. No tenía ni idea de que estaba a tanta altura. Y, de alguna manera, gracias a que el edifico es tan inmenso, todavía no me han localizado.

Las cosas se están poniendo más inquietantes con cada minuto que pasa.

No veo a nadie mientras avanzo; me ordenan que corra, me detenga o me esconda justo a tiempo de esquivar a alguien. Es asombroso. Llevo andando por lo menos veinte minutos, y no parece ser que me esté acercando a nada. No tengo ni idea de dónde estoy ni de lo que debería hacer, y no hay ninguna ventana cerca. Todo el complejo parece una prisión dorada.

Un largo rato de silencio con mi amiga imaginaria empieza a ponerme nerviosa. Creo que esa voz puede ser de Emmaline, pero todavía no me lo ha confirmado. Y, aunque quiero decir algo, me siento tonta hablando en voz alta. Así que solo hablo en mi mente cuando digo:

*¿Emmaline? ¿Estás ahí?*

No obtengo respuesta.

Llego a mi estado máximo de nervios y dejo de andar.

*¿A dónde me llevas?*

Esta vez, la respuesta llega de inmediato:

*Escapar*

*¿Nos estamos acercando?*, pregunto.

*Sí*

Tomo aire y sigo adelante, pero siento cómo un insidioso sentimiento de pavor se filtra en mis sentidos. Cuanto más camino, por pasillos y escaleras interminables, más cerca parece que esté de llegar a algo, algo que me llena de miedo. No puedo explicarlo.

Claramente, estoy yendo bajo tierra.

Las luces se vuelven más tenues mientras avanzo. Los pasillos se empiezan a hacer más estrechos. Las ventanas y las escaleras empiezan a desaparecer. Y solo sé que me estoy acercando a las entrañas del edificio cuando las paredes cambian. Ya no son lisas y blancas como en los pisos superiores. Aquí, todo es cemento sin acabar. Huele a humedad y hace frío. Huele a tierra. Las luces zumban y ocasionalmente chascan.

El miedo me sigue subiendo por la columna con cada latido.

Bajo una pequeña pendiente y los zapatos me resbalan un poco mientras avanzo. Los pulmones se me contraen. Mis latidos suenan fuerte, demasiado fuerte, y una sensación extraña empieza a recorrerme los brazos y las piernas. Sentimiento, demasiado sentimiento. Hace que se me ponga la piel de gallina, que los huesos me piquen. De repente, me siento inquieta y ansiosa. Y justo cuando estoy a punto de perder la esperanza en esta ruta de escape serpenteante…

*Aquí*

Me detengo.

Estoy frente a una puerta gigante de pierda. El corazón me late en la garganta. Vacilo, el miedo empieza a crear fisuras en mi determinación.

*Abre*

—¿Quién eres? —pregunto de nuevo, esta vez en voz alta—. Esto no parece una ruta de escape.

*Abre*

Cierro los ojos con fuerza y me lleno los pulmones de aire.

«He hecho todo este camino», me digo a mí misma. No tengo más opciones ahora mismo. Llegaré hasta el final en este punto.

Pero cuando abro la puerta, me doy cuenta de que solo es la primera de muchas. Vaya donde vaya, hay múltiples capas de protección de seguridad. Los mecanismos que se requieren para abrir cada puerta son desconcertantes: no hay pomos ni manetas, ni bisagras tradicionales, pero lo único que tengo que hacer es tocar la puerta para que se abra.

Demasiado fácil.

Al final, me encuentro con una pared de metal. No hay nada aquí que me indique que pueda haber una habitación detrás.

*Tócala*

Con recelo, rozo el metal con los dedos.

*Más*

Apoyo toda la mano firmemente contra la puerta y, en cuestión de unos segundos, la pared desaparece. Miro a mi alrededor, nerviosa, y doy un paso adelante.

Al instante, sé que me ha llevado por el camino erróneo.

Me siento enferma cuando miro alrededor, enferma y aterrorizada. Este sitio no es nada comparado con una ruta de escape y no me puedo creer que haya caído en la trampa. Estoy en un laboratorio.

Otro laboratorio.

El pánico hace que algo se me derrumbe en el interior, huesos y órganos que se golpean, la sangre me corre hacia la cabeza. Corro hacia la puerta, pero se cierra, y la pared de acero se erige al instante, como si hubiera salido de la nada.

Inhalo repetidas veces, suplicándome que me calme.

—¡Muéstrate! —grito—. ¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

*Ayuda*

El corazón se me detiene. Siento cómo mi miedo se expande y se contrae.

*Morir*

Un escalofrío me recorre la piel. Se me corta la respiración, aprieto los puños. Avanzo un paso más en la habitación, y luego unos pocos más. Todavía recelosa, preocupada por si todo esto forma parte una vez más del truco…

Y entonces lo veo.

Un cilindro de cristal tan alto y ancho como la pared, lleno hasta el borde de agua. Hay una criatura flotando en el interior. Algo que va más allá del miedo me empuja hacia delante, más que la curiosidad, más que la sorpresa.

Los sentimientos me anegan.

Los recuerdos se estrellan contra mí.

Un brazo larguirucho se extiende por el agua turbia, unos dedos temblorosos se juntan en un puño débil que golpea, sin fuerza, contra el cristal.

Al principio, lo único que veo es una mano.

Pero cuando me acerco más, puedo ver con más detalle lo que le han hecho. Y no puedo ocultar el terror que siento.

Se acerca al cristal y puedo verle la cara. Ya no tiene cara como tal. Su boca se ha sellado permanentemente alrededor de un regulador, la piel cubre la silicona. Su pelo mide medio metro, oscuro y revuelto, y flota alrededor de su cabeza como tentáculos ralos. La nariz se le ha echado hacia atrás del cráneo y tiene los ojos cerrados, con largas pestañas como único indicio de que algún día estuvieron abiertos. Tiene las manos y los pies palmeados. No tiene uñas. Sus brazos y piernas son prácticamente huesos y carne arrugada caída.

—Emmaline —susurro.

*Morir*

Las lágrimas ascienden, cálidas y rápidas y sin aviso, rompiéndome por dentro.

—¿Qué te han hecho? —pregunto con la voz rota—. ¿Cómo te han podido hacer eso?

Un sonido metálico sordo. Suena dos veces.

Emmaline flota más cerca. Presiona los dedos palmeados contra la barrera que nos separa y levanto la mano, me apresuro a limpiarme los ojos antes de encontrarla. Apoyo la palma en el cristal y de alguna manera, inexplicablemente, siento cómo me toma la mano. Suave. Caliente. Fuerte.

Y, entonces, con una exhalación…

El sentimiento me atraviesa, una ola tras otra de sentimiento, emociones tan infinitas como el tiempo. Recuerdos, deseos, esperanzas que se desvanecieron hace tiempo y sueños. El impacto de todo hace que me dé vueltas la cabeza; me caigo hacia delante y aprieto los dientes, y para estabilizarme aprieto la frente contra la barrera que nos separa. Las imágenes me llenan la mente como escenas sueltas de una antigua película.

La vida de Emmaline.

Quiere que lo vea. Siento que me está atrayendo hacia ella, como si me estuviera metiendo en su cuerpo, sumergiéndome en su mente, en sus recuerdos.

La veo más joven, mucho más joven, con ocho o nueve años. Estaba llena de vida, frenética. Era difícil de controlar. Su mente era más fuerte de lo que podía gestionar y no sabía cómo sentirse con sus poderes. Se notaba maldecida, ahogada por ellos. Pero a diferencia de mí, la mantenían encerrada en casa, aquí, en este mismo laboratorio, obligada a soportar una prueba tras otra, que le administraban sus propios padres. Siento cómo su rabia me perfora.

Por primera vez, me doy cuenta de que tuve el lujo de olvidar.

Ella no.

Max y Evie, incluso Anderson, intentaron borrar los recuerdos de Emmaline varias veces, pero en cada intento el cuerpo de Emmaline prevalecía. Su mente era tan fuerte que era capaz de convencer a su cerebro de revertir los químicos que tenían que disolver sus recuerdos. No importa lo que Max y Evie intentaran, Emmaline nunca podía olvidarlos.

En vez de eso, vio cómo sus propios padres se volvían en su contra.

La pusieron del revés.

Emmaline me lo está contando todo sin mediar palabra. No puede hablar. Ha perdido cuatro de los cinco sentidos.

Primero se quedó ciega.

Perdió el olfato y el tacto un año después, los dos a la vez. Al final, perdió la habilidad del habla. Su lengua y sus dientes se desintegraron. Sus cuerdas vocales se erosionaron. Su boca se quedó sellada para siempre.

Ahora solo puede oír. Pero a duras penas.

Veo que las escenas cambian, veo cómo se hace algo mayor, algo más rota. Veo cómo el fuego desparece de sus ojos. Y cuando descubre lo que tienen planeado para ella, la razón principal por la que la querían tan desesperadamente…

Un horror violento me deja sin aliento.

Me caigo y mis rodillas golpean el suelo. La fuerza de sus sentimientos me abre en canal. Los sollozos me rompen la espalda y me estremezco hasta los huesos. Lo siento todo. Su dolor, su dolor sin fin.

La imposibilidad de acabar con su propio sufrimiento.

Quiere que esto acabe.

*Fin*, me dice, la palabra nítida y explosiva.

Con algo de esfuerzo, consigo levantar la cabeza para mirarla.

—¿Eras tú todo este tiempo? —susurro—. ¿Me devolviste los recuerdos?

*Sí*

—¿Cómo? ¿Por qué?

Me lo muestra.

Siento cómo se me yergue la espalda mientras la visión se mueve a través de mí. Veo a Evie y Max, oigo sus conversaciones deformadas desde dentro de la cárcel de cristal. Han intentado hacer más fuerte a Emmaline durante años, han intentado encontrar maneras de ampliar sus habilidades telequinéticas. Querían que su talento mejorara. Querían que pudiera ser capaz de leer mentes.

Control de mente de las masas.

Les resultó contraproducente.

Cuanto más experimentaban en ella, cuanto más le exigían, más fuerte y débil se volvía. Su mente era capaz de lidiar con las manipulaciones físicas, pero su corazón no podía soportarlo. Incluso mientras la desarrollaban, la estaban destruyendo.

Había perdido las ganas de vivir. De pelear.

Ya no tenía el control completo de su propio cuerpo; incluso sus poderes estaban regulados entonces por Max y Evie. Se había convertido en una marioneta. Y cuanto más apática estaba, más entendían ellos lo que no era. Max y Evie creían que Emmaline se estaba conformando.

En vez de eso, se estaba deteriorando.

Y luego…

Otra escena. Emmaline oye una discusión. Max y Evie discuten sobre mí. Emmaline no los ha oído nombrarme en años; no tenía ni idea de que todavía estaba viva. Oye que he estado contraatacando. Que me he estado resistiendo, que intenté matar a un comandante supremo.

Emmaline siente esperanza por primera vez en años.

Me pongo las manos sobre la boca. Doy un paso atrás.

Emmaline no tiene ojos, pero noto cómo me está mirando. Me observa en busca de una reacción. Me siento inestable, alerta pero abrumada.

Al fin lo entiendo.

Emmaline ha usado su última gota de fuerza para contactarme; y no solo a mí, sino también a todos los demás hijos de los comandantes supremos.

Me lo muestra, me muestra en mi propia mente cómo se ha aprovechado del último intento de Max y Evie de expandir sus habilidades. Nunca había sido capaz de llegar a otras personas individualmente, pero Max y Evie eran codiciosos. En Emmaline pusieron los cimientos de su propia perdición.

Emmaline piensa que somos la última esperanza del mundo. Quiere que nos levantemos, que peleemos, que salvemos a la humanidad. Nos ha estado devolviendo las mentes lentamente, retornándonos lo que nuestros padres nos arrebataron. Quiere que veamos la verdad.

*Ayuda,* dice.

—Lo haré —susurro—. Te prometo que lo haré. Pero antes voy a sacarte de aquí.

Una furia caliente y violenta hace que me tambalee. La ira de Emmaline es muy abrupta y aterrorizante, y de pronto un reverberante

*NO*

me llena el cerebro.

Me quedo quieta. Confundida.

—¿A qué te refieres? —le digo—. Tengo que ayudarte a salir de aquí. Escaparemos juntas. Tengo amigas sanadoras que pueden curarte…

*NO*

Y, entonces, en un fogonazo…

Me llena la mente con una imagen tan oscura que creo que me voy a marear.

—No —le digo con voz temblorosa—. No lo haré. No te voy a matar.

Una ira caliente y feroz me ataca la mente. Me asaltan unas imágenes tras otras, sus intentos de suicidio fallidos, su incapacidad de utilizar sus propios poderes contra sí misma, la infinidad de sistemas de seguridad que Max y Evie instalaron en ese lugar para asegurarse de que Emmaline no se pudiera quitar la vida y que no pudiera hacerles daño…

—Emmaline, por favor…

*AYUDA*

—Debe de haber otra manera —le imploro, desesperada—. Esto no puede ser. No tienes que morir. Podemos superar esto juntas.

Golpea el cristal con la palma abierta. Los temblores zarandean su cuerpo macilento.

*Ya*

*Muero*

Doy un paso adelante y apoyo las manos en su prisión.

—No tenía que acabar así —murmuro, las palabras rotas—. Debe de haber otra manera. Por favor. Quiero a mi hermana de vuelta. Quiero que vivas.

Más ira, caliente y desatada, empieza a brotar en mi mente, y entonces….

Un pinchazo de miedo.

Emmaline se queda rígida en el tanque.

*Viene*

Miro alrededor, armándome de valor. La adrenalina me llena las venas.

*Espera*

Emmaline se abraza el cuerpo, su cara contraída por la concentración. Todavía puedo sentirla con una inmediatez tan íntima que casi parece que sus pensamientos sean los míos.

Y, de pronto, sin esperarlo…

Las esposas se abren.

Me doy la vuelta mientras caen al suelo con un traqueteo. Me froto las muñecas doloridas y los tobillos.

—¿Cómo has…?

*Viene*

Asiento.

—Pase lo que pase hoy —susurro—, volveré a por ti. Esto no se ha acabado. ¿Me oyes? Emmaline, no dejaré que mueras aquí.

Por primera vez, Emmaline parece relajarse.

Algo cálido y dulce me llena la cabeza, una afección tan inesperada que me pican los ojos.

Resisto la emoción.

Pasos.

El miedo ha abandonado mi cuerpo. Me siento sorprendentemente calmada. Soy más fuerte

que nunca. Tengo fuerza en los huesos, fuerza en la mente. Y ahora que no llevo puestas las esposas, vuelvo a tener mis poderes y me recorre un sentimiento familiar; es como si me reuniera con un viejo amigo.

Miro a Evie a los ojos cuando entra por la puerta.

Ya me está apuntando con una pistola. No con una pistola, sino con algo que se le parece. No sé qué es exactamente.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta con voz solo un poco histérica—. ¿Qué has hecho?

Niego con la cabeza.

Ya no puedo mirarla a la cara sin sentir una rabia ciega. Ni siquiera puedo pensar en su nombre sin sentir una necesidad violenta, potente y animal de asesinarla con las manos desnudas. Evie Sommers es el peor tipo de ser humano. Es una traidora a la humanidad. Una pura sociópata.

—¿Qué has hecho? —vuelve a preguntar, pero esta vez el miedo la traiciona. El pánico. La pistola le tiembla en la mano. Tiene los ojos desorbitados, alocados, y pasan a toda velocidad de mí a Emmaline, que todavía está atrapada en el tanque detrás de mí.

Y entonces…

Lo veo. Veo el momento en que descubre que no llevo puestas las esposas.

Evie se queda blanca.

—No he hecho nada —respondo suavemente—. Todavía no.

La pistola cae al suelo con un repiqueteo.

A diferencia de Paris, mi madre no es estúpida. Sabe que no sirve de nada dispararme. Ella me creó. Sabe de lo que soy capaz. Y sabe, lo veo en sus ojos, que voy a matarla y que no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

Aun así, lo intenta.

—Ella —dice con voz temblorosa—. Todo lo que hicimos, todo lo que hemos hecho, era para intentar ayudarte. Intentábamos salvar al mundo. Tienes que entenderlo.

Doy un paso adelante.

—Claro que lo entiendo.

—Solo quería hacer del mundo un lugar mejor —me asegura—. ¿Quieres hacer del mundo un lugar mejor?

—Sí —respondo—. Así es.

Casi sonríe. Suelta un breve y roto suspiro.

Alivio.

Doy dos pasos rápidos y la atravieso con un puñetazo en el pecho, y sus costillas se rompen

bajo mis nudillos. Abre mucho los ojos y se ahoga, mientras me mira en silencio, asombrada y paralizada. Tose y me salpica sangre en la cara, caliente y espesa. Me doy la vuelta y escupo su sangre, y para cuando la vuelvo a mirar, ya está muerta.

Con un último tirón, le arranco el corazón del cuerpo.

Evie cae al suelo con un sonoro golpe, sus ojos fríos y vidriosos. Todavía sostengo el corazón de mi madre y observo cómo muere en mis manos cuando una voz familiar me llama.

*Gracias*

*Gracias*

*Gracias*

# WARNER

Me doy cuenta al salir de la escena del crimen de que no tengo ni idea de dónde estoy. Me quedo en el medio del pasillo fuera de la habitación en la que acabo de asesinar a mi padre e intento decidir mis próximos pasos. Estoy casi desnudo. Sin calcetines. Completamente descalzo. Para nada ideal.

Aun así, tengo que moverme.

Ojalá pudiera.

No doy ni cinco pasos antes de sentir el familiar pinchazo de una aguja. Lo noto, incluso aunque intente combatirlo; noto cómo el químico extraño entra en mi cuerpo. Solo es cuestión de tiempo antes de que me hunda.

La visión se me nubla.

Intento resistirlo, intento mantenerme en pie, pero mi cuerpo está débil. Después de dos semanas de casi morir de inanición, envenenamiento constante y extenuación extrema, me he quedado sin fuerzas. Me han abandonado las últimas reservas de adrenalina.

Ya está.

Me caigo al suelo y los recuerdos me consumen.

✣ ✣ ✣

Tomo aire mientras vuelvo en mí, con grandes bocanadas de aire, en tanto me incorporo demasiado rápido y la cabeza me da vueltas.

Tengo cables pegados a las sienes, los brazos y las piernas; las puntas de plástico pellizcan mis articulaciones y tiran de la piel de mi pecho desnudo. Me los arranco, lo cual ocasiona un gran alboroto en los monitores que tengo cerca. Me saco la aguja del brazo de un tirón y la arrojo al suelo. Presiono la herida durante unos segundos antes de decidir dejarla sangrar. Me pongo de pie y miro alrededor para examinar lo que me rodea, pero todavía me siento mareado.

Solo puedo sospechar de quién me debe de haber disparado con un tranquilizante; aun así, no siento la necesidad de entrar en pánico. Matar a mi padre me ha proporcionado una serenidad extraordinaria. Es celebrar algo perverso y horrible, pero matar a mi padre ha sido erradicar el más grande de mis miedos. Con su muerte, todo parece posible.

Me siento libre.

Con todo, tengo que centrarme en dónde estoy y en lo que está pasando. Tengo que idear un plan de ataque, un plan de huida, un plan para rescatar a Ella. Pero mi mente tira hacia lo que parece cientos de direcciones distintas.

Los recuerdos se vuelven más intensos con cada minuto que pasa.

No sé cuánto más podré soportar. No sé cuánto durará esta contención ni cuánto más voy a descubrir, pero las revelaciones emocionales empiezan a pasarme factura.

Hace unos meses, sabía que quería a Ella. Sabía que sentía por ella lo que no había sentido por nadie antes. Era algo nuevo, precioso y tierno.

Importante.

Pero cada día, cada minuto, de las últimas dos semanas me han bombardeado recuerdos de ella que ni siquiera sabía que tenía. Momentos con ella de hace años. El sonido de su risa, el olor de su pelo, su mirada cuando me sonrió por primera vez. Cómo me sentía al sostenerle la mano cuando todo era nuevo y desconocido…

*Hace tres años.*

¿Cómo podía ser que la hubiera tocado así hacía tres años? ¿Cómo podíamos saber en aquel entonces, sin conocer el motivo en realidad, que podíamos estar juntos? ¿Que me podía tocar sin hacerme daño? ¿Cómo pudieron arrancarme de la mente todos estos momentos?

No tenía ni idea de que había perdido tanto de ella. Pero, claro, no tenía ni idea de que había tanto que perder.

Un dolor profundo y punzante se ha instalado en mi interior, cargando consigo el peso de los años. Estar lejos de Juliette, de Ella, siempre ha sido duro, pero ahora parece insuperable.

La emoción me está diezmando lentamente.

Tengo que verla. Agarrarla. Atarla a mí, de algún modo. No me voy a creer una palabra de lo que ha dicho mi padre hasta que la vea y hable con ella en persona.

No me puedo rendir. Todavía no.

A la mierda lo que pasó entre nosotros en la base. Es como si eso hubiera ocurrido hace muchas vidas. Como si les hubiera ocurrido a otras personas. Una vez que la encuentre y la ponga a salvo, hallaré la manera de solucionar las cosas entre nosotros. Me siento como si algo que llevaba muerto mucho tiempo en mi interior esté empezando lentamente a cobrar vida, como si mis sueños y mis esperanzas estuvieran resucitando, como si los agujeros en mi corazón estuviesen sanando lenta y cuidadosamente. La encontraré. Y, cuando lo haga, hallaré la manera de seguir adelante con ella, a mi lado, para siempre.

Respiro hondo.

Y entonces me pongo de pie.

Me preparo, anticipando el pinchazo familiar de mis costillas rotas, pero el dolor de mi costado ha desaparecido. Con cuidado, me toco el torso; el moratón se ha desvanecido. Me toco la cara y me sorprendo al descubrir que tengo la piel suave, acabada de afeitar. Me toco el pelo y me percato de que ha vuelto a su longitud original, exactamente a como estaba antes de que tuviera que rapármelo.

Es extraño.

Aun así, hacía mucho tiempo que no me sentía tanto como yo mismo, y doy gracias en silencio. Lo único que me preocupa es que no llevo puesto más que una bata, bajo la cual estoy completamente desnudo.

Estoy harto de estar desnudo.

Quiero mi ropa. Quiero unos pantalones de verdad. Quiero…

Y entonces, como si alguien me hubiera leído la mente, veo una muda completa y limpia en una mesa cercana. Una ropa que parece ser exactamente de mi talla.

Agarro el jersey. Lo examino.

Son mis ropas. Conozco estas prendas. Las reconozco. Y, por si no fuera bastante, en el puño está el monograma con mis iniciales: AWA. Esto no es casualidad. Alguien me ha traído la ropa aquí. De mi propio armario.

Me estaban esperando.

Me visto deprisa, agradecido por el conjunto limpio a pesar de las circunstancias, y casi he acabado de atarme las correas de las botas cuando alguien entra.

—Max —digo, sin levantar la cabeza. Con cuidado, piso la aguja que he tirado al suelo antes —. ¿Cómo estás?

Suelta una risa sonora.

—¿Cómo has sabido que era yo?

—He reconocido el ritmo de tus pisadas.

Se queda callado.

—No intentes negarlo —le digo, ocultando la jeringuilla en la mano mientras me levanto. Lo miro a los ojos y sonrío—. He estado escuchando tus andares pesados e irregulares durante las últimas dos semanas.

Max abre mucho los ojos.

—Estoy impresionado.

—Y agradezco el afeitado —le digo mientras me acaricio la cara.

Vuelve a reír, esta vez más bajo.

—Cuando te traje aquí, estabas a punto de morir. Imagínate mi sorpresa cuando te encontré casi desnudo, gravemente deshidratado, medio muerto de hambre y con deficiencia de vitaminas. Tenías tres costillas rotas. La sangre de tu padre cubría tus manos.

—¿Tres costillas rotas? Creía que eran dos.

—Tres costillas rotas —insiste Max, y asiente—. Y aun así conseguiste cercenar la arteria carótida de Paris. Bien hecho.

Lo miro a los ojos. Max cree que es gracioso.

Y, de pronto, lo entiendo.

—Todavía está vivo, ¿verdad? —pregunto.

Max ensancha la sonrisa.

—Bastante vivo, sí. A pesar de tus evidentes intentos por matarlo.

—Parece imposible.

—Pareces molesto —dice Max.

—Estoy molesto. Que haya sobrevivido es un insulto a mis habilitades de matar.

Max contiene otra risa.

—No recordaba que fueras tan gracioso.

—No intento ser gracioso.

Pero Max no puede borrar la sonrisa de la cara.

—Entonces, ¿no me vas a decir cómo ha sobrevivido? —pregunto—. ¿Solo me vas a provocar?

—Estoy esperando a mi esposa —responde.

—Lo entiendo. ¿Te ayuda a pronunciar las palabras complicadas?

Las cejas de Max saltan hacia su frente.

—Cuidado, Aaron.

—Mis disculpas. Por favor, apártate de en medio.

—Como te he dicho, estoy esperando a mi esposa. Tiene algo que quiere decirte.

Lo observo, mirando de cerca su cara de una manera que no puedo recordar haber hecho antes. Tiene el pelo castaño oscuro, piel morena clara y ojos verdes azulados brillantes. Ha envejecido bien. En otra circunstancia, tal vez habría descrito su rostro como cálido, amigable. Pero ahora que sé que es el padre de Ella, no me puedo creer que no me diera cuenta antes. Tiene sus ojos.

Oigo pasos que se acercan a la puerta. Espero ver a Evie, la supremo Sommers, y en vez de eso…

—Max, ¿cuánto tiempo crees que tardará antes de…?

Mi padre. Su voz.

No me lo puedo creer.

Se detiene justo en el umbral al verme la cara.

Sostiene una toalla empapada de sangre en el cuello.

—Maldito idiota —me espeta.

No tengo oportunidad de responder.

Una alarma estridente suena y Max se pone rígido de repente. Observa un monitor que hay en la pared antes de volver a mirar a mi padre.

—Ve —le ordena Anderson—. Puedo con él.

Max me lanza una mirada antes de desaparecer.

—Bueno —digo, señalando con la cabeza hacia la cara de mi padre y su herida—. ¿Me lo vas a explicar?

Se limita a mirarme.

Observo mientras utiliza la mano libre para sacar un pañuelo del bolsillo. Se limpia los restos de sangre de los labios, vuelve a doblar el pañuelo y se lo guarda de nuevo en el bolsillo.

Algo entre nosotros ha cambiado.

Puedo sentirlo. Puedo notar su cambio de actitud hacia mí. Tardo un minuto en darles sentido a las diferentes señales emocionales, pero cuando al fin lo entiendo, me golpea con fuerza.

Respeto.

Por primera vez en mi vida, mi padre me está mirando con algo parecido al respeto. He intentado matarlo, y, en vez de estar enfadado conmigo, parece satisfecho. Tal vez incluso impresionado.

—Has hecho un buen trabajo antes —me dice en voz baja—. Ha sido un ataque fuerte. Sólido.

Me parece raro aceptar su halago, así que no lo hago.

Mi padre suspira.

—Parte del motivo por el que quería la custodia de esas gemelas sanadoras —me dice al fin— era porque quería que Evie las estudiara. Quería replicar su ADN y entrelazarlo con el mío. Me di cuenta de que los poderes curativos eran extremadamente útiles.

Un escalofrío intenso me recorre la espalda.

—Pero no las tuve bajo mi control tanto como me hubiera gustado —dice—. Solo pude extraer algunas muestras de sangre. Evie hizo todo lo que pudo con el tiempo que teníamos.

Pestañeo. Intento controlar la expresión de mi rostro.

—¿Así que ahora tienes poderes curativos?

—Todavía estamos trabajando en ello —contesta con la mandíbula tensa—. No es del todo perfecto aún. Pero lo suficiente como para que pudiera sobrevivir a las heridas de la cabeza el tiempo suficiente como para que me transportaran a un lugar seguro. —Sonríe con expresión amarga—. Mis pies, por otro lado, no lo han conseguido.

—Qué desgracia —miento.

Compruebo el peso de la jeringuilla que tengo en la mano. Me pregunto cuánto daño podría hacer. No es lo suficientemente recia como para hacer poco más que aturdir, pero un ataque en el ángulo correcto podría provocar un dolor en el nervio temporal que me proporcionaría una cantidad de tiempo importante. Pero, claro, lo mismo sería simplemente clavársela en el ojo.

—La Operación Síntesis —dice mi padre.

Levanto la vista. Sorprendido.

—Estás preparado, Aaron. —Su mirada está clavada en mí—. Estás preparado para un reto de verdad. Tienes el fuego necesario. El impulso. Lo veo en tus ojos por primera vez.

Tengo demasiado miedo como para hablar.

Al final, después de todos estos años, mi padre me está valorando. Me dice que soy capaz. Cuando era niño, era lo único que quería.

Pero ya no soy un niño.

—Has visto a Emmaline —dice mi padre—. Pero no recientemente. No sabes en qué estado se encuentra.

Espero.

—Se está muriendo —continúa—. Su cuerpo no es lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a su mente ni a su ambiente. A pesar de los esfuerzos de Max y Evie, no saben si hay algo más que puedan hacer para ayudarla. Han estado trabajando durante años para prolongar su vida tanto como han podido, pero han llegado al final de la línea. No queda más por hacer. Se está deteriorando a un ritmo que ya no pueden controlar.

Sigo callado.

—¿Lo entiendes? —me pregunta mi padre—. ¿Entiendes la importancia de lo que te digo? Emmaline no solo usa la telequinesia, sino también la telepatía —me dice—. A medida que su cuerpo se deteriora, su mente se hace con más poder. Es demasiado fuerte. Demasiado explosiva. Y últimamente, sin un cuerpo lo bastante fuerte como para contenerla, se ha vuelto volátil. Si no le damos un n…

—No te atrevas —vocifera una voz en la habitación—. No te atrevas a decir ni una palabra

más, cabezón estúpido.

Me doy la vuelta y la sorpresa se me aferra a la garganta.

El comandante supremo Ibrahim. Me parece más alto de lo que recordaba. Piel oscura, pelo moreno. Está enfadado.

—No pasa nada —comenta mi padre, impasible—. Evie se ha encargado de…

—Evie está muerta —dice Ibrahim, enojado—. Tenemos que iniciar la transferencia de inmediato.

—¿Qué? —Mi padre se pone blanco. Nunca lo he visto así. Nunca lo he visto aterrorizado—. ¿Cómo que está muerta?

Los ojos de Ibrahim centellean.

—Quiero decir que tenemos un problema serio. —Me mira—. Tenemos que volver a meter a este chico en aislamiento. No podemos confiar en ninguno de ellos ahora. No sabemos lo que puede haber hecho ella.

Y justo cuando estoy intentando decidir mi siguiente movimiento, oigo un susurro en el oído.

—No grites —murmura.

*Nazeera.*

# ~~JULIETTE~~
# ELLA

Estoy corriendo para salvar la vida, avanzando por pasillos y subiendo escaleras. Una alarma grave e insistente ha empezado a sonar, un ruido alto y ensordecedor que me manda oleadas de terror por el cuerpo mientras mis pies golpean el suelo. Me siento fuerte, estable, pero me estoy dando cuenta de que no sé navegar por estos caminos serpenteantes. Podía ver, podía sentir, cómo Emmaline se volvía más frágil mientras me iba, y ahora, cuanto más lejos estoy de ella, más débil es nuestra conexión. Me mostró en sus recuerdos cómo Max y Evie le habían ido quitando el control lentamente; Emmaline es la más poderosa de todos, pero ahora solo puede usar sus poderes bajo órdenes. Ha tenido que reunir todas sus fuerzas para sobrepasar las medidas de contención lo suficiente como para usar su poder a voluntad, y, ahora que su voz se ha ido de mi mente, sé que no volverá. Al menos no pronto. Tengo que apañármelas yo sola para salir de aquí.

Así lo haré.

Mis poderes han vuelto. Puedo atravesar lo que sea. Debo hacerlo. Y cuando oigo que alguien grita me doy la vuelta, preparada para luchar…

Pero la cara que veo en la distancia es tan familiar que me detengo, aturdida.

Kenji se abalanza sobre mí.

*Kenji.*

Kenji me abraza. Kenji me abraza, y está ileso.

Está perfecto.

Y justo cuando empiezo a devolverle el abrazo, suelta un taco, violentamente, y se echa hacia atrás de un salto.

—Por el amor de Dios, mujer… ¿Intentas matarme? ¿No puedes apagar esa mierda ni un segundo? ¿Tienes que estropear nuestro dramático reencuentro casi matándome incluso después de que las haya pasado canutas para…?

Me lanzo de nuevo a sus brazos y él se pone rígido, solo se relaja cuando se da cuenta de que he apagado mis poderes. Me he olvidado, durante un segundo, de la cantidad de piel que tengo expuesta con este vestido.

—Kenji —digo con una exhalación—. Estás vivo. Estás bien. Dios mío.

—Ey —dice—, ey. —Da un paso atrás y me mira a los ojos—. Estoy bien. ¿Tú estás bien?

No sé muy bien cómo responder a esa pregunta.

—No estoy segura —le contesto al final.

Me observa la cara durante un segundo. Parece preocupado.

Y entonces le formulo la pregunta que más me reconcome, y el nudo de miedo que me crece en la garganta se vuelve más doloroso.

—¿Dónde está Warner?

Kenji niega con la cabeza.

Noto cómo empiezo a desmoronarme.

—No lo sé todavía —murmura Kenji—. Pero lo vamos a encontrar, ¿vale? No te preocupes.

Asiento. Me tiembla el labio inferior y me lo muerdo, pero el movimiento no cesa. Crece, se multiplica y desemboca en un temblor que me sacude desde la cabeza hasta los pies.

—Ey —dice Kenji.

Levanto la vista.

—¿Queres decirme de dónde ha salido toda esa sangre?

Pestañeo.

—¿Qué sangre?

Arquea las cejas.

—La sangre —repite, haciendo un gesto general hacia mi cuerpo—. En la cara. En el vestido. En toda tu mano.

—Ah —respondo, sobresaltada. Me observo las manos como si me las viera por primera vez —. La sangre.

Kenji suspira y entrecierra los ojos mientras mira hacia algo por encima de mi hombro. Saca un par de guantes del bolsillo y se los pone.

—Muy bien, princesa, vuelve a activar tus poderes. Tenemos que irnos.

Nos separamos. Kenji nos hace invisibles a los dos.

—Sígueme —me indica, y me agarra la mano.

—¿A dónde vamos? —le pregunto.

—¿Cómo que a dónde vamos? Salimos cagando leches de aquí.

—Pero… ¿y Warner?

—Nazeera lo está buscando en este preciso instante.

Me detengo tan de sopetón que casi me tropiezo.

—¿Nazeera está aquí?

—Eh, sí… Verás… Es una historia muy larga, pero la respuesta corta es que sí.

—Así es como te has metido aquí —digo, lo empiezo a entender—. Por Nazeera.

Kenji emite un sonido de incredulidad.

—Vaya, directamente no me atribuyes ningún mérito, ¿eh? Venga ya, J., ya sabes que me encantan las misiones de rescate. Sé algunas cosas. Puedo darme cuenta de otras, también.

Por primera vez en semanas siento que una sonrisa me tira de los labios. Una risa se forma y estalla dentro de mi cuerpo. He echado muchísimo de menos esto. He echado muchísimo de menos a mis amigos. La emoción me brota en la garganta y me sorprende.

—Te he echado de menos, Kenji —le digo—. Estoy muy contenta de que estés aquí.

—Ey —responde abrupto Kenji—. Ni se te ocurra empezar a llorar. Si empiezas a llorar, yo empezaré a llorar, y ahora no hay tiempo para llorar. Tenemos demasiadas mierdas que hacer, ¿vale? Ya lloraremos después, en un momento más adecuado, ¿de acuerdo?

Cuando no respondo, me aprieta la mano.

—¿De acuerdo? —insiste.

—De acuerdo —respondo.

Lo oigo suspirar.

—Joder —dice—. Te han fastidiado bien por aquí, ¿verdad?

—Sí.

—Lo siento.

—Ya lloraremos luego por eso, ¿vale? Te lo contaré todo.

—Joder, claro que lloraremos luego. —Kenji tira de mi mano con suavidad para que nos volvamos a poner en movimiento—. Tengo mucha mierda por la que llorar, J. Mucha. Deberíamos hacer…, no sé, una lista.

—Buena idea —le digo, pero tengo el corazón en la garganta de nuevo.

—Ey, no te preocupes —añade Kenji, leyéndome el pensamiento—. De verdad. Encontraremos a Warner. Nazeera sabe lo que hace.

—Pero no creo que pueda esperar mientras Nazeera va en su busca. No me puedo quedar de brazos cruzados… Tengo que hacer algo. Tengo que buscarlo yo misma…

—No, no. Ni hablar. Nazeera y yo nos hemos separado a propósito. Mi misión es llevarte al avión. Su misión es llevar a Warner al avión. Así es como funcionan las matemáticas.

—Espera… ¿Tienes un avión?

—¿Cómo te crees que hemos llegado hasta aquí?

—No tengo ni idea.

—Bueno, esa es otra larga historia, y te contaré los detalles después, pero lo más importante es que Nazeera me confunde mucho, pero es útil, y según sus cálculos deberíamos estar saliendo de aquí ayer. Se nos acaba el tiempo.

—Pero espera, Kenji… ¿Qué les ha pasado a todos? La última vez que te vi, estabas sangrando. Habían disparado a Brendan. Castle había caído. Creía que todos estaban muertos.

Kenji tarda en contestarme.

—De verdad no tienes ni idea de lo que ocurrió, ¿eh? —me dice al final.

—Solo sé que no maté a todas esas personas en el simposio.

—¿Ah, sí? —Suena sorprendido—. ¿Quién te lo dijo?

—Emmaline.

—¿Tu hermana?

—Sí —le aseguro con un sonoro suspiro—. Hay muchas cosas que tengo que contarte. Pero antes… Por favor, dime que todos están vivos todavía.

Kanji vacila.

—A ver, creo que sí… Si te soy sincero, no lo sé. Nazeera dice que están vivos. Me ha prometido que conseguirá llevarlos a un sitio seguro, así que todavía hay esperanza. Pero escucha esto. —Deja de caminar y me pone una mano invisible en el hombro—. No te lo vas a creer.

—Déjame probar —le digo—. Anderson está vivo.

Oigo cómo Kenji toma aire de repente.

—¿Cómo lo sabes?

—Evie me lo contó.

—Entonces, ¿sabes que volvió al sector 45?

—¿Qué? No.

—Bueno, pues lo que te iba a contar ahora mismo es que Anderson regresó a la base. Ha vuelto a asumir su puesto como comandante supremo de América del Norte. Estaba allí justo cuando nos fuimos. Nazeera me contó que se inventó toda una historia sobre cómo había estado enfermo y cómo nuestro equipo había esparcido rumores falsos mientras se estaba recuperando… Y que te habían ejecutado por tu engaño.

—¿Qué? —exclamo, conmocionada—. Es una locura.

—Eso mismo digo yo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer cuando volvamos al sector 45? —le pregunto—. ¿A dónde

vamos? ¿Dónde nos quedaremos?

—No sé una mierda —dice Kenji—. Ahora mismo, lo único que espero es que podamos salir de aquí con vida.

Al fin, llegamos a la salida. Kenji tiene una tarjeta de seguridad que le da acceso a la puerta y la abre con facilidad.

Desde aquí, todo es demasiado fácil. La invisibilidad hace que no nos detecten. Y cuando ya estamos en el avión, Kenji echa un vistazo a su reloj.

—Nos quedan solo treinta minutos, para que lo sepas. Esa era la norma. Treinta minutos, y, si Nazeera no aparece con Warner, tendremos que irnos.

Se me cae el alma a los pies.

# WARNER

No tengo tiempo ni de procesar la sorpresa ni de preguntarle a Nazeera cuándo narices iba a contarme que tenía el poder de volverse invisible, así que hago lo único que puedo hacer en este momento.

Asiento con un movimiento casi imperceptible.

—Kenji está llevando a Ella a un avión. Te voy a esperar justo al salir por la puerta —dice—. ¿Crees que llegarás? Si te hago invisible delante de todos, nos perseguirán, y sería mejor que pensasen que solo estás intentando huir.

Asiento de nuevo.

—Muy bien. Te veo fuera.

Espero un segundo o dos, y entonces me dirijo hacia la puerta.

—¡Eh! —brama Ibrahim.

Vacilo y medio giro el cuerpo sobre los talones.

—¿Sí?

—¿A dónde te crees que vas? —dice. Saca una pistola del interior de la chaqueta y apunta hacia mí.

—Tengo que ir al baño.

Ibrahim no se ríe.

—Vas a esperar aquí hasta que Max vuelva. Y entonces decidiremos qué haremos contigo.

Lo miro con la cabeza ladeada. La pistola con la que me apunta es sospechosamente igual que una de las pistolas que le he robado a mi padre antes.

Tampoco es que importe.

Tomo aire rápido.

—Me temo que no es así como van a ir las cosas —le suelto con un amago de sonrisa—. Aunque estoy seguro de que nos vamos a volver a ver pronto, así que en tu lugar no me preocuparía por echarme demasiado de menos.

Y entonces, antes de que nadie tenga la oportunidad de replicar, corro hacia la puerta, pero no antes de que Ibrahim dispare el arma.

Tres veces.

Casi a quemarropa.

Me obligo a no gritar cuando una de las balas me atraviesa el gemelo, aunque el dolor casi me deja sin aliento.

Una vez que he cruzado la puerta, Nazeera me cubre con su invisibilidad. No llego muy lejos antes de inhalar profusamente y derrumbarme contra una pared.

—Mierda —exclama—. ¿Te han disparado?

—Claro —digo entre dientes, intentando mantener el ritmo de mi respiración.

—Joder, Warner, ¿qué cojones te pasa? Tenemos que llegar al avión dentro de menos de quince minutos o se van a marchar sin nosotros.

—¿Qué? ¿Por qué…?

—Porque así se lo he dicho. Tenemos que sacar a Ella cueste lo que cueste. No puedo dejar que nos estén esperando por aquí y arriesgarme a que nos maten en el proceso.

—Tu empatía me calienta el corazón. Gracias.

Suspira.

—¿Dónde te han disparado?

—En la pierna.

—¿Puedes andar?

—Debería poder dentro de solo un minuto.

Noto cómo titubea.

—¿Qué significa eso?

—Si consigo vivir lo suficiente, tal vez te lo cuente.

No está sorprendida.

—¿De verdad podrás correr dentro de un minuto?

—Ah, ¿ahora toca correr? Hace un momento me preguntabas si podía caminar.

—Correr sería mejor.

Le ofrezco una risa amarga. Es difícil desde esta distancia, pero recurro a la nueva habilidad de mi padre, aprovechándola lo mejor que puedo desde donde estoy. Siento cómo la herida se cura y me regenera los nervios y las venas lentamente, incluso un poco de hueso, pero me está llevando más tiempo del que me gustaría.

—¿Cuánto tarda el vuelo de vuelta? —le pregunto—. No lo recuerdo.

—Tenemos el *jet*, así que deberían ser solo unas ocho horas.

Asiento, aunque no puede verme.

—No creo que vaya a sobrevivir ocho horas con una herida abierta.

—Bueno, entonces está bien que me importe una mierda. Te doy dos minutos más antes de

cargar contigo hasta allí yo misma.

Gruño como respuesta y concentro toda mi energía en reunir mi poder curativo en mi cuerpo. Nunca he intentado hacer algo así herido, y no me había dado cuenta de lo exigente que es, tanto emocional como físicamente. Me siento agotado. La cabeza me palpita, la mandíbula me duele de la presión intensa a la que la he sometido para no gritar de dolor y siento que la pierna está en llamas. No hay nada placentero en el proceso de curación. Me imagino que mi padre ya está en movimiento, probablemente en mi busca con Ibrahim, porque hacerme con su poder es más difícil que cualquiera de los otros que he intentado tomar.

—Nos vamos dentro de treinta segundos —dice Nazeera con tono de advertencia.

Aprieto los dientes.

—Quince.

—Mierda.

—¿Acabas de soltar un taco? —dice Nazeera, asombrada.

—Me duele una barbaridad.

—Está bien, se acabó, no nos queda tiempo.

Y, antes de que pueda mediar palabra, me agarra y me levanta del suelo.

Y echamos a volar.

# ~~JULIETTE~~
# ELLA

Kenji y yo nos hemos estado mirando en un silencio nervioso durante el último minuto. He estado los diez primeros minutos explicándole un poco sobre Emmaline, que ha sido su propia distracción estresante, y luego él me ha ayudado a limpiarme la sangre de las manos y la cara con algunos suministros que tenemos abordo. Ahora estamos los dos mirando al silencio, nuestro horror combinado llena el avión.

Es un buen avión, creo. No estoy segura. No he tenido la mente a sitio como para mirar alrededor. Ni para preguntarle quién de nosotros exactamente sabe pilotar un avión. Pero nada de eso tendrá importancia, por supuesto, si Nazeera y Warner no vuelven pronto.

No tendrá importancia porque no me voy a ir sin él.

Y mis pensamientos deben de ser fáciles de leer, porque de golpe Kenji frunce el ceño.

—Escucha —dice—, estoy tan preocupado por ellos como tú. No quiero dejar atrás a Nazeera, y por mis cojones que no quiero ni imaginar que le pase algo malo mientras está ahí fuera, pero tenemos que sacarte de aquí.

—Kenji…

—No nos queda otra, J. —me interrumpe—. Tenemos que sacarte de aquí te guste o no. El Restablecimiento está maquinando alguna mierda peligrosa, y tú eres parte fundamental de ello. Tenemos que mantenerte a salvo. Ahora mismo, mantenerte a salvo es toda mi misión.

Bajo la cara hasta las manos y luego, igual de rápido, levanto la vista de nuevo.

—Todo esto es culpa mía, ¿sabes? Podría haberlo evitado.

—¿A qué te refieres?

Lo miro directamente a los ojos.

—Debería haber investigado más sobre el Restablecimiento. Debería haber leído sobre su historia… y sobre mi historia dentro de él. Debería haber sabido más sobre los comandantes supremos. Debería haber estado mejor preparada. Joder, debería haber ordenado que rastreáramos el agua en busca del cuerpo de Anderson en vez de asumir que se había hundido con el barco. —Niego con la cabeza vehementemente—. No estaba preparada para ser comandante supremo, Kenji. Tú lo sabías, Castle lo sabía. He puesto la vida de todos en peligro.

—Ey —me corta de golpe—, yo nunca he dicho que no estuvieras…

—Solo Warner intentó convencerme un día de que yo era lo bastante buena, pero no creo que lo creyera del todo.

—J., escúchame. Nunca he dicho que no estuvieras…

—Y ahora se ha ido. Warner se ha ido. Todos los del Punto Omega quizá estén muertos. Todo lo que hemos construido, todo por lo que hemos trabajado… —Siento que me rompo, partida en dos por dentro—. No puedo perderlo, Kenji. —La voz me tiembla. Las manos me tiemblan. —No puedo… No lo sabes… No…

Kenji me mira con dolor real en sus ojos.

—Basta, J. Me rompes el corazón. No puedo oír eso.

Y me doy cuenta, mientras me trago el nudo que tengo en la garganta, de cuánto necesitaba tener esta conversación. Estos sentimientos se habían estado arremolinando en mi interior durante semanas, y necesitaba desesperadamente alguien con quien hablar.

Necesitaba a mi amigo.

—Pensaba que había pasado por situaciones complicadas —digo, con los ojos llenos de lágrimas—. Pensaba que ya había vivido mi cupo de experiencias horribles. Pero esto… Sinceramente, creo que estos han sido los peores días de mi vida.

Kenji tiene la mirada profunda, seria.

—¿Quieres contármelo?

Niego con la cabeza y me seco las lágrimas enérgicamente.

—Creo que no podré hablar de nada de ello hasta que sepa que Warner está bien.

—Lo siento mucho, J. De verdad.

Sorbo fuerte.

—Sabes que me llamo Ella, ¿verdad?

—Sí. —Frunce el ceño—. Sí. Ella. Suena feroz.

—Me gusta —digo—. Me gusta más que Juliette.

—No sé. Creo que los dos nombres son bonitos.

—Sí —respondo, y desvío la mirada—. Pero Juliette era el nombre que Anderson escogió para mí.

—Y Ella es el nombre con el que naciste —dice Kenji lanzándome una mirada—. Lo entiendo.

—Sí.

—Escucha —añade con un suspiro—. Sé que han sido dos semanas duras para ti. Me han contado lo de los recuerdos. Me han contado muchas cosas. Y no puedo siquiera fingir tener la

más mínima idea de por lo que debes de estar pasando ahora. Pero no te puedes culpar por nada de esto. No es culpa tuya. Nada de esto es culpa tuya. Durante toda tu vida has sido un peón en medio de esta conspiración. El último mes no va a cambiar eso, ¿vale? Debes ser más amable contigo misma. Ya has pasado por demasiadas cosas.

Le ofrezco a Kenji una sonrisa débil.

—Lo intentaré —le aseguro con un murmuro.

—¿Te sientes algo mejor?

—No. Y pensar en irnos de aquí sin Warner, sin saber siquiera si llegará al avión, me está matando, Kenji. Me está perforando el cuerpo.

Kenji suspira y aparta la mirada.

—Lo entiendo —dice—, de verdad. Estás preocupada por no tener la oportunidad de arreglar las cosas con él.

Asiento.

—Mierda.

—No lo haré. No puedo hacerlo, Kenji.

—Entiendo tus motivos, te lo juro. Pero no nos podemos permitir eso. Si no han llegado dentro de cinco minutos, tendremos que irnos.

—Entonces, tendrás que irte sin mí.

—Ni hablar, esa no es una opción —afirma mientras se pone en pie—. No quiero tener que tomar esa decisión más que tú, pero conozco a Nazeera lo suficiente como para saber que se las puede apañar ahí fuera, y, si no ha vuelto ya, es probablemente porque está esperando un momento más seguro. Encontrará la manera. Y tienes que confiar en que traerá a Warner con ella. ¿Vale?

—No.

—Venga ya…

—Kenji, para. —Me pongo de pie yo también, y la ira y la angustia chocan en mi interior.

—No hagas esto. —Niega con la cabeza—. No me obligues a hacer algo que no quiero hacer. Porque si me veo obligado te derribaré y te retendré en el suelo, J., te lo juro…

—Yo no haría eso —digo con voz tranquila. Las ganas de pelear abandonan mi cuerpo. De repente, me siento exhausta, vacía por la angustia—. Sé que no lo harías. No me obligarías a dejarlo atrás.

—¿Ella?

Me doy la vuelta, una oleada de sentimiento me deja sin aliento. Solo el sonido de su voz hace

que se me acelere el corazón de una manera que parece peligrosa. El cambio estremecedor del miedo a la alegría hace que me palpite la cabeza, delirante con tanta emoción. He estado muy preocupada todo este tiempo, y saber ahora…

Está ileso.

Su cara, sin un rasguño. Su cuerpo, intacto. Es perfecto y precioso, y está aquí. No sé cómo, pero está aquí.

Me tapo la boca con las manos.

Niego con la cabeza y busco desesperadamente las palabras adecuadas, pero descubro que no puedo hablar. Solo puedo mirarlo mientras se acerca con los ojos brillantes y ardientes.

Tira de mí hacia sus brazos.

Un sollozo rompe mi cuerpo, la culminación de miles de miedos y preocupaciones que no me había permitido procesar. Apoyo la cara en su cuello e intento recomponerme, pero no lo consigo.

—Lo siento —digo, exhalando las palabras, mientras las lágrimas me corren rápidas por la cara—. Aaron, lo siento mucho. Lo siento mucho.

Siento que se pone rígido.

Se separa de mí y me mira con ojos extraños y asustados.

—¿Por qué dices eso? —Observa alrededor con ojos desorbitados, observa a Kenji, que se limita a negar con la cabeza—. ¿Qué ha pasado, cariño? —Me quita el pelo de los ojos y me rodea el rostro con las manos—. ¿Por qué te disculpas?

Nazeera pasa por nuestro lado.

Asiente hacía mí una sola vez antes de dirigirse a la cabina. Un momento después, oigo el rugido del motor y los sonidos eléctricos de los sistemas que se encienden.

Oigo su voz en los altavoces sobre nuestras cabezas, sus órdenes concisas y seguras llenan el avión. Nos dice que tomemos asiento y nos abrochemos los cinturones, y miro a Warner solo una vez más, prometiéndome que ya tendremos oportunidad de hablar. Prometiéndome que arreglaré las cosas.

Cuando despegamos, me sujeta la mano.

✣ ✣ ✣

Llevamos elevándonos cada vez más durante varios minutos, y Kenji y Nazeera han sido lo bastante generosos como para darnos una falsa intimidad. Ambos me han dedicado miradas similares de ánimo por separado justo antes de meterse en la cabina. Al fin parece ser seguro

hablar.

Pero las emociones son como un puño en el pecho, fuerte y pesado.

Hay demasiado que decir, demasiado de lo que hablar. Casi no sé ni por dónde empezar. No sé qué le ha pasado a él, lo que ha aprendido ni qué recuerda. No sé si sigue sintiendo lo mismo que yo. Y todas esas incógnitas empiezan a asustarme.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

Se ha girado en el asiento para volverse hacia mí. Acerca un brazo y me toca la cara, y la sensación de su piel contra la mía es abrumadora, tan poderosa que me deja sin aliento. Esa sensación me recorre la espalda y crea chispas en mis nervios.

—Tienes miedo, cariño. ¿De qué tienes miedo?

—¿Me recuerdas? —susurro. Tengo que obligarme a mantener la compostura, a retener las lágrimas que se niegan a desparecer—. ¿Me recuerdas como te recuerdo yo?

Algo cambia en su expresión. Sus ojos cambian, se llenan de dolor.

Asiente.

—Porque yo te recuerdo —prosigo, y la voz se me rompe en la última palabra—. Te recuerdo, Aaron. Lo recuerdo todo. Y tienes que saber… Tienes que saber que lo siento mucho. Siento cómo dejé las cosas entre nosotros. —Estoy llorando de nuevo—. Siento todo lo que dije. Siento todo por lo que te he hecho pas…

—Cariño —me dice con tono amable, y la expresión interrogativa que tenía en los ojos se convierte en una comprensiva—. Nada de eso importa ya. Esa pelea parece que ocurriera en otra vida. A otras personas.

Me seco las lágrimas.

—Lo sé. Pero estar aquí, todo esto… Creía que no te volvería a ver. Y me mataba recordar cómo había dejado las cosas entre nosotros.

Cuando vuelvo a levantar la vista, Warner me está observando con los ojos brillantes, luminosos. Miro el movimiento de su garganta mientras traga saliva.

—Perdóname —susurro—. Sé que ahora todo parece absurdo, pero ya no quiero dar nada por sentado. Perdona que te haya hecho daño. Perdóname por no confiar en ti. Descargué mi dolor en ti y lo siento. Fui egoísta y te hice daño, y lo siento.

Se queda en silencio tanto rato que casi no puedo soportarlo.

Cando al fin habla, su voz es rasposa por la emoción.

—Cariño, no hay nada que perdonar.

# WARNER

Ella está dormida en mis brazos.

*Ella.*

Ya no puedo pensar en ella como Juliette.

Llevamos una hora en el aire, y Ella ha llorado hasta que se ha quedado sin lágrimas, ha llorado durante tanto rato que creía que me mataba. No sabía qué decir. Estaba tan atónito que no sabía cómo calmarla. Y solo cuando el cansancio ha superado a las lágrimas se ha quedado quieta al fin y se ha desplomado por completo en mis brazos. La he estado sujetando contra mi pecho durante al menos media hora, maravillado ante el efecto que me causa el simple hecho de tenerla cerca. De vez en cuando, me parece un sueño. Tiene la cara apoyada en mi cuello. Se aferra a mí como si no me fuera a soltar jamás y me produce algo, algo estimulante, saber que podría quererme, o necesitarme, de esta manera. Hace que quiera protegerla aunque no necesite protección. Hace que quiera llevármela lejos. Perder la noción del tiempo.

Le acaricio el pelo con amabilidad. Presiono los labios contra su frente.

Se mueve, pero solo un poco.

No me esperaba esto.

De todas las cosas que pensaba que podían pasar cuando por fin la vi, nunca imaginé un escenario como este.

Nadie se ha disculpado conmigo antes. No así.

He visto a hombres caer de rodillas delante de mí, suplicándome que les perdonara la vida, pero no puedo recordar ni una vez en mi vida en que alguien se disculpara por haberme herido los sentimientos. Nadie se ha preocupado por mis sentimientos lo bastante como para disculparse por herirlos. En mi experiencia, normalmente yo soy el monstruo. Yo soy el que se espera que tenga que arreglar las cosas.

Y ahora…

Estoy asombrado. Asombrado por la experiencia, por lo extraño que me siento. Todo este tiempo, me he estado preparando para recuperarla. Para intentar convencerla de que intentase ver, de algún modo, más allá de mis demonios. Y hasta este momento no creo que estuviera convencido de verdad de que alguien pudiera valorar mi humanidad lo suficiente como para perdonar mis pecados. Como para darme una segunda oportunidad.

Pero ahora lo sabe todo.

Cada rincón oscuro de mi vida. Cada cosa horrible que he intentado ocultar. Lo sabe y, aun así, me quiere.

Dios. Me paso una mano cansada por la cara. Me ha pedido que la perdone. Casi no sé qué hacer conmigo mismo. Siento alegría y terror. El corazón me pesa con algo que no sé ni cómo describir.

Gratitud, tal vez.

El dolor del pecho se me ha vuelto más fuerte, más intenso. Estar cerca de ella es de algún modo un alivio y un nuevo tipo de calvario a la vez. Tenemos mucho por delante, mucho a lo que todavía nos tenemos que enfrentar, juntos, pero ahora mismo no quiero pensar en nada de eso. Ahora mismo solo quiero disfrutar de su cercanía. Quiero observar los movimientos suaves de su respiración. Quiero inhalar el aroma suave de su pelo e inclinarme hacia el calor de su cuerpo.

Con cuidado, le acaricio la mejilla con los dedos.

Su cara es suave, liberada del dolor y de la tensión. Parece en paz. Está *preciosa.*

Mi amor.

Mi precioso amor.

Abre los ojos de golpe y me preocupo, durante un instante, por si he hablado en voz alta. Pero entonces levanta la vista hacia mí, los ojos todavía entrecerrados por el sueño, y llevo una mano hasta su cara, y esta vez resigo suavemente la línea de su mandíbula con los dedos. Vuelve a cerrar los ojos. Sonríe.

—Te quiero —susurra.

Una oleada de emociones se agolpa en mi interior y me impide respirar bien. Solo puedo mirarla, estudiar su cara, las líneas y los ángulos que en cierto modo siempre he conocido.

Poco a poco, se incorpora.

Se reclina hacia atrás y estira los músculos, doloridos y agarrotados. Cuando ve que la estoy observando, me regala una sonrisa tímida.

Se inclina hacia mí y me toma la cara con las manos.

—Hola —dice con tono suave, sus manos amables mientras inclina mi mentón hacia abajo, hacia su boca. Me besa una vez, con esos labios carnosos y dulces. Es un beso tierno, pero el deseo me invade con una necesidad afilada y desesperada—. Te he echado tanto de menos —añade—. Todavía no me puedo creer que estés aquí.

Me vuelve a besar, esta vez más profundo, con más ganas, y el corazón me late tan rápido que

me retumba en los oídos. Apenas puedo oír otra cosa. No consigo hablar.

Me siento abrumado.

Cuando nos separamos, hay preocupación en sus ojos.

—Aaron —dice—. ¿Estás bien?

Y me doy cuenta entonces, en un instante que me aterroriza, de que quiero esto para siempre. Quiero pasar el resto de mi vida con ella. Quiero construir un futuro con ella. Quiero envejecer a su lado.

Quiero casarme con ella.

# ~~JULIETTE~~
# ELLA

—¿Aaron? —repito, esta vez más suave—. ¿Estás bien?

Parpadea, sorprendido.

—Sí —responde, tomando aire de pronto—. Sí. Estoy perfectamente.

Consigo esbozar una sonrisa.

—Me alegro de que al final estés de acuerdo conmigo.

Frunce el ceño, confundido, y entonces, cuando se va dando cuenta…

Se pone rojo.

Y, por primera vez en semanas, una sonrisa entera y sincera se extiende por mi cara. Me sienta bien. Me siento humana.

Pero Aaron niega con la cabeza, claramente humillado. No puede mirarme a los ojos. Su voz es cautelosa y baja cuando responde:

—No es para nada lo que quería decir.

—Eh —digo, y mi sonrisa se desvanece. Le tomo las manos con las mías y las aprieto—. Mírame.

Me mira.

Y me olvido de lo que iba a decirle.

Tiene ese tipo de cara, el tipo de cara que hace que te olvides de dónde estás, de quién eres, de lo que ibas a hacer o decir. Lo he echado mucho de menos. He echado de menos sus ojos. Solo han sido un par de semanas, pero parece que haya pasado una eternidad desde la última vez que lo vi, una vida entera llena de revelaciones horribles que han amenazado con rompernos a los dos. No me puedo creer que esté aquí, que nos encontramos mutuamente y hayamos arreglado las cosas.

No es poca cosa.

Incluso con todo lo demás, con todos los demás horrores a los que todavía tenemos que enfrentarnos, estar aquí con él parece una gran victoria. Todo parece nuevo. Mi mente parece nueva, mis recuerdos nuevos. Incluso el rostro de Aaron es nuevo, a su manera. Me mira un poco distinto ahora.

Familiar.

Como si siempre hubiera estado ahí. Como si siempre hubiera vivido en mi corazón.

Su pelo, espeso y dorado y precioso, es como mejor lo recordaba; Evie debe de haberle hecho algo en el pelo también, seguro. Y aunque tiene aspecto de estar más cansado de lo que me gustaría, su rostro sigue siendo espectacular. Rasgos afilados y hermosos. Ojos verdes profundos tan claros y brillantes que casi duele mirarlos. Todo en él está tallado al detalle. Su nariz. Su mentón. Sus orejas y sus cejas. Tiene una boca espectacular.

Me quedo embobada demasiado rato, los ojos me traicionan la mente, y Aaron sonríe. Aaron. Llamarlo Warner ya no me parece bien.

—¿Qué estás haciendo, cariño?

—Me limitaba a disfrutar de las vistas —digo, todavía mirándole la boca. Extiendo una mano y le toco el labio inferior con dos dedos. Los recuerdos me inundan en un instante repentino que me deja sin aliento. Noches largas. Mañanas tempranas. Su boca sobre la mía. En todos lados. Una y otra vez.

Oigo cómo suelta el aire, de repente, y vuelvo la mirada hacia él.

Sus ojos están más oscuros, llenos de sentimiento.

—¿En qué piensas?

Niego con la cabeza sintiéndome avergonzada de golpe. Es extraño, teniendo en cuenta lo cerca que hemos estado, que ahora me muestre tímida ante él. Pero me parece algo viejo y nuevo para mí, como si todavía estuviéramos conociendo cosas el uno del otro. Como si todavía estuviéramos descubriendo lo que significa nuestra relación y lo que nos significamos el uno para el otro. Todo parece más profundo, más desesperado.

Más importante.

Vuelvo a tomarle las manos.

—¿Cómo estás? —susurro.

—Mi padre sigue vivo —responde mientras observa nuestras manos entrelazadas.

—Me lo han contado. Lo siento mucho.

Asiente y desvía la mirada.

—¿Lo has visto?

Asiente de nuevo.

—He intentado matarlo.

Me quedo petrificada.

Sé lo difícil que ha sido para Aaron enfrentarse a su padre. Anderson siempre ha sido su

oponente más formidable; Aaron nunca ha sido capaz de luchar contra él de frente. Nunca ha sido capaz de llevar a cabo hasta el final sus amenazas de matar a su padre.

Es increíble que lo haya intentado siquiera.

Y entonces me cuenta que su padre está desarrollando poderes curativos y cómo Evie ha intentado recrear el ADN de las gemelas para él.

—Entonces, ¿tu padre es básicamente invencible?

Aaron suelta una risita. Niega con la cabeza.

—No creo. Será más difícil matarlo, pero definitivamente creo que en su armadura tiene que haber un punto débil. —Suspira—. Lo creas o no, lo más raro de todo esto es que, al final, mi padre estaba orgulloso de mí. Orgulloso de que lo haya intentado matar. —Aaron levanta la vista y me mira a los ojos—. ¿Te lo puedes creer?

—Sí —murmuro—, me lo creo.

Los ojos de Aaron se llenan de emoción. Tira de mí hacia él.

—Lo siento mucho, cariño. Siento mucho todo lo que te han hecho. Siento todo por lo que te han hecho pasar. Me mata saber que estabas sufriendo. Y que no pude estar ahí contigo.

—Ahora mismo no quiero pensar en eso. —Niego con la cabeza—. Ahora mismo lo único que quiero es esto. Solo quiero estar aquí. Contigo. Que venga lo que tenga que venir; lo enfrentaremos juntos.

—Ella —dice en voz baja.

Una oleada de emociones me invade. Oírlo decir mi nombre, mi nombre real, hace que todo parezca real. Hace que nosotros seamos reales.

Lo miro a los ojos.

Sonríe.

—¿Sabes? Cuando me tocas, amor, lo noto todo. Noto tu emoción. Tus nervios. Tu placer. Y me encanta —murmura—. Me encanta la manera como respondes a mí. Me encanta la manera como me quieres. Si me sueltas, noto la manera como confías en mí cuando estamos juntos. Y noto tu amor hacia mí —susurra—. Lo noto en los huesos.

Gira el rostro.

—Te he querido toda mi vida. —Levanta la vista y me mira con tanto sentimiento que casi me rompe el corazón—. Y después de todo por lo que hemos pasado, después de todas las mentiras y secretos y malentendidos, creo que nos han dado la oportunidad de empezar de nuevo. Quiero empezar de cero. No quiero volver a mentirte nunca. Quiero que confiemos el uno en el otro y seamos compañeros de verdad en todo. No más malentendidos. No más secretos. Quiero que

empecemos de cero, aquí, en este momento.

Asiento y me aparto para poder verle la cara con más claridad. Las emociones me forman un nudo en la garganta y amenazan con tomar el control.

—Yo también quiero eso. Lo quiero de verdad.

—Ella —dice con voz rasposa, cargada de sentimiento—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

El corazón se me detiene.

Lo miro, insegura, los pensamientos giran a toda velocidad en mi cabeza. Le toco la mejilla y desvía la mirada y toma una bocanada de aire irregular.

—¿Qué estás diciendo? —susurro.

—Te quiero, Ella. Te quiero más que a nad…

—Vaya. De verdad que no os podíais esperar hasta que llegáramos a la base, ¿eh? ¿No podríais haberme ahorrado que presenciara esta escenita?

El sonido de la voz de Kenji me saca repentina y abruptamente de mi cabeza. Me giro demasiado rápido y me despego del cuerpo de Aaron de una manera extraña.

Aaron, por su lado, se queda blanco del todo.

Kenji le arroja un cojín pequeño del avión.

—De nada —le dice.

Aaron le devuelve el cojín sin mediar palabra, con los ojos encendidos en la dirección de Kenji. Parece estar a la vez sorprendido y enfadado, y se inclina hacia delante en el asiento con los codos apoyados en las rodillas y el dorso de las manos sobre los ojos.

—Eres como una plaga en mi vida, Kishimoto.

—He dicho «de nada».

Aaron suelta un suspiro alargado.

—Lo que daría por romperte el cuello ahora mismo, no te haces una idea.

—Eh… No tienes ni idea de lo que acabo de hacer por ti —repone Kenji—. Así que voy a repetirlo una vez más: de nada.

—Jamás te he pedido ayuda.

Kenji se cruza de brazos. Cuando habla, marca cada palabra, como si estuviera hablando con un idiota.

—No creo que estés pensando con claridad.

—Pienso más claro que nunca.

—¿De verdad creías que sería una buena idea? —le pregunta Kenji mientras niega con la

cabeza—. ¿Aquí? ¿Ahora?

Aaron tensa la mandíbula. Tiene aspecto soliviantado.

—Colega, este no es el momento.

—¿Y cuándo, exactamente, te convertiste en un experto en estas cosas?

Paso la mirada entre los dos.

—¿Qué está pasando? —intervengo—. ¿De qué estáis hablando?

—Nada —responden al unísono.

—Mmm, vale. —Me los quedo mirando, todavía confundida, y estoy a punto de hacer otra pregunta cuando al fin Kenji dice:

—¿A quién le apetece comer algo?

Las cejas se me disparan hacia la frente.

—¿Tenemos comida?

—Es bastante horrible —admite Kenji—, pero Nazeera y yo tenemos una cesta de picnic que hemos traído con nosotros, sí.

—Supongo que sí que quiero probar los contenidos de la cesta misteriosa. —Le sonrío a Aaron —. ¿Tienes hambre?

Pero Aaron no contesta. Sigue mirando al suelo. Le toco la mano, y al final suspira.

—No tengo hambre —contesta.

—No es una opción —dice Kenji con brusquedad—. Estoy bastante seguro de que no has comido una mierda desde que saliste de la prisión falsa.

Aaron frunce el ceño.

—No era una prisión falsa. Era una prisión bien real. Me han envenenado durante semanas.

—¿Qué? —Mis ojos se abren—. No me lo has cont…

Kenji me corta con un movimiento de la mano.

—Te han dado comida, agua, y te han dejado quedarte con la ropa, ¿no?

—Sí, pero…

Se encoge de hombros.

—Es como si hubieras estado en unas pequeñas vacaciones.

Aaron suspira. Parece a la vez enfadado y cansado mientras se pasa una mano por la cara.

No me gusta.

—Ey… ¿Por qué te estás pasando tanto con él? —digo, arrugando la frente hacia Kenji—. Justo antes de que él y Nazeera aparecieran, no parabas de decir lo maravilloso que es, y ahor…

Kenji maldice, de repente, entre dientes.

—Dios, J. —Me lanza una mirada sombría—. ¿Qué te he dicho sobre repetir esa conversación en voz alta?

Aaron se sienta, y la frustración en sus ojos da paso lentamente a la sorpresa.

—¿Piensas que soy maravilloso? —dice, con una mano apoyada en el pecho en un gesto irónico de afecto—. Qué encanto.

—Nunca he dicho que seas maravilloso.

Aaron ladea la cabeza.

—Entonces, ¿qué dijiste exactamente?

Kenji se da la vuelta. No responde.

—Que todo te sentaba bien y que eras bueno en todo —digo sonriendo a la espalda de Kenji.

La sonrisa de Aaron se ensancha.

Casi nunca sonríe lo suficiente como para que le vea los hoyuelos, pero cuando lo hace, le transforman el rostro. Se le iluminan los ojos. Sus mejillas se sonrojan de sentimiento. De repente, tiene aspecto dulce. Adorable.

Me quita el aliento.

Pero no me está mirando a mí, mira a Kenji con los ojos llenos de alegría.

—Por favor, dime que no es verdad.

Kenji nos levanta el dedo corazón.

Aaron se ríe, y entonces, inclinándose hacia delante…

—¿De verdad te parece que todo me queda bien?

—Cállate, imbécil.

Aaron se ríe de nuevo.

—Dejad de pasároslo bien sin mí —grita Nazeera desde la cabina—. Nada de bromas hasta que ponga esta cosa en control de crucero.

Me pongo rígida.

—¿Los aviones tienen control de crucero?

—Mmm…. —Kenji se rasca la cabeza—. La verdad es que no lo sé.

Pero Nazeera se pasea a nuestro alrededor, alta y preciosa y despreocupada. Hoy no lleva la cabeza tapada, lo cual supongo que tiene sentido, teniendo en cuenta que es mayormente ilegal, pero siento un atisbo de pánico que se me esparce por el cuerpo cuando me percato de que no tiene ninguna prisa por volver a la cabina.

—Un momento… Nadie está pilotando el avión —constato—. ¿No debería haber alguien pilotando el avión?

Le resta importancia con un movimiento de la mano.

—No pasa nada. De todos modos, estas cosas hoy en día son prácticamente automáticas. Solo tengo que meter las coordenadas y asegurarme de que todo vaya bien.

—Pero…

—No hay de qué preocuparse —me dice con una mirada afilada—. Todo va bien. Pero alguien tiene que contarme qué está pasando.

—¿Estás segura de que todo va bien? —pregunto una vez más, en voz baja.

Me lanza una mirada sombría.

Suspiro.

—Vale, pues en ese caso… Deberías saber que Kenji estaba admirando el buen gusto de Aaron por la moda.

Nazeera posa la vista en Kenji y arquea una ceja.

Kenji niega con la cabeza, claramente irritado.

—Yo no… Joder, J., eres una traidora.

—Soy muy leal —respondo, ligeramente herida—. Pero cuando os peleáis así me estreso. Solo quiero que Aaron sepa que en secreto te preocupas por él. Os quiero a los dos y quiero que seáis amig…

—Un momento —dice Aaron con la frente fruncida—. ¿A qué te refieres con que nos quieres a los dos?

Paso la mirada de él a Kenji, sorprendida.

—Quiero decir que me importáis los dos. Os quiero a los dos.

—Muy bien —dice Aaron, dubitativo—, pero en realidad no nos quieres a los dos. Solo es una manera de hablar, ¿verdad?

Ahora es mi turno de fruncir el ceño.

—Kenji es mi mejor amigo —respondo—. Lo quiero como a un hermano.

—Pero…

—Yo también te quiero, princesa —dice Kenji, en un tono más alto de lo habitual—. Y agradezco que digas eso.

Aaron murmura algo entre dientes que suena sospechosamente a algo en plan: «sucio idiota».

—¿Qué me has dicho? —Kenji abre mucho los ojos—. Te informo de que me limpio siempre…

Nazeera posa una mano tranquilizadora en el brazo de Kenji, y él se sobresalta con el contacto. La mira, parpadeando.

—Nos quedan cinco horas de vuelo por delante —dice, y su voz es firme pero amable—. Así que os recomiendo que dejemos de lado esta conversación. Creo que todo el mundo tiene claro que tú y Warner disfrutáis de vuestra amistad en secreto, y no nos hace ningún favor que finjáis lo contrario.

Kenji palidece.

—¿Os suena a un plan razonable? —Pasa la mirada por todos nosotros—. ¿Podemos estar de acuerdo en que estamos todos en el mismo equipo?

—Sí —digo con entusiasmo—. Sí. Estoy de acuerdo.

—Está bien —asiente Aaron.

—Fantástico —repone Nazeera—. Kenji, ¿tú también?

Kenji asiente y murmulla algo en voz baja.

—Perfecto, pues este es el plan —salta ella de repente—: Vamos a comer y luego haremos turnos para intentar dormir un poco. Vamos a tener un montón de cosas con las que lidiar cuando aterricemos, y será mejor que podamos salir corriendo nada más tocar suelo. —Nos lanza unas cuantas bolsas selladas al vacío a cada uno—. Esa es vuestra comida. Hay botellas de agua en la nevera ahí delante. Kenji y yo haremos el primer turno…

—Ni hablar —protesta Kenji cruzándose de brazos—. Has estado despierta durante veinticuatro horas seguidas. Yo haré el primer turno.

—Pero…

—Warner y yo haremos el primer turno juntos, de hecho. —Kenji le lanza una mirada a Warner—. ¿No es así?

—Sí, claro —responde Aaron. Ya está de pie—. Lo haré encantado.

—Genial —dice Kenji.

Nazeera ya está reprimiendo un bostezo y sacando un montón de mantas y cojines de un armario de almacenamiento.

—Muy bien, entonces. Pero despertadnos dentro de un par de horas, ¿sí?

Kenji la mira con una ceja arqueada.

—Claro.

—Hablo en serio.

—Que sí. Captado. —Kenji le dedica un saludo burlón, Aaron me ofrece una sonrisa rápida y los dos desaparecen hacia la cabina.

Kenji cierra la puerta tras ellos.

Estoy mirando hacia la puerta cerrada, preguntándome qué narices está pasando entre ellos

dos, cuando Nazeera me interrumpe.

—No tenía ni idea de que fuerais tan intensos.

Levanto la vista, sorprendida.

—¿Quién? ¿Aaron y yo?

—No —dice, sonriendo—. Kenji y tú.

—Ah. —Frunzo el ceño—. No creo que seamos intensos.

Me mira con cierta suspicacia.

—Hablo en serio —le aseguro—. Creo que tenemos una amistad bastante normal.

En vez de contestarme, me pregunta:

—¿Alguna vez… —mueve la mano en el aire— habéis salido juntos?

—¿Qué? —Abro mucho los ojos. Un calor traicionero me inunda el cuerpo—. No.

—¿Nunca? —insiste, con un amago de sonrisa.

—Nunca. Lo juro. Ni siquiera un poco.

—Está bien.

—No es que él tenga algún problema —me apresuro a añadir—. Kenji es maravilloso. La persona adecuada sería muy afortunada de estar con él.

Nazeera se ríe en voz baja.

Lleva el montón de cojines y mantas hasta la hilera de asientos del avión y empieza a reclinar los respaldos. La observo mientras trabaja. Hay algo muy suave y refinado en sus movimientos, siempre hay algo inteligente en sus ojos. Hace que me pregunte qué está pensando, qué está planeando. Qué hace aquí.

De repente, suspira.

—¿Te acuerdas ya de mí? —me pregunta sin mirarme.

Levanto las cejas, sorprendida.

—Por supuesto —respondo en voz baja.

Ella asiente.

—Llevo esperando un rato para ponernos al día —dice, y se sienta, invitándome a unirme a ella con unos golpecitos en el asiento que tiene al lado.

Voy.

Sin mediar palabra, me pasa un par de mantas y cojines. Y entonces, cuando ambas nos hemos acomodado y siento un hambre voraz al sujetar el paquete sellado al vacío de «comida» que me ha lanzado, le pregunto:

—Entonces, ¿tú también me recuerdas?

Nazeera rasga su paquete sellado al vacío. Mira en el interior para estudiar su contenido.

—Emmaline me guio hasta ti —me cuenta en voz baja—. Los recuerdos. Los mensajes. Era ella.

—Lo sé —respondo—. Está intentando juntarnos. Quiere que unamos fuerzas.

Nazeera vacía el contenido de la bolsa con un gesto de la mano y escoge entre los trocitos de fruta liofilizada. Me mira.

—Tenías cinco años cuando desapareciste. Emmaline tenía seis. Yo soy seis meses mayor que tú y seis meses más pequeña que Emmaline.

Asiento.

—Las tres éramos mejores amigas.

Nazeera desvía la mirada, parece triste.

—Quería mucho a Emmaline —dice—. Éramos inseparables. Lo hacíamos todo juntas. —Se encoge de hombros mientras un destello de dolor le cruza el rostro—. Es lo único que tuvimos. El futuro que habríamos podido tener juntas nos lo arrebataron.

Selecciona dos piezas de fruta y se las mete en la boca. La observo mientras mastica, pensativa, y espero a que siga hablando.

Pero los segundos pasan y no dice nada, y me figuro que debería llenar el silencio.

—Entonces, no vamos a dormir, ¿verdad?

Eso la hace sonreír. Aun así, no me mira.

—Sé que tú y Warner os llevasteis la peor parte por completo, lo sé. Pero si te hace sentir mejor, nos borraron todos nuestros recuerdos, al principio.

—Lo sé. Emmaline me lo contó.

—No querían que te recordáramos —dice—. No querían que recordáramos muchas cosas. ¿Te dijo Emmaline que se ha puesto en contacto con todos nosotros? Contigo, conmigo, con Warner, con mi hermano… Con todos los demás.

—Me contó algunos detalles, sí. ¿Has hablado con alguno de los demás sobre eso?

Nazeera asiente. Se mete otra pieza de fruta en la boca.

—¿Y bien?

Ladea la cabeza.

—Ya veremos.

Abro los ojos.

—¿Qué significa eso?

—Sabré más cuando aterricemos, eso es todo.

—Entonces… ¿Cómo lo supiste? —le pregunto, frunciendo ligeramente el ceño—. Si solo habías tenido recuerdos de mí y de Emmaline cuando éramos niñas, ¿cómo lo enlazaste todo con el presente? ¿Cómo supiste que yo era la Ella de nuestra niñez?

—¿Sabes una cosa? No estaba segura al cien por cien de acertar hasta que te vi en la cena aquella primera noche en la base.

—¿Me reconociste? —le pregunto—. ¿De cuando tenía cinco años?

—No —responde, y asiente hacia mi mano derecha—. Por la cicatriz en el dorso de tu muñeca.

—¿Esto? —digo mientras levanto la mano. Y entonces arrugo la frente al recordar que Evie me ha reparado la piel. Antes tenía cicatrices desgastadas por todo el cuerpo; las de mis manos eran las peores. Mi madre adoptiva me puso las manos en el fuego, una vez. Y me autolesioné mucho cuando estuve encerrada; muchas quemaduras, muchas heridas mal curadas.

»Antes tenía cicatrices en la mano de cuando estaba en el manicomio. Evie me liberó de ellas —digo tras negar con la cabeza.

Nazeera me toma la mano, le da la vuelta para que mi palma mire hacia arriba, abierta. Con cuidado, traza una línea desde la muñeca hasta el antebrazo.

—¿Te acuerdas de la que tenías aquí?

—Sí. —Arqueo las cejas.

—Mi padre tiene una colección muy extensa de espadas —me comenta, y me suelta la mano —. Espadas que son realmente bellas: piezas doradas, hechas a mano, antiguas y ornamentadas. De todos modos —prosigue tapándome la cicatriz invisible de la muñeca—, esa te la hice yo. Me colé en la habitación donde mi padre las guardaba y pensé que sería divertido que practicáramos un poco de combate cuerpo a cuerpo. Pero te hice un corte bastante profundo, y mi madre me molió a palos. —Se ríe—. Nunca lo olvidaré.

La miro con el ceño fruncido y miro donde tenía la cicatriz.

—¿No has dicho que éramos amigas cuando teníamos cinco años?

Asiente.

—¿Teníamos cinco y pensamos que sería divertido jugar con espadas reales?

Se echa a reír. Parece confundida.

—No he dicho que tuviéramos una niñez normal. Nuestras vidas estaban patas arriba —afirma, y se vuelve a reír—. Nunca confié en mis padres. Siempre supe que estaban metidos hasta las cejas en alguna mierda oscura, siempre intenté descubrir más. Había intentado, durante años, colarme en los archivos electrónicos de mi padre, y durante mucho tiempo solo pude acceder a información básica. Me enteré de lo de los manicomios. De lo de los antinaturales.

—Por eso les ocultaste tus habilidades —le digo, entendiéndolo al fin.

Nazeera asiente.

—Pero quería saber más. Sabía que solo estaba rascando la superficie de algo grande. Pero los niveles de seguridad instalados en la cuenta de mi padre es algo que no había visto nunca antes. Fui capaz de sobrepasar los primeros niveles de seguridad, y fue así como descubrí tu existencia y la de Emmaline, hace ya unos años. Papá tenía montones de informes, informes sobre tus hábitos diarios y actividades, un registro con la fecha y la hora de cada recuerdo que te habían robado, y todos eran de años y meses recientes.

Me cuesta respirar.

Nazeera me dedica una mirada compasiva.

—En tus archivos había menciones esporádicas a una hermana, pero nada sustancial; básicamente alguna nota de que las dos erais poderosas y que vuestros padres os habían donado a la causa. Pero no pude encontrar nada sobre la hermana desconocida, lo que me hizo pensar que sus archivos debían de estar más protegidos. Me pasé los últimos dos años intentando superar los niveles de seguridad más profundos de la cuenta de papá, pero nunca obtuve resultados, así que lo dejé durante un tiempo.

Se mete otra porción de fruta seca en la boca.

—No fue hasta que mi padre empezó a perder la cabeza después de que casi mataras a Anderson cuando empecé a sospechar. Fue entonces cuando empecé a preguntarme si la «Juliette Ferrars» sobre la que no paraba de gritar no sería alguien importante. —Me observa por el rabillo del ojo—. Sabía que no podías ser una antinatural cualquiera. Simplemente, lo sabía. Papá se puso furioso. Así que volví a colarme en su sistema.

—Vaya —me sorprendo.

—Sí —afirma asintiendo—, ¿verdad? De todos modos, lo que intento decirte es que he intentado durante años desvelar toda esta situación de mierda, y ahora, con Emmaline en la cabeza, al fin me acerco a descubrirlo.

Levanto la vista hacia ella.

—Lo único que todavía no sé es por qué Emmaline está encerrada. No sé qué le están haciendo. Y no entiendo por qué es un secreto tan grande.

—Yo sí —afirmo.

Levanta la cabeza de golpe. Me mira con los ojos como platos.

—Menuda manera de guardarte la información, Ella.

Me río, pero el sonido es triste.

# WARNER

Nada más tomar asiento, Kenji se gira hacia mí.

—¿Quieres contarme qué narices está pasando? —me pregunta.

—No.

Kenji pone los ojos en blanco. Rasga la pequeña bolsa de aperitivo y ni siquiera inspecciona su contenido antes de llevársela directamente a la boca. Cierra los ojos mientras mastica. Emite pequeños sonidos de placer.

Consigo refrenar el impulso de estremecerme, pero no puedo evitar decirle:

—Comes como un cavernícola.

—No es verdad —dice enfadado. Y entonces, un momento después—: ¿Sí?

Vacilo al notar la vergüenza que lo invade de repente. De todas las emociones que odio experimentar, la vergüenza ajena tal vez sea la peor. Me golpea directamente en el estómago. Hace que me quiera arrancar la piel a tiras.

Y es la manera más fácil de hacerme capitular.

—No —digo en tono grave—. No comes como un cavernícola. Eso ha sido inadecuado.

Kenji me mira. Hay demasiada esperanza en sus ojos.

—Es solo que nunca he visto a nadie comer con el mismo entusiasmo que tú.

Kenji arquea una ceja.

—No es entusiasmo. Es que tengo hambre.

Con cuidado, rasgo mi propio paquete. Agito la bolsa y dejo caer unos cuantos pedazos de fruta en mi mano abierta.

Parecen gusanos disecados.

Devuelvo la fruta a la bolsa, me sacudo las manos y le ofrezco mi porción a Kenji.

—¿Estás seguro? —me pregunta, aunque ya me la está quitando de las manos.

Asiento.

Me lo agradece.

Los dos nos quedamos callados un rato.

—Bueno —dice Kenji al final, todavía masticando—. Ibas a pedirle la mano. Vaya.

Suelto una exhalación larga y pesada.

—¿Cómo podías saber algo así?

—Porque no estoy sordo.

Levanto las cejas.

—Aquí dentro hace eco.

—Sin duda alguna, aquí no hace eco.

—Deja de cambiar de tema —rebate, metiéndose más fruta en la boca—. La cosa es que se lo ibas a pedir. ¿Lo niegas?

Aparto la mirada y me paso una mano por el lado del cuello para masajearme los músculos doloridos.

—No lo niego —respondo.

—Entonces, enhorabuena. Y sí, estaré encantado de ser tu padrino de boda.

Levanto la vista, sorprendido.

—No tengo ningún interés en referirme a la última parte de lo que acabas de decir, pero… ¿por qué me felicitas? Creía que te oponías completamente a la idea.

Kenji arruga la frente.

—¿Qué? No me opongo a la idea.

—¿Por qué estabas tan enfadado, pues?

—He pensado que era estúpido que lo hicieras aquí —responde—. En este momento. No quería que hicieras algo de lo que te pudieras arrepentir. De los que ambos os pudierais arrepentir.

—¿Por qué me iba a arrepentir de pedírselo ahora? Este me parece un momento tan bueno como cualquier otro.

Kenji se ríe, pero de alguna manera consigue mantener la boca cerrada. Se traga otra porción de comida y dice:

—¿No quieres…, no sé, comprarle algunas rosas? ¿Encender unas velas? ¿Tal vez regalarle una caja de bombones o alguna mierda? O, bueno, eh, no sé… ¿A lo mejor quieres conseguirle un anillo antes?

—No lo entiendo.

—Venga, colega… ¿Nunca has visto una película o qué?

—No.

Kenji se me queda mirando, perplejo.

—Me tomas el pelo. Por favor, dime que estás bromeando.

Me crispo.

—Cuando era pequeño, no me permitieron ver películas, así que nunca adquirí el hábito, y

después de que el Restablecimiento tomara el control, ese tipo de cosas se ilegalizaron de todos modos. Además, no me gusta quedarme sentado en la oscuridad durante tanto tiempo. Y no disfruto con las manipulaciones emocionales del cine.

Kenji se lleva las manos a la cara, con los ojos abiertos con algo parecido al horror.

—Tienes que estar de broma.

—¿Por qué debería…? No entiendo por qué es tan raro. Me educaron en casa. Mi padre era muy…

—Hay muchas cosas de ti que nunca he conseguido entender —dice Kenji, mirando a la pared detrás de mí estupefacto—. Es que todo sobre ti es extraño, ¿sabes?

—No —respondo tajante—. No me considero extraño.

—Pero ahora todo tiene sentido. —Niega con la cabeza—. Ahora todo tiene mucho sentido. Vaya. Quién lo hubiera dicho.

—¿El qué tiene sentido?

Kenji no parece escucharme y va a la suya.

—Ey, ¿hay algo más que no hayas hecho nunca? Por ejemplo… No sé, ¿has ido a nadar alguna vez? O, digamos, ¿has soplado velas en un pastel de cumpleaños?

—Claro que he ido a nadar —respondo irritado—. Nadar era una parte importante de mi entrenamiento táctico. Pero nunca he… —Me aclaro la garganta—. No, nunca tuve mi propio pastel de cumpleaños.

—Dios mío.

—¿Qué te pasa?

—Ey —dice Kenji de repente—. ¿No sabes ni quién es Bruce Lee?

Vacilo un momento.

Por su tono me está poniendo a prueba, pero aparte de eso Kenji no me está dando muchas más pistas, así que no entiendo la importancia de la pregunta.

—Bruce Lee era un actor —digo al fin—. Aunque también es considerado uno de los mejores artistas marciales de nuestra era. Fundó una escuela de artes marciales llamada *jeet kune do,* un tipo de kung-fu chino que rompe con los patrones y las formas. Su nombre chino es Lee Jun-fan.

—Vale, joder —suelta Kenji. Se vuelve a sentar en la silla y me mira como si fuera un extraterrestre—. Está bien. No me lo esperaba.

—¿Qué tiene que ver Bruce Lee con todo esto?

—Primero de todo —contesta levantando un dedo—, Bruce Lee tiene que ver con todo siempre. Y, segundo, ¿puedes hacer eso? —Chasquea los dedos en dirección a mi cabeza—.

¿Puedes recordar mierdas como esa así de fácil? ¿Hechos aleatorios?

—No son hechos aleatorios. Es información. Información sobre nuestro mundo, sus miedos, historias, fascinaciones y placeres. Saber este tipo de cosas es mi trabajo.

—Pero ¿nunca has visto ni una sola película?

—No tenía ninguna necesidad. Sé lo bastante sobre la cultura popular como para saber qué películas importaban o marcaban la diferencia.

Kenji niega con la cabeza, me mira con algo parecido al asombro.

—Pero no sabes nada sobre las mejores películas. Nunca viste las buenas de verdad. Ostras, probablemente nunca hayas oído hablar de las buenas.

—Ponme a prueba.

—¿Has oído hablar de *De ladrón a policía?*

Lo miro parpadeando.

—¿Es el nombre de una película?

—¿*Romeo debe morir*? ¿*Bad Boys*? ¿*Hora punta*? ¿*Hora punta 2*? ¿*Hora punta 3*? De hecho, *Hora punta 3* no fue tan buena. ¿*Enredados*?

—Esa última creo que son unos dibujos sobre una chica con el pelo muy largo, inspirado en un cuento alemán: Rapunzel.

Parece que Kenji se esté ahogando.

—¿Unos dibujos? —dice, indignado—. *Enredados* no son dibujos. *Enredados* es una de las mejores películas de todos los tiempos. Trata sobre la lucha por la libertad y el amor verdadero.

—Por favor —lo interrumpo mientras me paso una mano cansada por la cara—. De verdad que no me interesa qué tipo de dibujos te gusta mirar en tu tiempo libre. Solo quiero saber por qué estabas tan seguro de que estaba cometiendo un error hoy.

Kenji suspira tan profundo que se le hunden los hombros. Se desploma en la silla.

—No puedo creer que no hayas visto nunca *Men in Black.* O *Independence Day*. —Me mira con ojos brillantes—. Mierda, te encantaría *Independence Day*. Will Smith le da un puñetazo en la cara a un alienígena, por el amor de Dios. Es superbuena.

Me lo quedo mirando, impertérrito.

—Mi padre y yo siempre solíamos ver películas —sigue en voz baja—. A mi padre le encantaban. —Kenji solo se permite sentir lástima durante un momento, pero cuando lo hace, me golpea en una oleada salvaje y desesperada.

—Siento mucho que lo perdieras.

—Sí, bueno. —Kenji se pasa una mano por la cara. Se frota los ojos y suspira—. De todos

modos, haz lo que quieras. Solo creo que deberías comprarle un anillo o algo antes de arrodillarte.

—No tenía pensado arrodillarme.

—¿Qué? —Tuerce el gesto—. ¿Por qué no?

—Me parece ilógico.

Kenji se ríe y pone los ojos en blanco.

—Escucha, confía en mí y al menos escoge un anillo antes. Hazle saber que lo has meditado. Que lo has pensado durante más de un segundo, ¿sabes?

—Lo he pensado durante más de un segundo.

—¿Durante cuánto, cinco segundos? ¿O quieres decir que planeabas pedírselo cuando te estaban envenenando en la prisión? —Kenji se ríe—. Colega, la has visto literalmente por primera vez hoy, hace dos horas, después de dos semanas de estar separados, ¿y crees que pedirle matrimonio es un paso racional y lúcido? —Niega con la cabeza—. Tómate un tiempo. Piénsalo. Planea algo.

Y entonces, de repente, su reacción cobra sentido.

—No crees que vaya a decir que sí. —Me siento aturdido. Miro hacia la pared—. Crees que me va a rechazar.

—¿Qué? No he dicho eso.

—Pero es lo que piensas, ¿no?

—Escucha —contesta, y suspira—. No tengo ni idea de lo que dirá. De verdad que no. Es decir, creo que es más que obvio que te quiere, y creo que si está preparada para proclamarse la comandante suprema de América del Norte, probablemente esté preparada para lidiar con algo tan grande como esto, pero… —Se frota la barbilla, aparta la vista—. O sea, sí, creo que tal vez deberías…, no sé, pensarlo durante un minuto.

Me lo quedo mirando. Asimilo sus palabras.

—Crees que debería conseguirle un anillo —digo al final.

Kenji sonríe en dirección al suelo. Parece estar reprimiendo una carcajada.

—Exacto. Sí, eso es.

—No sé nada sobre joyas.

Levanta la vista y percibo un brillo pícaro en sus ojos.

—No te preocupes. Estoy seguro de que los archivos que tienes en esa cabeza dura tuya tienen montones de información sobre ese tipo de cosas.

—Pero…

El avión da un salto repentino y me lanza de nuevo hacia mi asiento. Kenji y yo nos quedamos mirando mutuamente durante un segundo largo; la precaución le da paso al miedo y el miedo se va convirtiendo lentamente en pánico.

El avión vuelve a sacudirse. Esta vez con más intensidad.

Y luego una vez más.

—Eso no es una turbulencia —digo.

Kenji maldice en voz alta y se pone de pie de un salto. Examina el panel de control durante un segundo antes de girarse con las manos bien aferradas a la cabeza.

—No puedo leer estos marcadores, no tengo ni idea de cómo leer estos malditos marcadores…

Abro la puerta de la cabina de golpe justo cuando Nazeera entra corriendo. Me aparta cuando pasa por mi lado para escanear el panel de control y, cuando de repente se separa, tiene aspecto de estar aterrorizada.

—Hemos perdido uno de los motores —dice. Sus palabras son a duras penas un susurro—. Alguien nos está disparando por el cielo.

—¿Qué? ¿Cómo es eso…?

Pero no hay tiempo para discutirlo. Y Nazeera y yo apenas tenemos la oportunidad de intentar descubrir la manera de solucionarlo antes de que el avión vuelva a sacudirse, y esta vez las máscaras de oxígeno de emergencia caen de los compartimentos superiores. La sirena empieza a sonar. Las luces del techo parpadean sin cesar, insistentes, y un pitido estridente nos avisa de que el sistema está fallando.

—Tenemos que intentar aterrizar el avión —dice Nazeera—. Tenemos que encontrar la manera… Mierda. —Se cubre la boca con la mano—. Acabamos de perder otro motor.

—¿Nos vamos a caer del puto cielo?

Es la aportación de Kenji.

—No podemos aterrizar el avión —digo. El corazón me late desbocado, pero intento mantener la cabeza serena—. Así no, cuando nos faltan dos motores. No mientras nos sigan disparando.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta Nazeera.

—Hay que saltar. —Es Ella, en la puerta, quien pronuncia las palabras con mucha calma.

# ~~JULIETTE~~
# ELLA

—¿Qué?

Los tres se giran para mirarme.

—¿De qué hablas? —pregunta Kenji.

—Cariño, no es muy buena idea… En el avión no tenemos paracaídas, y sin eso…

—No, lleva razón —dice Nazeera con cautela. Me mira directamente a los ojos. Parece entender lo que estoy pensando.

—Funcionará —afirmo—. ¿No crees?

—La verdad, no tengo ni idea —responde Nazeera—. Pero vale la pena intentarlo. Puede que sea nuestra única opción.

Kenji empieza a moverse de arriba abajo.

—Vale, alguien tiene que contarme qué narices está pasando.

Aaron se ha quedado pálido.

—Cariño —repite—, ¿qué…?

—Nazeera sabe volar —explico—. Si encontramos una manera de amarrarnos de manera segura los unos a los otros, puede usar sus poderes para sujetarnos, tú puedes usar tu poder para apoyar el suyo, y como la posibilidad de que cualquiera de los dos pueda usar tanto poder mientras cargáis con todo nuestro peso no es muy alta, al final nos iremos acercando al suelo poco a poco.

Nazeera le echa un vistazo al panel de nuevo.

—Estamos a dos mil quinientos metros de altura y perdemos altitud rápidamente. Si vamos a hacerlo, deberíamos saltar ya, mientras el avión se mantiene relativamente estable.

—Un momento… ¿Dónde estamos? —pregunta Kenji—. ¿Dónde vamos a aterrizar?

—No estoy segura —responde ella—. Pero parece que estamos en algún lugar sobre las vecindades entre los sectores 200 y 300. —Mira a Aaron—. ¿Tienes algún amigo en esta región?

Aaron le lanza una mirada sombría.

—No tengo amigos en ningún lado.

—Ni habilidades sociales —murmura Kenji.

—No nos queda tiempo —digo—. ¿Vamos a hacerlo?

—Eso parece. Es el único plan que tenemos —constata Kenji.

—Creo que es un plan sólido —añade Aaron, y me lanza una mirada vacilante, pero alentadora —. Pero creo que deberíamos encontrar la manera de atarnos. Algún tipo de arnés o algo… Para que no nos separemos en el aire.

—No tenemos tiempo para eso. —La calma de Nazeera está dando paso al pánico a toda prisa —. Nos tendremos que agarrar con fuerza.

Kenji asiente, y tira de golpe de la puerta del avión. El viento entra rápido y fuerte, y casi nos lanza al suelo.

Rápidamente, entrelazamos los brazos, Nazeera y Aaron en las puntas, y con algunos gritos de confirmación en el viento aullante…

Saltamos.

Es una sensación espeluznante.

El viento nos eleva rápido y con fuerza, y entonces, de una, nos quedamos detenidos. Es como si estuviéramos congelados en el tiempo, zumbando inmóviles, mientras vemos cómo cae el avión, incesante, en la distancia. Nazeera y Aaron parecen estar haciendo su trabajo demasiado bien. No caemos lo bastante rápido, y no solo hace un frío helado aquí arriba, sino que el oxígeno también escasea.

—Voy a disminuir el poder —le grita Aaron a Nazeera, y ella le contesta afirmativamente.

Empezamos a descender poco a poco.

Observo mientras el mundo se difumina a nuestro alrededor. Nos dejamos llevar hacia abajo, sin prisa, con el viento empujando fuerte nuestros pies. Y entonces, de repente, el suelo aparece de golpe bajo nuestros pies, y nos dirigimos a toda velocidad hacia él.

Suelto un único grito aterrorizado…

¿O ha sido Kenji?

… antes de parar en seco, a un metro del suelo. Aaron me aprieta la mano y lo miro, agradecida por que nos sostenga.

Y entonces caemos al suelo.

Aterrizo mal sobre el tobillo y hago una mueca, pero puedo poner el peso en el pie, así que sé que no es grave. Miro alrededor para comprobar el estado de mis amigos, pero me doy cuenta, demasiado tarde, de que no estamos solos.

Estamos en un campo abierto gigante. En su día, seguramente era terreno de cultivo, pero ahora se ve reducido a poco más que ceniza. En la distancia aparece un grupo escaso de personas

que se nos acercan con rapidez.

Preparo mis poderes, lista para luchar. Lista para enfrentarme a lo que se nos ponga por delante. La energía me canturrea por dentro y centellea en mi sangre.

No tengo miedo.

Aaron me pasa un brazo alrededor y me acerca a él.

—Juntos —susurra—, pase lo que pase.

✣ ✣ ✣

Al fin, después de lo que parecen unos minutos incontables, dos cuerpos se separan del grupo. Se acercan a nosotros andando lentamente.

Todo mi cuerpo está en tensión, preparado para un ataque, pero a medida que se acercan, puedo discernir sus rostros.

Son dos adultos.

Uno, una mujer esbelta de pelo corto y una piel tan oscura que brilla. Desprende luz mientras camina y su sonrisa se ensancha con cada paso. A su lado hay otra cara sonriente, pero la visión familiar de su piel morena y los rizos largos hace que me invadan el asombro, el pánico y la esperanza. Me siento mareada.

*Castle.*

Su presencia aquí podría ser buena o mala. Mil preguntas me rondan la mente, entre ellas: ¿qué está haciendo aquí?, ¿cómo ha llegado aquí? La última vez que lo vi, no creía que estuviera de mi parte para nada… ¿Nos ha dado la espalda por completo?

La mujer es la primera que habla.

—Me alegra ver que estáis bien. Me temo que no nos quedó otra opción que disparar a vuestro avión en pleno vuelo.

—¿Qué? ¿Qué dic…?

—¿Castle? —La voz baja e incierta de Kenji se eleva por detrás de mí.

Castle da un paso adelante justo cuando Kenji se dirige hacia él, y los dos se abrazan, Castle lo aprieta tanto que prácticamente puedo sentir la tensión desde mi sitio. Los dos están visiblemente emocionados, y el momento es tan emotivo que me apacigua los miedos.

—Estás bien —dice Kenji—. Creía…

Haider y Stephan, el hijo del comandante supremo de África, sale de la multitud. La sorpresa me recorre el cuerpo al verlos. Asienten en dirección a Nazeera, y los tres se separan para formar otro grupo a un lado. Hablan en susurros apresurados.

Castle toma aire.

—Tenemos mucho de lo que hablar. —Y entonces me dice a mí—: Ella, me gustaría que conocieras a mi hija, Nouria.

Las cejas me salen disparadas hacia la frente. Miro a Aaron, que parece estar tan estupefacto como yo, pero Kenji suelta de repente un «Uooo», y embiste a Castle de nuevo. Los dos se ríen. Kenji va diciendo «no puede ser, no puede ser».

Nouria los ignora a conciencia y me sonríe.

—Llamamos a nuestra casa el Santuario —me indica—. Mi esposa y yo somos las líderes de la resistencia aquí. Bienvenidos.

Otra mujer se separa de la muchedumbre y da un paso adelante. Es bajita y tiene el pelo largo y rubio. Me estrecha la mano.

—Es un honor conocerte —me dice—. Me llamo Samantha.

Me las quedo observando a las dos, Nouria y Samantha de pie, una al lado de la otra. La felicidad de Castle. La sonrisa de la cara de Kenji. El grupito de Nazeera, Haider y Stephan a un lado. El grupo más numeroso en la distancia.

—El honor es nuestro —respondo con una sonrisa—. Pero ¿estamos a salvo aquí? ¿En terreno abierto?

Nouria asiente.

—Mis poderes me permiten manipular la luz de una manera inusual —explica—. He proyectado un escudo protector a nuestro alrededor, así que, si alguien mirara en nuestra dirección, solo vería un destello doloroso que los forzaría a desviar los ojos.

—Vaya. —Kenji abre mucho los ojos—. Eso mola.

—Gracias —dice Nouria. Prácticamente emana luz, su piel morena oscura brilla incluso cuando está quieta. Hay algo que quita el aliento en el mero hecho de estar cerca de ella.

—¿Es tu gente? —oigo que pregunta Aaron, que habla por primera vez. Está mirando por detrás de Nouria, hacia el pequeño grupo en la distancia.

Ella asiente.

—¿Y están aquí para asegurarse de que no te hacemos daño?

Nouria sonríe.

—Están aquí para asegurarse de que nadie os hace daño a vosotros —puntualiza—. Tu grupo es bienvenido aquí. Habéis demostrado ser más que dignos merecedores. Hemos oído todas las historias sobre el sector 45.

—¿De verdad? —pregunto, sorprendida—. Creía que el Restablecimiento lo habría enterrado

todo.

Nouria niega con la cabeza.

—Los susurros viajan más rápido de lo que se puede controlar. El continente hierve con las noticias de lo que habéis estado haciendo estos últimos dos meses. Es realmente un privilegio conocerte —me dice, y alarga una mano—. Tu trabajo me ha inspirado mucho.

Le estrecho la mano, sintiéndome a la vez orgullosa y avergonzada.

—Gracias —murmuro—. Es muy amable por tu parte.

Pero entonces los ojos de Nouria se tornan sombríos.

—Siento mucho que tuviéramos que dispararos —dice—. Debe de haber sido aterrador. Pero Castle me aseguró que había dos de vosotros que sabíais volar.

—Un momento, ¿cómo? —Kenji se arriesga a mirar a Castle—. ¿Lo has planeado tú?

—Era la única manera —confiesa—. Una vez que fuimos capaces de escapar del manicomio —asiente con gratitud hacia Nazeera—, supe que el único lugar que nos quedaba era este, con Nouria. Pero no te podíamos contactar por radio para decirte que aterrizaras aquí; nos habrían interceptado la comunicación. Y no podíamos dejar que aterrizarais en su base aérea, por razones obvias. Así que hemos estado rastreando el avión, esperando el momento oportuno. Dispararos en pleno vuelo lega el problema directamente al ejército. Pensarán que ha sido otra unidad, y para cuando puedan descubrir la verdad, habremos destruido cualquier prueba de haber estado aquí.

—Un momento, un momento… —titubeo—. ¿Cómo habéis coordinado tú y Nouria esto? ¿Cómo os habéis encontrado? Castle, si has abandonado a los ciudadanos, ¿no los matará Anderson a todos? ¿No deberías haberte quedado para protegerlos? ¿Para intentar contraatacar?

Hace un gesto negativo con la cabeza.

—No nos quedó más opción que evacuar a los miembros del Punto Omega del sector 45. Después de que os llevaran a vosotros dos —nos señala con la cabeza a Aaron y a mí—, la situación se sumió en un completo caos. Nos hicieron prisioneros a todos y nos metieron en la cárcel. Fue solo gracias a Nazeera, que nos puso en contacto con Haider y Stephan, como pudimos llegar hasta aquí. El sector 45 ha vuelto a su estado original de prisión desde entonces. —Castle respira hondo—. Hay muchas cosas que tenemos que contaros. Ha ocurrido tanto en estas dos últimas semanas que es imposible hablarlo rápido. Pero es importante que sepáis, ahora mismo, un poco el papel que ha tenido Nouria en todo esto.

Se gira hacia Nouria y asiente brevemente.

—El día que te dispararon en la playa, ¿te acuerdas? —me pregunta mirándome a los ojos.

Vacilo un instante.

—Por supuesto.

—Yo fui la que dio la orden.

Estoy tan perpleja que me encojo visiblemente.

—¿Qué? —Aaron da un paso adelante, enojado—. Castle, ¿te has vuelto loco? ¿Nos pides que nos refugiemos en la casa de alguien que casi mata a Ella? —Da media vuelta, me mira con ojos frenéticos—. ¿Cómo has podi…?

—¿Castle? —Noto cierta advertencia en la voz de Kenji—. ¿Qué está pasando?

Pero Nouria y Castle se están observando el uno al otro con una mirada intensa.

Al fin, Castle suspira.

—Vamos a instalarnos antes de seguir hablando —dice—. Esta será una conversación larga, y es importante.

—Hablemos ahora —insiste Aaron.

—Sí —añade Kenji, enfadado—. Ahora.

—Intentó matarme —digo, recuperando mi voz al fin—. ¿Por qué me has traído aquí? ¿Qué pretendes hacer?

—Has tenido un viaje largo y difícil —dice Castle—. Quiero que tengas la oportunidad de instalarte. De darte una ducha y comer algo. Y luego os daremos todas las respuestas que queráis, te lo prometo.

—Pero ¿cómo podemos confiar en que estaremos a salvo? —pregunto—. ¿Cómo podemos saber que Nouria no quiere hacernos daño?

—Porque —responde ella con voz firme— hice lo que hice para ayudarte.

—¿Y cómo es eso posible? —pregunta Aaron con sequedad.

—Era la única manera que conocía de pasarte un mensaje —dice Nouria, todavía mirándome —. Nunca intenté matarte… y sabía que tus propias defensas te protegerían de una muerta segura.

—Era una apuesta arriesgada.

—Créeme —me dice en voz baja—, fue una decisión difícil de tomar. Nos supuso un gran coste, perdimos a uno de los nuestros en el proceso.

Me pongo tensa, pero no muestro ninguna otra emoción. Recuerdo el día que Nazeera me salvó, el día que mató a mi agresor.

—Pero tenía que contactar contigo —sigue Nouria, sus ojos marrón oscuro irradian un profundo sentimiento—. Era la única manera en que podía hacerlo sin levantar sospechas.

Mi curiosidad gana terreno a mi escepticismo. De momento.

—Entonces…, ¿por qué? ¿Por qué lo hiciste? —pregunto—. ¿Por qué me envenenaste?

Contra todo pronóstico, Nouria sonríe.

—Necesitaba que vieras lo que yo vi. Y, según Castle, funcionó.

—¿El qué funcionó?

—Ella… —vacila—. ¿Puedo llamarte por tu nombre real?

Parpadeo. Miro a Castle.

—¿Le has hablado sobre mí?

—No hizo falta. Por aquí las cosas no se mantienen ocultas durante mucho tiempo. Aunque el Restablecimiento te haga creer lo contrario, todos encontramos maneras de pasarnos mensajes. Todos los grupos de resistencia alrededor del planeta saben la verdad sobre ti. Y te quieren más por ello.

No sé qué decir.

—Ella, descubrí por qué tus padres mantuvieron en secreto a tu hermana durante tanto tiempo. Y solo quería…

—Ya lo sé —la interrumpo; las palabras me salen en voz baja.

No le he hablado a nadie sobre esto todavía, no se lo he contado ni a un alma. No ha habido tiempo de comentar algo así de importante. No ha habido tiempo para una conversación larga. Pero supongo que ha llegado el momento.

Nouria me está mirando, perpleja.

—¿Lo sabes?

—Emmaline me lo contó todo.

Un murmullo recorre la multitud. Todos se giran para mirarme. Incluso Haider, Stephan y Nazeera al fin dejan de hablar entre sí lo suficiente como para observarme.

—La tienen en cautividad. Vive en un tanque de contención, donde existe casi permanentemente bajo agua. Las ondas de su cerebro están conectadas a unas turbinas que convierten su energía telequinética en electricidad. Evie, mi madre, encontró la manera de capturar esa electricidad y proyectarla hacia fuera. Hacia el mundo. —Respiro hondo—. Emmaline es mucho más fuerte de lo que he sido o de lo que vaya a ser jamás. Tiene el poder de doblegar la voluntad de las personas, puede deformar y distorsionar la realidad en cualquier lugar.

El rostro de Kenji es una muestra perfecta del horror, y su expresión se ve reflejada en decenas de las caras que me rodean. Nazeera, por su lado, parece afligida.

—¿Qué veis aquí? —les pregunto—. ¿Qué veis a nuestro alrededor? La decadencia de la sociedad, la atmósfera rota, un cielo sin pájaros… Todo es una ilusión. Es verdad que nuestro clima ha cambado, sí… Hemos causado daños graves a la atmósfera, a los animales, al planeta en su conjunto, pero ese daño no es irreparable. Los científicos tenían la esperanza de que, con un esfuerzo conjunto, podíamos arreglar la Tierra. Salvaguardar el futuro. Pero al Restablecimiento no le gustaba ese enfoque. No querían que la gente albergara esperanza. Querían que pensaran que la Tierra no se podía salvar. Y con Emmaline fueron capaces de hacer justo eso.

—¿Por qué? —pregunta Kenji, perplejo—. ¿Por qué harían algo así? ¿Qué consiguen ellos?

—Gente desesperada y aterrorizada —declara Nouria con solemnidad—. Son mucho más fáciles de controlar. Usaron a la hermana de Ella para crear la ilusión de una devastación irreversible, y los convencieron de que apoyaran al Restablecimiento.

—Emmaline y yo fuimos diseñadas para algo llamado Operación Síntesis. Ella tenía que ser la arquitecta del mundo, y yo la ejecutora. Pero Emmaline se está muriendo. Necesitan otra arma poderosa con la que puedan controlar a la gente. Una contingencia. Un plan de emergencia.

Aaron me toma la mano.

—El Restablecimiento quería que yo reemplazara a mi hermana —anuncio.

Por primera vez, Nouria se queda callada. Nadie conocía esta parte. Nadie aparte de mí.

—¿Cómo? —me pregunta—. Tenéis habilidades muy distintas.

—Es fácil imaginarlo, de hecho —interviene Castle, aunque parece aterrorizado—. Si tuvieran que magnificar los poderes de Ella como hicieron con los de su hermana, se convertiría en el equivalente a una bomba atómica humana. Podría causar una destrucción masiva. Dolor insoportable. Sembrar la muerte cuando quisieran. A distancias tremendas.

—No tenemos otra opción. —La voz de Nazeera se eleva, afilada y clara—. Tenemos que matar a Evie.

—Ya lo he hecho —digo mientras miro hacia el horizonte—. Y, ahora, tengo que matar a mi hermana. Es lo que quiere. Es la única manera.

# WARNER

Los aposentos de Nouria son a la par extraños y encantadores. No tienen ninguna necesidad de esconderse bajo tierra, porque ha encontrado la manera de imbuir objetos con su poder, una evolución de nuestras habilidades que ni siquiera Castle había previsto. El campamento del Refugio está protegido por una sucesión de postes iluminados de siete metros de altura situados alrededor de los bordes del claro. Cargados con el poder de Nouria, las luces funcionan juntas como una barrera que hace imposible que alguien mire en la dirección del campamento. Dice que sus habilidades no solo tienen el poder de cegar, sino que también puede usar la luz para amortiguar los sonidos. Así que viven aquí, al aire libre, sus palabras y movimientos protegidos a plena vista. Solo aquellos que conocen la localización pueden encontrar el camino de llegada.

Nouria dice que el espejismo los ha mantenido a salvo durante años.

El sol empieza a descender mientras nos dirigimos al campamento, un inusual y enorme campo verde salpicado de tiendas de color crema, y la vista es tan impresionante que no puedo evitar detenerme para apreciar las vistas. Vetas de fuego decoran el cielo y una luz dorada inunda el aire y la tierra. Es a la vez precioso y desolador, y me estremezco cuando una ráfaga de viento me envuelve el cuerpo.

Ella me toma de la mano.

La miro, sorprendido, y me sonríe; el sol que se desvanece brilla en sus ojos. Noto su temor, su esperanza, su amor por mí. Pero hay algo más también, algo parecido al orgullo. Es sutil, pero está ahí, y me hace muy feliz verla así. Debería estar orgullosa. Puedo hablar por mí mismo, al menos, cuando digo que nunca he estado tan orgulloso de ella. Pero, claro, siempre supe que lo suyo sería alcanzar la grandeza. No me sorprende para nada, incluso después de todo por lo que ha pasado, después de todos los horrores que ha tenido que confrontar, ha conseguido inspirar al mundo. Es una de las personas más fuertes que he conocido jamás. Puede que mi padre haya vuelto de entre los muertos y que ya no tengamos el control del sector 45, pero el impacto de Ella no se puede ignorar. Nouria dice que nadie se creyó de verdad que estuviera muerta, pero ahora que es oficial, ahora que la noticia de que está viva se ha difundido, se ha vuelto más visible que nunca. Nouria dice que los murmullos de protesta ya se están haciendo más fuertes. La gente está más desesperada por actuar, por participar y plantarle cara al Restablecimiento. Los grupos de resistencia están creciendo. Los civiles están encontrando la manera de ser más listos, de hacerse

más fuertes juntos. Y Ella les ha dado una figura con la que solidarizarse. Todos hablan de ella.

Se ha convertido en un símbolo de esperanza para muchos.

Le aprieto la mano, le devuelvo la sonrisa y, cuando se le sonrojan las mejillas, tengo que refrenar el impulso de estrecharla entre los brazos.

Cada día me fascina más.

La conversación que he tenido con Kenji está, a pesar de todo, en el frente de mi mente. Las cosas parecen tan desesperadas estos días que siento una nueva insistencia molesta por que este lapso de calma sea mi única oportunidad de ser feliz. Estamos casi siempre en guerra, ya sea luchando por nuestras vidas o huyendo, y no tenemos ningún futuro garantizado. Ninguna garantía de que vaya a ver otro año. Ninguna promesa de poder envejecer. Hace que me sienta com…

Me detengo, de golpe, y Ella casi tropieza.

—¿Estás bien? —me dice, y me aprieta la mano.

Asiento. Le lanzo una sonrisa distraída y una disculpa vaga mientras empezamos a caminar de nuevo, pero…

Calculo los números una vez más.

Al final, digo sin levantar la vista:

—¿Por casualidad alguien sabe qué día es hoy?

Y alguien responde, una voz que viene del grupo que no me molesto en identificar, y que me confirma lo que ya creía que era cierto. Mi padre no me estaba mintiendo.

Mañana es mi cumpleaños.

Cumpliré veinte.

Mañana.

La revelación retruena en mi interior. Este cumpleaños me parece una meta más de lo normal, porque mi vida, hace justo un año, era completamente irreconocible. Ahora casi todo en mi vida es diferente. Hace un año yo era una persona distinta. Estaba en una relación horrible y autodestructiva con una persona diferente. Hace un año mi ansiedad era tan incapacitante que quedarme solo con mi mente cinco minutos me dejaba fuera de control durante días. Confiaba completamente en mis rutinas y en mis horarios para mantenerme atado a los horrores inacabables de mi trabajo y sus exigencias. Era inflexible sin razón. Mi humanidad colgaba de un hilo. Me sentía a la vez salvaje y con la mente nublada todo el tiempo. Mis pensamientos privados y mis miedos eran tan oscuros que me pasaba prácticamente todas las horas libres haciendo ejercicio, en el campo de tiro o en las entrañas del sector 45, participando en

simulaciones de entrenamiento que, no estoy orgulloso de admitir, diseñé específicamente para experimentar cómo sería suicidarme, una y otra vez.

De eso hace un año. Menos de un año. De algún modo, parece que haya transcurrido toda una vida. Y cuando regreso el pensamiento a quién era y lo que esa versión de mí mismo pensaba cómo sería mi vida hoy en día…

Me inunda completamente la humildad.

Hoy no es siempre. La felicidad no ocurre sin más. La felicidad se tiene que destapar, separarla de la piel de dolor. Tienes que reclamarla. Mantenerla cerca.

Protegida.

—¿Preferís ducharos y cambiaros antes de volver a uniros con los demás? —pregunta Nouria.

Su voz es alta y clara, y me saca de mis ensimismamientos.

—Sí —respondo de inmediato—. Agradecería mucho tener un rato para descansar.

—Ningún problema. Nos encontraremos para la cena en la tienda principal dentro de dos horas. Os guiaré hasta vuestras nuevas dependencias. —Vacila un momento—. Espero que me podáis perdonar por presuntuosa, pero he asumido que a vosotros dos… —nos mira a mí y a Ella — os gustaría compartir el espacio. Pero, claro, si ese no es el…

—Sí, gracias —interviene Ella. Sus mejillas ya están sonrojadas—. Te agradecemos el detalle.

Nouria asiente. Parece complacida. Y entonces se gira hacia Kenji y Nazeera, y dice:

—Si queréis, puedo organizarlo para que os junten las habitaciones separadas y que vosotros…

Kenji y Nazeera responden al unísono.

—¿Qué? No.

—Para nada.

—Ah, lo siento mucho —dice Nouria rápidamente—. Mis disculpas. No debería haberlo asumido.

Por primera vez, Nazeera parece aturullada.

—¿Qué te hace pensar que queramos compartir habitación? —dice, apenas pudiendo pronunciar las palabras.

Nouria niega con la cabeza. Intercambia una mirada rápida y confundida con Castle, pero de golpe parece avergonzada.

—No lo sé. Lo siento. Parecíais…

—Habitaciones separadas está perfecto —afirma Kenji bruscamente.

—Genial —dice Nouria con un poco de júbilo de más—. Os llevo hasta allí.

Y observo, divertida, cómo Castle intenta ocultar una sonrisa, sin éxito.

✣ ✣ ✣

Nuestras dependencias, como Nouria las ha llamado, son más de lo que cabía esperar. Pensaba que estaríamos como de acampada; en vez de eso, dentro de cada tienda hay una pequeña casa equipada. Hay una cama, una salita, una cocina y un baño completo. Los muebles son escasos, pero brillantes, recios y limpios.

Y cuando Ella entra, se quita los zapatos y se lanza de espaldas a la cama, casi puedo imaginarnos juntos así, tal vez, algún día, en nuestra propia casa.

Ese pensamiento me envía una ola de euforia por el cuerpo que me desorienta.

Y entonces… llega el miedo.

Desear una felicidad como esta casi parece tentar al destino. Pero hay otra parte de mí, una parte pequeña pero insistente, que se aferra a esa esperanza de todos modos. Ella y yo hemos superado lo que creía imposible. Jamás soñé que todavía me querría una vez que lo supiera todo sobre mí. Jamás soñé que la ruptura y los horrores de los acontecimientos recientes lo que harían es fortalecer la relación, o que mi amor por ella podía de algún modo incrementarse diez veces en cuestión de dos semanas. Crecí creyendo que las alegrías de este mundo están destinadas a otras personas. Estaba seguro de que mi destino era una vida solitaria y desoladora, privado para siempre del contento que ofrece la conexión humana.

Pero ahora…

Ella bosteza sonoramente y abraza un cojín en el pecho mientras se acurruca de lado. Cierra los ojos.

Una sonrisa tira de mi boca mientras la miro.

Todavía me impresiona que su mera imagen pueda brindarme tanta paz. Se mueve otra vez, enterrándose más en los cojines, y me doy cuenta de que debe de estar exhausta. Y por más que me gustaría envolverla con los brazos, decido darle espacio. Me retiro en silencio y dedico el tiempo a explorar el resto de nuestra nueva casa temporal.

Todavía me sorprende lo mucho que me gusta.

Tenemos más privacidad aquí, en este nuevo cuartel general, de la que hayamos tenido nunca. Más libertad. Aquí soy un visitante al que le permiten se tome un tiempo para ducharse y descansar antes de la cena. Nadie espera que gobierne su mundo. No tengo correspondencia que atender. Ninguna tarea horrible que hacer. Ningún civil que supervisar. Ningún inocente que torturar. Me siento mucho más libre ahora que otra persona ha tomado las riendas.

Es algo ajeno y maravilloso.

Es muy agradable compartir espacio con Ella, espacio literal y figurado, y poder ser nosotros

mismos, estar juntos, simplemente ser y respirar. Ella y yo compartíamos mi habitación en la base, pero nunca sentí que allí estuviera en casa. Todo era frío, estéril. Odiaba ese edificio. Odiaba esa habitación. Odiaba cada minuto de mi vida. Esas paredes, mis propias habitaciones privadas, eran sofocantes, infundidas de recuerdos horribles. Pero aquí, aunque la habitación sea pequeña, los reducidos aposentos consiguen resultar acogedores. Este sitio parece fresco, nuevo y sereno. El futuro no parece improbable aquí. La esperanza no parece ridícula.

Es como si fuera una oportunidad para empezar de nuevo.

Y no me parece peligroso soñar que un día Ella pueda ser mía de todas las maneras. Mi esposa. Mi familia. Mi futuro.

Nunca me he atrevido a pensar eso.

Pero la esperanza se apaga tan rápido como ha aparecido. Las advertencias de Kenji centellean en mi mente, y de pronto me siento agitado. Por lo visto, pedirle la mano a Ella es más complicado de lo que en un principio creía. Por lo visto, necesito algún tipo de plan. Un anillo. Ponerme de rodillas. Y todo me suena ridículo. Ni siquiera sé por qué suena ridículo exactamente, es como si no sonara como yo. No sé cómo montar un número. No quiero hacer una escena. Para mí sería devastador mostrarme muy vulnerable delante de otra gente o en un ambiente desconocido. No sabría qué hacer conmigo mismo.

Aun así, estos problemas parecen superables en la persecución de estar siempre con ella. Me arrodillaría si Ella lo quisiera. Le pediría la mano en una habitación abarrotada de sus amigos más cercanos si eso fuera lo que necesitara.

No, mi miedo es algo que va más allá de eso.

Lo que me ha dicho Kenji hoy que me ha agitado hasta los huesos es la posibilidad de que Ella pudiera decir que no. Es inadmisible que nunca se me ocurriera que tal vez pudiera decir que no.

Claro que podría decir que no.

Podría no estar interesada por un sinfín de razones. Tal vez no esté preparada, por ejemplo. O tal vez no esté interesada en la institución del matrimonio como tal. O, pienso, tal vez simplemente no se quiera atar a mí de una manera tan permanente.

Ese pensamiento me lanza un escalofrío por todo el cuerpo.

Supongo que di por hecho que ella y yo estábamos en el mismo punto, emocionalmente hablando. Pero mis asunciones en ese aspecto me han llevado a problemas más veces de las que me gustaría admitir, y lo que está en juego es demasiado importante como para no tomarme las preocupaciones de Kenji en serio. No estoy preparado para admitir el daño que me haría en el corazón que ella rechazara mi propuesta.

Respiro hondo.

Kenji dijo que tenía que conseguirle un anillo. Hasta ahora ha tenido razón en la mayoría de las cosas que he hecho mal en nuestra relación, así que me inclino a creer que tal vez esté en lo cierto. Pero no tengo ni idea de dónde podré sacar un anillo en un sitio como este. Tal vez si estuviéramos en casa, donde conocía el área y a sus artesanos…

Pero ¿aquí?

Es casi demasiado sobre lo que pensar ahora mismo.

Hay tanto en lo que pensar, de hecho, que apenas puedo creer que esté meditando algo así, en un momento como este. Ni siquiera me he tomado unos instantes para aceptar la aparente regeneración de mi padre, ni literalmente cualquiera de las otras nuevas revelaciones atroces con las que nuestras familias nos han sorprendido. Estamos en medio de una batalla por nuestras vidas, estamos luchando por el futuro del mundo.

Cierro los ojos con fuerza. Tal vez sí que sea un idiota.

Hace cinco minutos, el fin del mundo parecía la razón idónea para pedirle la mano: tomar todo lo que pueda en este mundo transitorio y no arrepentirme de nada. Pero, de repente, me da la sensación de que podría ser una decisión impulsiva. Tal vez no sea el momento adecuado para nada.

Tal vez Kenji tenga razón. Tal vez no estoy pensando con claridad. Tal vez perder a Ella y recuperar todos esos recuerdos…

Tal vez me haya vuelto irracional.

Me aparto de la pared con un empujoncito, intentando despejarme la mente. Me paseo por el resto del pequeño espacio, haciendo inventario de todo lo que hay en nuestra tienda, y me asomo al baño. Me alivia descubrir que tiene cañerías de verdad. De hecho, cuanto más miro alrededor, más me doy cuenta de que esto no es una tienda para nada. En la habitación hay suelo de verdad y paredes y un único techo arqueado, como si cada unidad fuera en realidad un edificio pequeño separado. Parece ser que las tiendas están cubriendo toda la estructura, y me pregunto si sirven para un propósito más práctico que no es inmediatamente obvio.

«Varios años», había dicho Nouria.

Durante varios años han vivido aquí y han hecho de este lugar su casa. Han hallado de verdad la manera de construir algo de la nada.

El baño tiene un buen tamaño, lo suficientemente espacioso como para que lo puedan compartir dos personas, pero no lo suficiente como para que quepa una bañera. Aun así, cuando antes nos acercamos al claro, ni siquiera estaba seguro de si tendrían unas instalaciones decentes

o agua corriente, así que esto es más de lo que cabía esperar. Y cuanto más miro la ducha, más tengo la necesidad desesperada de limpiarme todas las semanas pasadas de la piel. Siempre he tenido problemas para mantenerme aseado, incluso en la prisión, pero hace demasiado desde la última vez que me duché con agua caliente corriente, y apenas puedo resistirme a la tentación ahora. Y casi me he desnudado por completo cuando oigo que Ella me llama, su voz adormilada me llega desde lo que hace las veces de nuestro dormitorio. O espacio de cama. No es en realidad una habitación, sino más bien un espacio designado para una cama.

—¿Sí? —respondo.

—¿Dónde estás? —me pregunta.

—Pensaba darme una ducha —intento decir sin gritar. Me acabo de quitar la ropa interior y me he metido en la ducha, pero giro el grifo en la dirección equivocada y el agua fría se vierte por el cabezal. Doy un salto hacia atrás mientras intento deshacer el error, y casi colisiono con Ella en el proceso.

Con Ella, que de repente está detrás de mí.

No sé si es una costumbre, instinto o autopreservación, pero agarro una toalla de un estante cercano y me la aprieto rápidamente contra mi cuerpo. Ni siquiera entiendo por qué de repente me siento tan cohibido. Nunca me siento incómodo con mi cuerpo. Me gusta cómo me veo desnudo.

Pero este momento no lo había anticipado, y me siento indefenso.

—Hola, cariño —digo, tomando aire rápido. Me acuerdo de sonreír—. No te había visto.

Ella se cruza de brazos, intentando aparentar enfado, pero veo el esfuerzo que está haciendo por no sonreír.

—Aaron —dice con tono severo—. ¿Te ibas a duchar sin mí?

Arqueo las cejas de golpe, sorprendido.

Durante un instante, no sé qué decir.

—¿Quieres que nos duchemos juntos? —pregunto con cautela.

Da un paso adelante, me rodea la cintura con las manos y levanta la mirada hacia mí con una sonrisa dulce y secreta. La mirada que veo en sus ojos basta para hacerme pensar en soltar la toalla.

Susurro su nombre, con el corazón lleno de emoción.

Me acerca a ella y me toca el pecho suavemente con los labios, y me quedo quieto, incómodo. Sus besos se vuelven más intensos, sus labios me dejan un rastro de fuego a través del pecho, hacia el torso, y un sentimiento me corre por las venas y me prende fuego. De pronto, olvido por

qué motivo estaba sujetando una toalla.

Ni siquiera me doy cuenta de cuándo se cae al suelo.

Deslizo los brazos a su alrededor y la atraigo hacia mí. Su tacto es increíble, su cuerpo se ajusta al mío a la perfección, y le levanto la cara, mi mano perdida en algún lugar en su nuca y en la base de su mandíbula, y la beso, suave y lento, y el calor me llena la sangre a una velocidad peligrosa. Me arrimo más a ella y ella suelta un suspiro, trastabilla y da sin querer un paso atrás, pero la agarro, apretándola contra la pared que tiene detrás. Agarro el borde de su vestido y con un movimiento ágil lo levanto. Mi mano se escabulle bajo el material para examinar la suave piel de su cintura, para agarrarla de la cadera, fuerte. Le separo las piernas con el muslo y emite un sonido bajo y desesperado que procede de un lugar profundo de su garganta, y sentirla así, oírla así…, hace que me asalten incontables oleadas de su placer y deseo…

Me vuelve loco.

Entierro la cara en su cuello, mis manos se desplazan hacia arriba, bajo su vestido, para sentir su piel, caliente y suave y sensible a mi tacto. La he echado tanto de menos. He echado de menos su cuerpo en mis manos, he echado de menos el aroma de su piel y el susurro liviano y suave de su pelo en mi cuerpo. Le beso el cuello e intento ignorar la tensión que hay en mis músculos o la presión dura y desesperada que me atrae hacia ella, hacia la locura. Tengo un dolor que se extiende por el interior y que me pide más, me pide que le dé la vuelta y me pierda en su interior aquí, ahora mismo, y ella me susurra:

—¿Cómo…. cómo es posible que siempre me hagas sentir tan bien? —Se aferra a mí con los ojos medio cerrados, pero resplandecientes de deseo. Tiene la cara iluminada—. ¿Cómo consigues siempre hacerme esto? —dice con palabras cargadas de sentimiento.

Me separo de ella.

Doy dos pasos atrás y estoy resollando, intentando retomar el control de mí mismo mientras ella abre mucho los ojos y deja inmóviles los brazos de repente.

—¿Aaron? —me pregunta—. ¿Qué…?

—Quítate el vestido —le digo en voz baja.

La comprensión llega hasta sus ojos.

No dice nada, se limita a mirarme, con cuidado, mientras la observo, clavado en el sitio por una forma aguda de tortura. Sus manos tiemblan, pero sus ojos irradian deseo y nerviosismo. Se saca la prenda por los hombros y la deja caer en el suelo. Me embebo de su imagen mientras se aparta del vestido, y la mente me da vueltas.

«Preciosa», pienso. «Es tan preciosa».

El pulso me va desbocado.

Cuando se lo pido, se quita el sujetador. Unos segundos después, sus braguitas se unen a su sujetador en el suelo y no puedo apartar la mirada de ella, mi mente es incapaz de procesar la perfección de esta felicidad. Es tan impactante que apenas puedo respirar. Apenas puedo hacerme a la idea de que es mía, de que me quiere, de que me va a querer siempre. Ni siquiera puedo oír mis propios pensamientos por encima de la corriente de sangre en mis oídos, el corazón me late tan fuerte y rápido que parece que esté golpeándome el cráneo. La visión de ella delante de mí, vulnerable y encendida por el deseo, le está haciendo a mi mente cosas salvajes y desesperadas. Por Dios, las fantasías que he tenido con ella. Los sitios a los que ha viajado mi cabeza.

Doy un paso adelante y la levanto, y ella suelta el aire, sorprendida, aferrándose desesperadamente a mi cuello mientras le coloco las piernas alrededor de mi cintura y los brazos debajo de sus muslos. Me encanta notar el peso de sus suaves curvas. Me encanta tenerla así de cerca. Me encantan sus brazos alrededor de mi cuello y la presión de sus piernas alrededor de mis caderas. Me encanta lo dispuesta que está, sus muslos ya están separados, cada centímetro de su cuerpo apretado contra el mío. Pero entonces resigue con las manos mi espalda desnuda y tengo que resistir la necesidad de encogerme. No quiero cohibirme por las cicatrices de mi cuerpo. No quiero que ninguna parte de mí esté fuera de su alcance. Quiero que me conozca exactamente cómo soy, y, por difícil que sea, me permito relajarme ante sus caricias, cierro los ojos mientras resigue con las manos mis hombros y mis brazos.

—Eres tan atractivo —me murmura—. Siempre me sorprendes. No importa las veces que te vea sin ropa, siempre me sorprendes. No parece justo que alguien sea así de atractivo.

Me mira, me observa como si esperara una respuesta, pero no puedo hablar. Tengo miedo de desmoronarme si lo hago. La deseo con una desesperación que no he sentido jamás, una necesidad desesperada y dolorosa tan abrumadora que amenaza con consumirme. La necesito. Necesito esto. Ahora. Inhalo entrecortadamente y la llevo hasta la ducha.

Ella grita.

El agua caliente nos golpea rápido y fuerte, y la aprieto contra la pared de la ducha, perdiéndome en ella de una manera como nunca antes. Los besos son más profundos, más desesperados. El calor, más explosivo. Todo entre nosotros parece más salvaje, puro y vulnerable.

Pierdo la noción del tiempo.

No sé cuánto rato llevamos aquí. No sé cuánto llevo perdido en ella cuando grita y me aprieta

los brazos tan fuerte que me clava las uñas en la piel y amortigua los gritos contra mi pecho. Me siento débil, inestable cuando se derrumba en mis brazos; estoy embriagado por el poder puro y deslumbrante de sus emociones: ondas interminables de amor y deseo, amor y amabilidad, amor y alegría, amor y ternura. Mucha ternura.

Casi es demasiado.

Doy un paso atrás, apoyándome en la pared mientras ella presiona una mejilla contra mi pecho y me agarra, nuestros cuerpos húmedos y pesados con las emociones, nuestros corazones laten con una fuerza más poderosa de lo que creía posible. Beso la curva de su hombro, su nuca. Olvido dónde estamos y todo lo que nos queda por hacer, y simplemente espero. El agua caliente me cae por los brazos, las extremidades todavía me tiemblan levemente, demasiado aterrorizado como para soltarla.

# ~~JULIETTE~~
# ELLA

Me despierto con un sobresalto.

Después de salir de la ducha, Aaron y yo nos secamos, subimos a la cama sin mediar palabra y nos quedamos dormidos de inmediato.

No tengo ni idea de qué hora es.

El cuerpo de Aaron está enroscado con el mío, uno de sus brazos debajo de mi cabeza, el otro alrededor de mi cintura. Sus brazos son gruesos, y su peso me sienta muy bien, hace que me sienta muy segura. Por una parte, no me quiero volver a mover jamás. Por la otra…

Sé que deberíamos salir de la cama.

Suspiro, odiando tener que despertarlo, parece supercansado, y me doy la vuelta lentamente en sus brazos.

Me aprieta más contra él.

Se mueve para apoyar el mentón en mi cabeza; ahora tengo la cara apretada suavemente contra su cuello, y respiro su aroma mientras paso las manos por los surcos profundos de los músculos de sus brazos. Todo en él parece tosco, poderoso. Hay algo en su corazón que es salvaje y aterrorizado, y, de algún modo, saberlo solo hace que lo quiera más. Trazo las líneas de sus omóplatos, la curva de su espalda. Se mueve, pero solo un poco, y entierra la cara en mi pelo, inhalándome.

—No te vayas —dice en voz baja.

Ladeo la cabeza y le beso el cuello con suavidad.

—Aaron —susurro—, no me voy a ir a ningún lado.

Suspira.

—Bien.

Sonrío.

—Pero deberíamos salir de la cama. Tenemos que ir a cenar. Todos nos estarán esperando.

Hace un leve gesto negativo con la cabeza. Emite un sonido reprobatorio que le proviene de la garganta.

—Pero…

—No. —Y entonces, con destreza, me ayuda a darme la vuelta. Me vuelve a abrazar con la espalda apretada contra su pecho—. Déjame disfrutar de tu presencia, cariño. Me gusta mucho —dice con voz suave, ronca de deseo.

Y me rindo. Me derrito en sus brazos.

La verdad es que estos momentos son mis preferidos. La alegría silenciosa. La paz. Me encanta notar su peso, su presencia, su cuerpo desnudo envuelto alrededor del mío. Nunca me siento tan cerca de él como en estos instantes, cuando no hay nada entre nosotros.

Me besa la sien con cariño. Me arrima hacia él todavía más, no sé cómo.

—Kenji me dijo que se supone que tengo que conseguirte un anillo —me dice con los labios pegados a mi oído.

Me tenso, confundida.

—¿A qué te refieres? —le pregunto mientras intento darme la vuelta.

Pero Aaron hace que vuelva a relajar el cuerpo. Apoya la barbilla en mi hombro. Sus manos se deslizan por mis brazos y resiguen la curva de mis caderas. Me besa en el cuello una vez, dos veces, muy suave.

—Sé que lo estoy haciendo mal. Sé que este tipo de cosas no son lo mío, cariño, y espero que me perdones, pero no sé de qué otra manera hacerlo. —Una pausa—. Y empiezo a pensar que va a acabar conmigo si no lo hago.

Mi cuerpo está paralizado, aunque el corazón me late con fuerza en el pecho.

—Aaron, ¿de qué estás hablando? —le pregunto sin atreverme apenas a respirar.

No responde.

Me vuelvo a dar la vuelta, y esta vez no me detiene. Sus ojos brillan con emoción, y veo el movimiento suave de su garganta cuando traga saliva. Un músculo le palpita en la mandíbula.

—Cásate conmigo —susurra.

Me lo quedo mirando, con la incredulidad y la alegría colisionando. Y son sus ojos, la esperanza y el terror que desprenden sus ojos, lo que casi me mata.

Empiezo a llorar de golpe.

Me tapo la cara con las manos. Un sollozo escapa de mi boca.

Con ternura, me aparta las manos de la cara.

—¿Ella? —me dice, una palabra que es poco más que un susurro.

Todavía estoy llorando cuando lanzo los brazos alrededor de su cuello, todavía estoy llorando cuando dice, un poco nervioso:

—Cariño, necesito saber de verdad si esto significa que sí o que no…

—¡Sí! —grito, un poco histérica—. Sí. Sí a todo contigo. Sí a la eternidad contigo. Sí.

# WARNER

¿Esto que siento es alegría?

Creo que puede matarme.

—¿Aaron?

—¿Sí, cariño?

Me toma la cara con las manos y me besa, me besa con un amor tan profundo que libera mi cerebro de su prisión. El corazón me empieza a latir con fuerza.

—Ella, vas a ser mi esposa.

Me vuelve a besar, vuelve a llorar, y de repente no me reconozco. No reconozco mis manos, mis huesos, mi corazón. Me siento nuevo. Diferente.

—Te quiero —me susurra—. Te quiero mucho.

—Que me pudieras llegar a querer ni que sea un poco ya es una especie de milagro.

Sonríe, aunque niega con la cabeza.

—Qué absurdo. Es muy muy fácil quererte.

Y no sé qué decir. No sé qué responder.

No parece importarle.

La atraigo hacia mí, la beso otra vez, y me pierdo en el sabor y el tacto de ella, en la fantasía de lo que podemos tener aquí. De lo que podemos llegar a ser. Y entonces la pongo con amabilidad encima de mi regazo y se sienta a horcajadas sobre mi cuerpo, acomodándose encima de mí hasta que estamos uno encima del otro, su mejilla contra mi pecho. La envuelvo con los brazos y extiendo las manos por su espalda. Siento sus respiraciones pausadas sobre la piel, sus pestañas me cosquillean el pecho mientras pestañea, y decido que nunca voy a salir de esta cama, jamás.

Un silencio feliz y maravilloso nos rodea.

—Me has pedido que me case contigo —afirma en voz baja.

—Sí.

—Vaya.

Sonrío, con el corazón lleno de repente de una alegría inexpresable. Apenas me reconozco. No consigo recordar la última vez que sonreí tanto. No consigo recordar haber sentido alguna vez una alegría tan pura y libre.

Como si mi cuerpo pudiera salir volando sin mí.

Le toco el pelo con suavidad. Paso los dedos por sus mechones suaves y sedosos. Cuando por fin me incorporo, ella lo hace también y se sonroja mientras la observo, embelesado ante su imagen. Tiene los ojos muy abiertos y brillantes. Los labios carnosos y rosados. Es perfecta, perfecta aquí, desnuda y preciosa en mis brazos.

Apoyo la frente en la curva de su hombro, mis labios le rozan la piel.

—Te quiero, Ella —susurro—. Te querré toda la vida. Mi corazón es tuyo. Por favor, no me lo devuelvas nunca.

No dice nada durante lo que me parece una eternidad.

Al final, noto cómo se mueve. Su mano me toca la cara.

—Aaron —susurra—, mírame.

Niego con la cabeza.

—Aaron.

Levanto la vista, lentamente, para mirarla a los ojos, y su expresión es a la vez triste y dulce y llena de amor. Siento que algo se derrite en mi interior mientras la observo, y, justo cuando está a punto de decir algo, una campanada inoportuna suena por la habitación.

Me quedo helado.

Ella frunce el ceño. Mira alrededor.

—Parece un timbre —dice.

Ojalá pudiera negar esa posibilidad.

Me recuesto, aunque todavía está sentada en mi regazo. Quiero que se acabe esta interrupción. Quiero volver a la conversación de antes. Quiero ceñirme a mi plan original de pasar el resto de la noche aquí, en esta cama, con mi perfecta prometida desnuda.

La campanada vuelve a sonar, y esta vez mascullo entre dientes algo muy impropio en un caballero.

Ella se ríe, sorprendida.

—¿Acabas de decir una palabrota?

—No.

Una tercera campanada. Esta vez me quedo mirando al techo e intento despejar la mente. Me intento convencer de que me tengo que mover, de que me tengo que vestir. Esto debe de ser alguna emergencia, si no…

De repente, una voz:

—Escuchad… No quería venir, ¿vale? De verdad que no. Odio ser el aguafiestas. Pero Castle me ha enviado para que os venga a buscar porque os habéis perdido la cena. Se está haciendo

muy tarde y todos están un poco preocupados, y ahora no contestáis a la puerta, y… Por el amor de Dios, abrid la maldita puerta…

No me lo puedo creer. No me puedo creer que esté aquí. Siempre aparece para arruinarme la vida.

Lo voy a matar.

Casi me tropiezo intentando ponerme los pantalones y llegar a la puerta al mismo tiempo, pero cuando lo consigo, la abro de golpe, prácticamente sacándola de las bisagras.

—A menos que alguien esté muerto, se esté muriendo o nos estén atacando, quiero que te vayas para siempre antes incluso de que haya acabado esta frase.

Kenji me mira con los ojos entrecerrados, y entonces me empuja para entrar en la habitación. Y me quedo tan pasmado por sus agallas que tardo unos instantes en darme cuenta de que voy a tener que matarlo.

—¿J.? —dice, mientras mira alrededor y avanza por la habitación—. ¿Estás aquí?

Ella se lleva las sábanas hasta el cuello.

—Ey, hola —responde, con una sonrisa nerviosa—. ¿Qué haces aquí?

—Ey, ¿está bien si te sigo llamando J.? —pregunta—. Sé que tu nombre es Ella y tal, pero me he acostumbrado tanto a llamarte J. que me sale solo, ¿sabes?

—Puedes seguir llamándome J. —responde. Y entonces frunce el ceño—. Kenji, ¿qué pasa?

Suelto un quejido.

—Lárgate —le espeto—. No sé por qué estás aquí y no me importa. No deseamos que nos molesten. Nunca.

Ella me lanza una mirada seria. Me ignora y le dice a Kenji:

—Está bien. A mí sí me importa. Dime qué pasa.

—No pasa nada —afirma Kenji—. Pero sé que tu novio no me va a hacer caso, así que quería hacerte saber que ya es casi medianoche y necesitamos que vengáis a la tienda de la cena cuanto antes, ¿de acuerdo? —Le dirige a Ella una mirada cargada de significado, y sus ojos se abren. Ella asiente. Siento una oleada repentina de sentimiento que la invade, y me deja confundido.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

Pero Kenji ya se está alejando.

—Colega, de verdad, tienes que…, no sé, comerte una *pizza* o algo —me dice mientras me palmea el hombro de camino a la salida—. Se te marcan demasiado los abdominales.

—¿Qué? —Arrugo la frente—. Eso no es…

—Es broma —dice Kenji, deteniéndose en el umbral de la puerta justo antes de irse—. Estoy

bromeando —repite—. Era una broma. Dios.

Y entonces cierra la puerta de golpe tras de sí. Me doy la vuelta.

—¿Qué está pasando? —repito.

Pero ella se limita a sonreír.

—Deberíamos vestirnos.

—Ella…

—Te prometo que te lo explicaré en cuanto lleguemos allí.

Niego con la cabeza.

—¿Ha ocurrido algo?

—No… Es que… estoy muy emocionada por ver de nuevo a todos los del Punto Omega, y nos están esperando en la tienda de la cena. —Sale de la cama con las sábanas todavía alrededor del cuerpo, y tengo que apretar los puños para evitar quitárselas de encima. Para evitar sujetarla contra la pared.

Y antes de que tenga la oportunidad de responder, desaparece en el baño, y la sábana se arrastra por el suelo mientras avanza.

La sigo.

Está buscando su ropa, sin percatarse de mi presencia, pero su vestido está en el suelo en un rincón que todavía no ha inspeccionado, y dudo de que se quiera volver a poner ese vestido manchado de sangre de todas maneras. Debería decirle que encontré un cajón lleno de ropa simple y estándar que probablemente podamos usar.

Tal vez luego.

Ahora mismo, me pongo detrás de ella y paso las manos por su cintura. Se sobresalta y la sábana cae al suelo.

—Ella —digo con voz suave, apretando su cuerpo contra el mío—. Cariño, tienes que decirme lo que está pasando.

Le doy la vuelta, lentamente. Mira hacia abajo, hacia sí misma, sorprendida, siempre sorprendida, por la imagen de su cuerpo desnudo.

—No llevo puesto nada —murmura.

—Lo sé —respondo, sonriendo mientras paso las manos por su espalda, apreciando su suavidad, sus curvas perfectas. Ojalá pudiera atesorar estos momentos. Ojalá pudiera revivirlos. Volver a reproducirlos. Se estremece en mis brazos y me la acerco más.

—No es justo —me dice mientras me envuelve con los brazos—. No es justo que puedas percibir las emociones. Que sea imposible guardarte algún secreto.

—Lo que no es justo es que estés a punto de ponerte la ropa y obligarme a salir de esta habitación y no sepa el motivo.

Se me queda mirando, con los ojos muy abiertos y nerviosa incluso mientras sonríe. Puedo notar su dilema, su corazón está en dos lugares a la vez.

—Aaron —me dice con suavidad—. ¿No te gustan las sorpresas?

—Odio las sorpresas.

Se ríe. Hace un gesto negativo con la cabeza.

—Supongo que me lo tendría que haber imaginado.

Me la quedo mirando con las cejas arqueadas, todavía esperando una explicación.

—Me van a matar por contártelo —dice. Y entonces, al ver la mirada en mis ojos, añade—: No… O sea, no literalmente. Pero es que… —Al final, suspira—. Te vamos a preparar una fiesta de cumpleaños —confiesa sin mirarme a los ojos.

Estoy seguro de no haberla oído bien.

# ~~JULIETTE~~
# ELLA

Me lleva más trabajo del que imaginaba conseguir que me crea. Aaron quería saber cómo era posible que alguien supiera que mañana es su cumpleaños y cómo habíamos podido planear una fiesta si no teníamos ni idea de que nos íbamos a estrellar aquí y por qué alguien le haría una fiesta y no estaba seguro de si le gustaban las fiestas y sigue y sigue.

Y no ha sido hasta que hemos pasado literalmente las puertas de la tienda de la cena y todos han cantado *Cumpleaños feliz* a voz en grito cuando me ha creído al fin. No ha sido gran cosa, claro. Apenas hemos tenido tiempo para prepararlo. Sabía que se acercaba su cumpleaños porque he estado llevando la cuenta desde el día que me contó lo que su padre solía hacerle cada año por su cumpleaños. Me juré que haría todo lo que pudiera por reemplazar esos recuerdos por unos mejores. Que siempre intentaría arrebatarle esa oscuridad que había inhalado durante toda su juventud.

Le dije a Kenji cuando me encontró que al día siguiente era el cumpleaños de Aaron y le hice prometerme que, pasara lo que pasara, hallaríamos la manera de celebrarlo, de algún modo sencillo.

Pero esto…

Esto es más de lo que cabía esperar. Creía que tal vez, dado el límite de tiempo, solo conseguiríamos cantarle *Cumpleaños feliz* en grupo o tal vez comer el postre en su honor, pero esto…

Hay una tarta de verdad.

Una tarta con velas, que esperan que las encendamos.

Todos los del Punto Omega están aquí, todo el conjunto de caras conocidas: Brendan y Winston, Sonya y Sara, Alia y Lily, Ian y Castle. Solo faltan Adam y James, pero tenemos nuevos amigos…

Haider está aquí. También Stephan. Y Nazeera.

Y luego están los de la nueva resistencia. Los miembros del Refugio que todavía no hemos conocido; todos se adelantan, reunidos alrededor de una tarta de capas sencilla en la que se lee…

«FELIZ CUMPLEAÑOS, WARNER»

escrito con glaseado rojo.

El escudillado es un poco torpe. El glaseado es imperfecto. Pero cuando alguien baja la luz y enciende las velas, Aaron se queda completamente quieto a mi lado. Le aprieto la mano mientras me mira, los ojos desorbitados con una emoción nueva.

Hay tragedia y belleza en sus ojos, algo estoico que se niega a moverse, y algo infantil que no puede evitar sentir alegría. En resumen, parece estar pasándolo mal.

—Aaron —susurro—, ¿te parece bien?

Tarda unos segundos en responder, pero cuando lo hace, asiente. Solo una vez, pero es suficiente.

—Sí —dice en voz baja—. Me parece bien.

Y siento cómo me relajo.

Mañana habrá dolor y devastación a los que enfrentarse. Mañana nos adentraremos en un nuevo capítulo de adversidades. Se está gestando una guerra mundial. Una batalla por nuestras vidas, por el mundo entero. Ahora mismo, no hay nada cierto. Pero esta noche escojo celebrar. Vamos a celebrar las alegrías pequeñas y las grandes. Cumpleaños y compromisos. Vamos a encontrar tiempo para la felicidad. Porque ¿cómo vamos a enfrentarnos a la tiranía si nosotros mismos estamos llenos de odio? O peor…

¿Vacíos?

Quiero acordarme de celebrar más. Quiero acordarme de experimentar más alegría. Quiero permitirme ser feliz más a menudo. Quiero acordarme para siempre de esa mirada en la cara de Aaron, mientras lo azuzan para que sople las velas por primera vez.

Al fin y al cabo, esto es por lo que luchamos, ¿no?

Por una segunda oportunidad de ser felices.

# ¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@uranoworld.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK